

Sermones
Inéditos y raros
de

El M. R. P. Mtro Fr. Jose de Jesus
Muñoz Capilla y Vega.
Agustiniano.

Coleccion reunida por Francisco de Borja Pavon

Córdoba: 8870.



Eligius in Sermone

De San Juan Nepomuceno.

...quebrantar tu poder, y aun quan-
do se te fuera de te caer, que jamás
podrá conquistar el corazon de los Es-
pañoles como no has podido engañar-
nos, ni nos engañemos tus Dioses, ni
destruyas la religión que la Estatueta que
nos da la vida, y la (a) España
nos da la vida, y la religión de su Dios es-
ta en su poder, o vencer, o morir en defensa
de su Religión, de sus leyes, y de su
Rey Fernando VII.

En Madrid, a 10 de Mayo de 1808.

2
Ei quis in verbo non offendit. hic perfectus
est vir.)

Jac. c. 3. v. 2.

N. Para acomodar el espíritu de Dios á nues-
tra debilidad y flaqueza, después de habernos ofre-
cido el modelo mas perfecto de toda virtud en la
persona de Nuestro Redentor Jesu Cristo se ha comu-
nicado á los Santos poniendonos en cada uno
de ellos ejemplos mas humanos, digamoslo así,
mas proporcionados á nuestra capacidad y por
coniguiente mas fáciles para su imitacion. Por
eso ha distribuido el Sr. sus dones y gracias en-
tre los innumerables Santos que veneramos

haciendo que los unos replaudecan mas parti-
cularmente en la paciencia, otros en la fortaleza,
aquellos en la penitencia, estos en la misericor-
dia, y para venir al objeto de la presente fes-
tividad, nos ofrece en el Sabio y Santo Sacer-
dote Juan Nepomuceno primer martir del
Sigilo sacramental, un ejemplo admirable de la
moderacion en nuestras palabras y del cuidado
que debemos poner en no dañar con ellas á
nuestros proximos. Esta es la virtud caracteris-
tica de nuestro Santo, la que le mereció la co-
rona del Martirio: virtud que ella sola
basta para calificar de perfecto al Cristiano
que la posee, segun el testimonio de

Santiago. Si quis in verbo non offendit L.^a

2.^o Vosotros sabéis muy bien mis amados hermanos que Juan Nepomuceno nuestro glorioso protector coronó la cámara de su apostolado con el Martirio, que le hizo padecer el suplicio Wenceslao, por no haber querido manifestar á este príncipe las confesiones de su Augusta Esposa la Emperatriz Juana de Sabiera princesa de singular virtud y de amables prendas.

Y aunque en la serie admirable de la vida exemplar de Nepomuceno pudiera presentarnos ejemplos de todas las virtudes para vuestra edificación y enseñanza, me ha parecido más conveniente fijar vuestra atención sobre este solo

hecho, para que mis instrucciones teniendo de
esta suerte un objeto mas reducido, sean mas
exactas y completas en este punto. Es verdad q.
el silencio de Nuestro Santo instruye principal-
mente a los Ministros del Santo Sacramento
de la Penitencia, y nos ensena la circunscrip-
cion con que debemos guardar el sigilo sobre
lo que oimos en aquel Tribunal Sagrado aun
a costa de nuestra vida, pero trasciende tam-
bien a todas las fides considerando en el silen-
cio de N. S. J. el que debemos todos guar-
dar en orden a los pecados o defectos de
nuestros proximos, cuando de su relacion no
se espera que le resulte utilidad alguna. 4.

ved aquí lo que debe ocupar vuestra atención en este breve rato.

3.º Para persuadirnos á cubrir los defectos, agemos con el velo de un sigilo justo y caritativo basterá, mis amados hermanos, haceros presentes los innumerables daños que resultan de la facilidad con que publicamos el mal que sabemos de nuestros próximos, pero antes explicaré lo que es este vicio y los varios modos con que podemos incurrir en él, para que sepamos evitarlos enteramente. El vicio de la murmuración consiste en hablar mal del próximo, y un mal que tira á infamarlo ó á perjudicarlo de cualquier otro modo en sus intereses, y se murmura

habla mal del prójimo aun cuando se hable
sin intencion de dañarle, si lo que se dice es por
su naturaleza capaz de causarle daño ó perjuicio.

Por que quien habla mal de su prójimo, no se
justifica con decir que no lo hizo con intencion
de perjudicarlo; pues si no habló con malicia
habló al menos con precipitacion y ligereza, muy
opuesta á la caridad que no obra ni habla pre-
cipitada ni temerariamente. Non agit perperam.

H. Son dos las especies que hay de murmura-
cion; por que si el mal que se refiere del pró-
jimo es público la murmuracion es contraria
á la caridad: pero si es pecado secreto es tam-
bien opuesta á la justicia: y se murmura de

nino ni de otro modo: lo 1.^o cuando referimos los
pecados ajenos secretos ó publicos, sin necesidad
ó utilidad del proximo: lo 2.^o cuando interpreta-
mos en mala parte sus buenas obras ó acciones:
lo 3.^o cuando oyendo hablar mal del proximo nos
alegramos ó no procuramos evitarlo pudiendo
hacerlo: lo 4.^o cuando oyendo hablar bien del pró-
ximo procuramos desacreditar lo que oímos, con
gestos ó palabras. Todas estas especies de murmu-
racion son fecundo origen de innumerables males.
La murmuracion, dice el Padre M.^r Bernardo,
es un gran pecado, es un gran vicio, es un gran
delito; es un gran pecado que nos hace aborrecido
de Dios, un gran vicio que nos hace aborreci-

das de nuestros propios, un gran delito que
nos hace perjudiciales á la Sociedad. Esto es lo
que voy á manifestaros en este discurso, lleuan-
do por norte el exemplo de Nepomuceno y con
la ayuda de la divina gracia que debemos
pedir humildes y fervorosamente por la
intercesion de Maria Señora Nuestra.

5.º Aunque el hombre se granjea el odio del
Señor por cualquier pecado que comete, el de
la murmuracion lo hace mas aborrecido de
Dios que otros muchos aun de aquellos
que se tienen por mas torpes y feos, segun
el comun modo de pensar. Por eso el sabio
dice, que el Sr. detesta con toda su alma

al murmurador que siembra discordias entre
sus hermanos, y es la razon por que el murmu-
rador se opone con sus palabras al atributo
que Dios mas aprecia, que es su misericordia.
La Misericordia de Dios cubre los pecados
de los hombres: la murmuracion los manifiesta;
la misericordia de Dios los perdona y los
bena; la murmuracion los renueva: la miseri-
cordia de Dios los olvida, la murmuracion los
hace perpetuos. Tened la vista por el teatro
del mundo y admirareis la dulce misericordia
de Dios que siendo facil hacer patente a los
ojos de todos los hombres las iniquidades ocul-
tas de los malos, permite que esten cubiertas

sin darme por entendido, ni manifestar sus quejas
contra el pecador, y cuando este viene á consu-
mar su hipocresía valiéndose de los Sacramen-
tos para disminuir sus maldades; quiere el
Señor, mas bien conservar su crédito á costa
del respeto y veneración debida á su Sagrado
cuerpo y preciosa Sangre, que desacreditarlo
con públicas notas de sus delitos para precal-
var el atentado y sacrilegio que va á ejecutar
como sucedió en Judas, y por nuestra desgra-
cia sucede en estos templos frecuentemente. Si
mas quierdo que para lograr el perdón de
nuestros pecados se manifiesten al Confesor,
manda á esto estrechísimamente que guarde-

mos el sigilo mas profundo sobre lo que alli
oimos y para animarnos a conservarlo en me-
dio de las pruebas mas rigorosas, nos propone
la corona de gloria y los honores y cultos con
que premio la constancia de Juan Nepomuce-
no en este punto. Todo lo sufre: todo lo per-
mite menos que se descubra lo que se confesó:
aunque por descubrirlo se hubieran de evitar
los mas atroces sacrilegios contra su Ma-
gestad aunque por revelarlo se hubieran de
precaver las mas terribles conjuraciones con-
tra el estado, si aquellos y estas no pueden
impedirse sino revelando el sigilo, quiere
mas bien ser conculcado por los pecadores;

quien mas bien que se tratorne el orden inte-
ro de la Sociedad que no se publique una so-
la culpa o que se infame un solo pecador.)

6. Traid á la memoria la historia de aque-
lla mujer adultera á quien los fariseos acusa-
ron á Nuestro Redentor, pidiéndole su parecer
sobre si debía ser apedrada segun citaba man-
dado por la Ley. Su Juan nos refiere que
Jesu Cristo sin contestar por el pronto á sus
delatores se puso á escribir con el dedo en la
tierra, y en las señales que formó dicen mu-
chos expositores que leyó cada uno sus propios
delitos; despues volviéndose á ellos les dijo: el
que se hallare inocente le podrá tirar la

primera piedra; oido lo cual se fueron retirando
uno detras de otro hasta dejar sola á la adúltera
y volviendose á ella nuestro dulcísimo Redentor
le dice: el lugar ninguno te ha condenado? ni
yo tampoco te condenaré: vete en paz y no
vuelvas mas á pecar. De esta suerte sin opor-
tune á lo ordenado por la Ley, sin publicar los
delitos de los Fariseos, cubre el de aquella dicho-
sa pecadora y le preserva del oprobio eterno que
iba á padecer. ¡Oh Dios que encubre con tanto
cruero y tanta delicadera los pecados de los
hombres; cuanto aborrecerá al murmurador in-
siderado ó maligno que por diversion y para-
tiempo publica los defectos de sus hermanos!

¿que sin hacer escrupulo gusta de referir en
las tertulias las faltas ajenas, que no habian
trascendido fuera de una familia?

7. Si el Señor que es el agraviado por nues-
tras culpas las disimula hasta el dia de las
venganzas ¿cuanto mas concebirá contra la
lengua improunionada de los murmuradores, q.
sin irles ni veniéndoles propalan con una secreta
satisfaccion el mal que saben de sus mismos
hermanos? La misericordia de Dios ha perdonado
estas mismas culpas y el murmurador la
renueva con la mortal falta de su lengua, mu-
chas veces despues de perdonadas, haciendose
acercar á la infelici muerte de aquel siervo

cruel que se nos refiere en el evangelio: El cual
encontrándose á su deudor en la calle lo ap-
y lo estrecha hasta sofocarlo, para que le pa-
gue una pequeña cantidad que le debía: con-
tra quien indignado el Señor de entre ambos
lo llama y le argüelle: mal hombre, le dice, he-
rido yo bueno para perdonarte tanto como tu me
debías, y ahora no quieres perdonar, era frío
era á tu pobre hermano: Ea pronto, le manda
á sus ministros, atad este fiero cruel y ponedlo
en la Carcel y que no salga de ella hasta que
me pague el último ochavo. Pues por semejan-
te manera indignado el Señor contra el mur-
murador le reconviene diciendole: Eche per-

donado tus culpas y tengo perdonadas las de tu
prójimo, y tu ahora las renuevas con tu lengua
cruel, sin atender a que esta satisfecha ya mi
justicia, a la que solamente correspondia tomar
venganza de vuestros agravios? Yo te purgare
sin misericordia por que no la has tenido para
con tus proximos.

8. Legitimamente perdonadas ya vuestras
culpas el Señor las olvida por su misericor-
dia de tal manera que para expresar las
Sas. Escrituras este olvido de Dios, nos
dicen, que ha arrojado a lo profundo del
mar todas vuestras iniquidades, que ha
hechado a la espaldas todas vuestras culpas,

y que las ha apartado de nosotros tanto como
dista el oriente del occidente: mas el murmu-
racion haze revivir estas mismas culpas
otras tantas veces quanto las refiere, la
perpetua y haze que pasan de un lugar a
otro y de generacion en generacion, sin repara-
ran que olvidadas ya por la misericordia
de Dios no debiamos tomarlas en nuestros la-
bios. ¡Hoy cuantas veces mientras que habla-
mos de la mala conducta de una mujer peca-
dora, ella habra lavado ya como la Mag-
dalena los pies del Redentor con tieruas la-
grimas de verdadera penitencia, y el murmu-
racion se hara no del pecado de Simon que

juzgando por las exterioridades de Maria y
por su vida pasada fué reprendido por Jesu-Christo!
2. Tanto aborrece Dios el pecado de la mur-
muracion por que es tan opuesto á su misericor-
dia, siendo cosa ciertamente rara que mientras
nuestro Dios que es nuestro Señor y nuestro Juez
nos se esfuerza en cubrir, en perdonar y ol-
vidar nuestras culpas, nosotros que somos
sus siervos y todos hermanos unos de otros,
hemos de tener gusto y costumbre de publicar-
las y referirlas aun despues de satisfechas y
enmendadas enteramente. ¿No vemos lo que
sucede en una casa de familia? cuando al-
guno de los hijos ha cometido alguna trave-

sura, sus hermanos aunque se la reprendan la
procuran cubrir para que no llegue á noticia del
Padre y si llega este á recelar algo, lo disimulan
y desvanecen la sospecha. Esto que pueden hacer
en nosotros los vínculos de la sangre lo haría más
perfectamente la caridad si la hubiera en nues-
tros corazones mis amados hermanos. Porque no
se ama á nuestros prójimos se habla mal de ellos
y con las murmuraciones y chismes se hace
odio al murmurador á sus mismos hermanos
abominatio hominum detractor.

10. A la verdad el murmurador y el chismo-
so es aborrecido aun de aquellos que gustan es-
cuchar sus palabras envenenadas y aun por eso

muchas veces procura endulzar y disimular
sus murmuraciones y chismes con cierto aire
de moderacion y de piedad hipocrita; pero
esta misma cubiella lo hace todavia mas
abominable. Entre las personas que lo escuchan
hay unas son verdaderamente caritativas y estas
se desazonan y se retiran o manifiestan en sus
semblantes el disgusto con que lo estan oyendo.
otras descubren al través de su malignidad
la verdadera causa de sus murmuraciones que
es la soberbia y envidia, y conocen que no in-
tentan disminuir el mérito ajeno sino para au-
mentar el suyo: que censuran la virtud de su her-
mano por que el no la tiene: que ponderan

las faltas personales de otra persona, porque el
carece de las perfecciones que aquella posee: que
busca defectos en las genealogias, para encubrir
los suyos: que critica el mal uso de las riquezas
o de los empleos, por que se considera desgraciado
o desatendido, como David murmuraba del gasto
que hizo la Magdalena para ungir al Salva-
dor por que no habia recogido aquellos dineros.
Unos salen diciendo o pensando de el, que es un
vano a cuyos ojos nada parece bien sino lo que
el hace: otros lo miran como un miserable envi-
doso, que tiene el corazon corrido de celo:
otros lo juzgan un malicioso que trata de erigir
el trono de su ingraticudine sobre la

ruinas de sus hermanos. Y todo, veu esta vilera en el murmurador muy contraria no solo á la caridad sino á la honestidad y á la honrra de bien.

11. Por que referir los defectos de una persona en ausencia suya es un modo muy vil de ofenderla, cuando ella no puede defenderse. Si la persona de quien tu murmuras es tu amigo, dice el Padre San Juan Crisostomo ñ puede decirse mayor vilera que decirlo así cruelmente en secreto con esa misma lengua que lo alaba y alaba cara á cara? Si es tu enemigo, ¿por que no le manifiestas tus reparos ó sentimientos para oír sus respuestas y sus excusas y no que lo

juras en un tribunal donde no puede presen-
tar las razones de su defensa? Si te es indiferen-
te; para que manchas tu lengua en la sangre del
que no te ha agraviado? Siempre se mira como
una vileria la murmuracion. Siempre se mira
al murmurador con cierto miedo y desconfianza,
por que si hoy le oigo yo sacar á la plaza los
pecados de otro, infiero legitimamente que si los
sabe sacará mañana los míos, y así el bueno y
el malo se guardan de él; el bueno por que no le
interprete malignamente sus buenas obras como le
han oido interpretar las de otros, y el malo por
que no publique sus faltas como acostumbra;
y en una palabra como todo generalmente

tenemos nuestros defectos y son muy pocos los
que gustan que se hagan publicos, todo abone-
ce la compaña del murmurador y huyen
de su trato como perjudicial a su honor. Ab-
ominatio hominum detractor.

12 Acabemos de persuadirnos de esta verdad
comparando la desconfianza y odio que le gran-
gea su mala lengua al murmurador, con la
estimacion y confianza que se merece el hombre
sencillo y bondadoso que siempre habla bien
de sus propios. El murmurador trata con
desconfianza sus mismos parientes. El bondado-
so es el deposito de las confianzas de los extra-
ños: al murmurador aunque tenga algunas

prudencia se le mira y trata con cierta reserva: al
señorillo aunque sea corto de talentos se le entregan
los asuntos, los asuntos mas ocultos y reservados.

Pero pues que esta es una verdad, que todos lo días
la estamos tocando por la experiencia pasemos ya
a ver los perjuicios que el murmurador causa á la
Sociedad, y por que dice el Espíritu Santo, que
en la Ciudad es temible. Tenibilis in civitate
vir linguosus.

12. Maldito llama el eclesiastico al chismoso
y al murmurador por que turbó á muchos que
estaban en paz, conmovió el sosiego de muchas fa-
milias que vivian juntas y las hizo dispersarse
por varias partes; destruyó las ciudades amura-

lladas de los poderosos, y amainó las baras de los
grandes; debilitó la fortaleza de los pueblos, y des-
truyó ejércitos robustos: deshonró á las mugeres
virtuosas y las privó del fruto de sus trabajos.
El golpe del arco levanta cardenal; pero los gol-
pes de la lengua demuestran los huesos. No
creais, mis amados hermanos, que sean estas
ponderaciones exageradas: son sentencias dicta-
das por el mismo Dios y acreditadas con la expe-
riencia de todos los siglos. No os citaré ejemplos
de las historias cuando tenemos muchos á la
vista: acaso ninguno de vosotros habrá dejado
de sufrir alguno de los males que el Espíritu
Santo atribuye á las lenguas murmuradoras

¿cuantas veces habreis visto alterada la paz en
vuestras Casas por un chisme? Cuantas habreis
perdido al amigo, al favorecedor por un sinistro infor-
me que le dieron de vosotros? Pero estos son males par-
ticulares: hay otros que son trascendentales á toda la
Sociedad: la murmuracion contra los Magistrados y
Superiores tan frecuente entre vosotros es la mas perju-
dicial al bien comun, al paso que de ordinario es la
mas infundada, y por lo menos siempre es inutil
en orden al objeto que nos proponemos en ella. Me
explicaré sobre lo dicho, por que lo considero aun-
to de suma importancia y muy digno de tocarse
en este lugar.

H. El Señor habia prohibido expresamente en el

Goodo que se murmurase de los Jueces ni del príncipe del pueblo, y castigó este pecado en los Arraelitas con las penas mas atroces y públicas. Manaher.^a de Moises cubierta de vergonzosa lepra es separada del campamento de Israel por haber murmurado contra su caudillo. La tierra se traga vivos á Coré, Datan y Abiron por el mismo pecado, y este pecado fué la causa de la muerte de muchos millares de Arraelitas en el desierto. Ahora bien, mis amados hermanos, este delito tan horroroso á los divinos ojos os dije que era inutil, que era infundado y perjudicialísimo á la Sociedad: Lo llamo inutil por esta razon....

15. Quando se habla mal del Gobierno ó de los

superiores es con deseo de que se reformen, lo que á
nuestra vista parecen abusos, y como esto nunca se
consegue en fuerza de nuestras murmuraciones priva-
das; ved ahí por que llamo inútil esta murmu-
ración. Digo que no se consigue la reforma de los abu-
sos reales ó aparentes por las murmuraciones priva-
das y añado que ni debe ni puede conseguirse, no
puede; por que como cada uno habla según sus ideas
y son estas tan distintas y opuestas para acallar
las murmuraciones particulares, sería forzoso que
el Gobierno diera y revocara mil determinaciones
contrarias al día. No debe tampoco verificarse re-
forma ninguna por semejantes murmuraciones pues
para representar con la autoridad y madurez con el

providientes lo que necesita de reforma, tiene la
Monarquía un Consejo Supremo y cada Ciudad
su Diputación y Sindico; cuya voz es la que mere-
ce atención a los pies del Trono y en el Senado.

16. Nada pues se adelanta con semejantes murmu-
raciones, que las mas veces son infundadas: por
que como carecemos de los conocimientos que tiene
el Magistrado, juzgamos a ciegos y nuestros juicios
de consiguiente son falsos: se censura que el Go-
bierno no emprende este o el otro proyecto util
a el bien comun, sin saber que el Gobierno tiene
mas deseos de emprenderlo todavia que nosotros;
pero carece de medios para ejecutarlo y si recurre
a los particulares para ponerlo en práctica, esos.

minuos que abren sus bocas para pedirlo sin
sus bolsas para costearlo. Se critica la egecucion
de otro proyecto que ya va naltirandose sin hacer
se cargo de que el Gobierno ha de valerse de mu-
chos subalternos para este efecto y que por muchos
escripulo que gaste para recogerlos, como son hom-
bres, uno mas que otro puede viciar lo que en su
origen era justo y estaba perfectamente contrinado,
sin hacerse cargo de que los minuos que gobier-
nan son hombres tambien, que ni pueden prever
lo todo ni precaver todos los abusos, que nacen
muchas veces de ignorancia inculpable, otras de
desiendos humanos y no de perversidad ni malicia
del coraron i quando son infundadas estas mu-
-

raciones; ¿como se reparan los perjuicios gravísimos que causan en el publico? Por ellas se desacreditan los Magistrados en el concepto del pueblo: el Pueblo primero los desprecia allá en su corazón; luego los desobedece en secreto, y últimamente se revela abiertamente contra sus preceptos; de donde resulta el trastorno enterro de todo el estado, de lo cual hemos oído en nuestros días muchos y muy funestos exemplos.

17. Juan Nepomucino, perseguido injustamente por su Rey barbaro y cruel aborrecido de sus vasallos por sus vergonzosas excoas; no opone á la persecucion otras armas que la prudencia de la Serpiente y la sencillez de la paloma. Sufrante

al Bautista reprendes á el Monarca sus deli-
 tos públicos, vienes á sus promesas y á sus ame-
 nazaras; pero nunca con quejas ni murmuraciones
 secretas trata de commover al pueblo contra
 su Soberano. El cuerpo del Martir rodeado de
 resplandores sobre las aguas del Toldau exige
 los honores debidos á el glorioso triunfo de su
 heroica constancia en callar: pero aunque Nemes-
 lao comido de su atroz delito huye de la vista
 de su pueblo, este nada intenta contra su trono
 por que el Señor que mueve las voluntades de
 los hombres no quiso que los delitos cometidos
 contra su siervo, sean castigados con otros de-
 lito, y se reservó para si la venganza. Lue-

ñandonos con esto que los defectos del Gobierno
nunca nos autorizan para sublevarnos contra
él con nuestras obras ni con nuestras lenguas.
Acordámonos, o' Santo Honor, de nuestro Dios
y Señor, la debida moderación en nuestras
palabras: el silencio en orden a las faltas de
nuestros próximos, cuando no podemos remediar-
las con nuestras conversaciones para que me-
rezcamos el amor de Dios, el de nuestros her-
manos, la estimación pública en esta vida,
y los premios eternos de la gloria &c

L^o

Sermon de la Encarnacion,

predicado

en la Iglesia de las Monjas de su nombre

Communiqué de l'Université

Provisoire

Le présent communiqué a pour objet de vous informer de la situation de l'Université et de vous proposer des mesures provisoires à l'adoption de l'Assemblée.

Il est à regretter que la situation de l'Université soit devenue si grave, et que nous soyons obligés de prendre des mesures provisoires.

Les mesures provisoires que nous proposons sont les suivantes :

1. La suspension de la publication de la Revue de l'Université.

2. La suspension de la publication de la Revue de l'Université.

3. La suspension de la publication de la Revue de l'Université.

4. La suspension de la publication de la Revue de l'Université.

5. La suspension de la publication de la Revue de l'Université.

6. La suspension de la publication de la Revue de l'Université.

7. La suspension de la publication de la Revue de l'Université.

8. La suspension de la publication de la Revue de l'Université.

9. La suspension de la publication de la Revue de l'Université.

10. La suspension de la publication de la Revue de l'Université.

Encarnacion del Hijo de Dios.

Dabit Dominus ipse vobis signum. Ecce virgo concipiet.

Et. c. 7. v. 14.

Esta profecia hecha al Rey Acab y al pueblo de Juda por el profeta Oaias tuvo su verdadero cumplimiento el dia que encarnó en las entrañas purisimas de Maria Suñora nuestra el Verbo Divino, tomando de ella un cuerpo semejante a' el nuestro, que unido a' un alma racional criada por Dios, y este cuerpo y alma a' la segunda persona de la Trinidad Beatissima, resultó Hecumenito Dios y hombre verdadero, en quien solo hay una persona que es la Divina y dos naturalezas a' saber la Divina y la humana: dos entendimientos y dos

voluntades correspondientes a' las dos naturas
distintas, las cuales permanecen unidas pero sin
confundirse ni mezclarse la una con la otra. Cada
una de ellas tuvo en Jesu Christo las operaciones
que les competian: por que el resucitar a' Lázaro
es accion de poder divino, y el orar y el llorar
para resucitarlo es accion de su Santissima Hu-
manidad, pero accion que por dimanar de una
persona divina era de un suento y valor infinito.
Tal es el misterio que hoy nos ofrece nuestra
Madre la Egleia, y tal es en breves palabras
lo que la fe nos manda creer en orden a' él, mis
amadas madres y hermanas.

El modo con que se ejecuto este misterio

lo acabamos de oír referido por Fr. Lucas cuya expo-
sición es el medio mas sencillo de instruirnos prove-
chosamente en lo que debemos saber en la presente
solemnidad, y de excitar nuestra fe y devoción pa-
ra con aquel Señor que quiso hacerse hombre por
nosotros, y p.^a con aquella Virgen dichosísima que
lo concibió en su casto vientre. Ahí lo hizo repe-
tidas veces el gran Padre Fr. Bernardo habiéndole
de predicar en este día y á mí me ha parecido
que no podré hacer cosa mayor que imitar á
este Sto Padre tan devoto de la Virgen purísima
y no solo imitarlo sino extraer de sus precio-
sos sermones lo que me parezca mas conducente
para fomentar vuestra devoción y piedad. Pi-

daunos á Dios nos conceda los auxilios de su di-
vina gracia para oír con fruto su divina pala-
bra. Ave Maria.

Habiendo de encarnar el hijo de Dios de-
bía prepararse una Madre adornada de tales
cualidades, que en el modo posible correspondie-
sen á la suprema dignidad á que se destinaba.
Quiso pues que fuese una Virgen purísima de
la que naciere inmaculada para lavar las
manchas de nuestras culpas. Quiso que fuese
una Virgen humilde de la que naciere manso
y humilde de corazón para dar á los hombres
el ejemplo necesario y provechosísimo de estas vir-
tudes. Eligió para Madre á Maria habiendole

antes inspirado el voto de castidad y el manto de
una humildad sin igual. Para que fuese Santa
en el cuerpo recibió el don de la virginidad, para
que fuese Santa en el alma recibió el don de la
humildad. Veamos replaudean estas dos virtudes
en la historia de la Encarnación.

Fue enviado dice S.^{to} Lucas el angel Gabriel
por Dios á una Ciudad de Galilea llamada Na-
zarét, á una virgen desposada con un varón lla-
mado José del linaje de David, y el nombre de
esta virgen era Maria. ¿Una virgen desposada
¿y por que desposada? ¿Si era virgen, y habia
de concebir al Verbo sin menoscabo de su virgini-
dad de que sirven estos desposorios? Pero no ni al ml.

no penseis que hubiere circunstancia casual en
el mayor negocio de la divina providencia cual
era el de nuestra redencion. Era costumbre entre
los Judios entregar la Esposa al Esposo desde
el dia de los Desposonios hasta el de las bodas;
para que en este tiempo fuese el Esposo obser-
vador vigilante y custodio celoso de la conducta
y del pudor de su esposa. Así pues desposada
Maria con el castísimo José proveyó la divina
providencia de un testigo integro de la virgini-
dad de Maria en su esposo santísimo, y ade-
mas encubrió de esta suerte el gran misterio de
la venida al mundo de Nro Redentor al prin-
cipe de las tinieblas que creyó que el fruto del

Dentro de la virgen habia sido fruto de este des-
pororio: de esta manera se puso á cubierto el ho-
nor y la fama de María que si hubiese conce-
bido sin estar desposada se hubiera tenido en el
pueblo por un efecto de fragilidad con graves
menoscabo de su reputacion. Era mas tolerable
que por algun tiempo se creyese haber sido
concebido Jesus nuestro Redentor de un legitimo
matrimonio, que se tuviese por fruto de un
pecado. ¿Y que cosa mas sabia ni que medio
mas digno de la divina providencia? De aque-
lla providencia que al paso que toca de un
extremo al otro del mundo y de los tiempos con
inimitable fortaleza mueve y dispone todas las

coras con la mas fina delicadeza y suavidad?
Y añade el Evangelista que José era del linaje de David para significar que lo era tambien Maria S^{ra}. nuestra y que por consiguiente nuestro Redentor habia tomado nuestra carne de una virgen descendiente de la Casa de David, de aquel Santo Profeta á quien le habia ofrecido el Sr. que de su casta habia de nacer el Mesias prometido en la Ley. Por que entre los Judios estaba mandado que los Desposorios se hicieran entre personas descendientes de una misma familia ó de un tronco mismo. Y notad m. a. m. que nada hay en cuanto nos dice el Evangelista que no

respire la humildad profunda de nuestro Redentor,
que no contento con humillarse tomando la forma
de siervo, busca un pueblo infeliz como Nazaret,
y una virgen pobre despreciada con un pobre ofi-
cial para encarnar en aquel pueblecillo y de-
padres humildes y despreciados a los ojos del mun-
do.

Continúa el Evangelio: Y habiendo entrado el
angel donde estaba Maria tra. nuestra salu-
tudo diciendola: Ave llena de gracia el Señor es
contigo: bendita tu entre todas las mugeres; y
en donde podemos pensar que estaría esta felici-
dina virgen sino en el retiro de sus casa orando
al Padre en lo escondido de su retrete y ejercitada

en la labor de manos? Ni debemos sospechar que
encontrare el Angel desapercibida a esta Señ. que como
tan ocupada en la contemplacion de las cosas
del cielo, y tan celosa de la custodia de su virgi-
nidad vivia siempre encerrada en su pobre cailla
siempre elevada su alma en altissima oracion y
siempre ejercitaba su cuerpo en el desempeño de sus
obligaciones domesticas, donde si tenia entrada un
angel venido del cielo, no la habia para ningun
hombre que pudiese turbar su recogimiento. Y
la saluda diciendole, Ave llena de gracia, porque
si bien leemos que estuvieron llenos del Espiritu
Santo los apóstoles y el Diacono S. Esteban,
fue Maria llena de gracia por un modo mas

abundante en comparacion que todas ellas. Los
demás Santos recibieron por partes la gracia y la
recibieron mas tarde. Maria la recibió desde
el instante de su concepcion, y recibió desde en-
tonces y conservó toda su vida la plenitud de la
gracia con tal abundancia cual nosotros misera-
bles ni podemos siquiera concebir. Y añade
el Angel: El Señor está contigo. Está Dios en
todas partes igualmente por que en todas par-
tes está su substancia simplicísima; pero de
distinto modo en las criaturas racionales q.
en las irracionales; está en estas pero no le
conocen: está en aquellas que somos los hom-
bres pero los malos le alcanzan solo por el

conocimiento: los buenos por el conocimiento y
por el amor de su voluntad. En Maria estaba
el Señor por la unión de su entendimiento ocupa-
do en el conocimiento de su Dios, por la unión
de su voluntad perfectamente conforme con la de
su Dios y por la unión de su carne con la
carne divina de Jesu Cristo. Estaba en ella el
Padre que engendra al Hijo que Maria concibe:
estaba en ella el Hijo que se abre paso por su
vientre virginal. Estaba el Espiritu Santo que
con el Padre y el Hijo santifica con su incom-
prehensible operacion el vientre sagrado de
Maria. El angel concluye su salutacion y
le dice: Bendita tu entre todas las mugeres

por que tu sola serás exenta de las maldicio-
nes que el Sr. ha pronunciado contra las mu-
jeres de tu pueblo. Maldijo á Eva diciendole
que pariría sus hijos con tristora y dolor y
maldijo á las esteriles en Israel; pero tu serás
fecunda y parirás sin dolor á tu hijo y sola
tu serás bendita por que tu sola gozarás de
este privilegio.

Pero Maria continua el Evangelio al oir
estas palabras se turbó y quedó reflexiona-
do que seria esta salutación. Suelen las vir-
genes que lo son en hecho de verdad y de co-
razón vivir melosas siempre, nunca seguras
y para precaver los peligros tener aun las

cosas que no lo son, como que saben cuan difícil es llevar en vasos tan quebradizos como estas un tesoro tan precioso como el de la castidad, cuan arduo el vivir entre hombres vida de Angeles: en la tierra vida del cielo y en carne vida espiritual. Por eso Maria se turba al oír las palabras del Angel. Se turba pero no se aturde: se turba por un efecto de su piedad: no se aturde por su fortaleza: calla y reflexiona prudentemente. Y el Angel para sacarla de sus dudas y de sus turbaciones le habla familiarmente y le dice. No temas Maria, has hallado gracia delante del Sr. Nada hay aquí de engaño.

yo no soy hombre, ni he tenido que transformar
me en Angel de luz; soy enviado de Dios, y te
hablo á su nombre y de parte suya: en su pre-
sencia has hallado gracia, gracia para ti y para
tu pueblo; gracia para todo el género humano:
gracia mas cumplida que la que halló Ester en
presencia del Rey Asuero: pero ¿cual gracia? La
paz entre Dios y los hombres: la destruccion
de la muerte, la reparacion de la vida, la reden-
cion del mundo.

Y sigue diciendola Sr. Gabriel: He aquí con-
cebirás en tu vientre y parirás un Hijo á quien
procuras por nombre Jesus. Este será grande
y se llamará Hijo del Altísimo y el Sr. Dios

le dará la silla y trono de su Padre David y reinará en la Casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin. En estas palabras encierra el Angel todas las profecias y figuras que del Mesias se habian hecho al pueblo de Dios, para que viendo la virgen en el misterio que se le anunciaba el cumplimiento de todas ellas conociese esta Señal la dignidad á que la destinaba el Señor. El Hijo que habia de concebirse llamaria Jesus: nombre que tuvo aquel Capitan esforzado que introduxo al pueblo de Israel en la tierra de promision, y tambien el otro que después de la cautividad de Babilonia volvió á poner al mismo pueblo en posesion de la Judea:

nombre que significa Salvador: y se llamaria Sal-
vador no por que habia de salvar á su pueblo de
alguna cautividad ó trabajo personal sino por que
como añade otro Evangelista habia de redimirlo de
la esclavitud del pecado trayendolo á la libertad de
los hijos de Dios. La grandera de este hijo estaba
anunciada en muchos lugares del antiguo testamen-
to, señaladamente en el Salmo 71. donde se dice
que dominaria de mar á mar y que los límites
de su imperio se confundirian con los del mundo,
que le adorarian los reyes todos de la tierra, y
todas las naciones le prestarian vasallaje, que
sus enemigos se venian obligados á lamer el polvo
de la tierra que pisase. Le habia llamado tam-

bien Hijo del Altísimo el mismo David en el sal-
mo segundo donde introduce á Jehu Cristo hablan-
do de este modo: El Señor me dijo: Tú eres mi
Hijo; yo te engrandeceré hoy: y en el Salmo 109, donde
hablando el mismo David dice: Dijo el Señor á
mi Señor; siéntate á mi diestra; yo te engrandeceré
de mi mismo antes del lucero de la mañana.
En los mismos Salmos citaba profetizado que
su Eterno Padre le daría el Reino y trono de
David; ~~en el Salmo segundo~~ que reinaria en
la Casa de Jacob para siempre: pero no el
trono temporal colocado en la Jerusalén terrena,
que tuvo David; sino el trono eterno en la Je-
rusalén celestial, figurado en aquel: que su

nino seria ruina de todos los siglos: mas du-
radero que el Sol, la Luna y que los astros
todos del firmamento.

Confirmada la Santa Virgen con las palabras
del angel en las que le habia recapitulado todas
las promesas hechas á sus antiguos padres, sin
dudar ya de que iban á tener todo su cumpli-
miento, pregunta solo acerca del modo y orden
con que se habia de efectuar el misterio: Y
como ella se ha de hacer esto si yo no conozco
varon? No solo dice en esto que hasta aquel
punto habia conservado intacta su virginidad
sino que declara en estas palabras el voto q.
tenia hecho á su Dios de conservarla intacta

toda su vida sin conocer jamás varón alguno: áu
es necesario entender esta réplica de Mariana
Señora nuestra, si en ella hemos de suponer
algún sentido: por que sería ciertamente necesidad
dificultar una concepción que aun no se había
efectuado por el único motivo de no haber co-
necido varón hasta allí, si esperase conocerlo
en lo sucesivo. Así como sería necesidad en una
doncella que estubiere próxima á los despo-
sitos dificultar la concepción que se le anun-
ciase solo por que aun no estaba desposada.
Debemos pues entender las palabras de la pu-
rísima Virgen en este sentido: y Como se ha
de verificar en un este misterio teniendo consa-

grado mi cuerpo á Dios, por un voto para el cual
ni he tenido precepto, ni consejo, ni ejemplo, ni me
ha guiado para hacerlo otra cosa que la inspira-
cion del Espiritu Santo. Conozco, ó Santo Ángel,
la verdad de esas palabras que tu me anuncias:
pero sabiendo mi Dios testigo de mi conciencia el
voto que le he hecho de permanecer virgen ¿de que
modo dispondrá que se realice en mí, su sierva lo q.
habia prometido á mis padres? Será necesario
para esto quebrantar un proposito que se bien cuan
agradable ha sido á sus divinos ojos? Replande-
ce maravillosamente en estas palabras la humildad,
la prudencia y el amor á la castidad de la purí-
sima Virgen. Habia ya oido de boca del Ángel

que se la destinaba para Madre del Mesias
prometido en la Ley, para Madre del Hijo de
Dios, pero sin desvanecerse al oír una elección
que la elevaba á la Dignidad mayor que pudo
tener pura criatura: sin perder nada de su paz
y humildad interior para combinar lo que se
le decía con los santos propósitos que habíale
hecho inspirada por el Espíritu Santo: pre-
gunta, dice S.^r Lorenzo Justiniano, el modo
admirable de la Encarnación del divino Verbo,
para que instruida la Iglesia con la represen-
tación del Ángel, se conservase en ella uno de los
dogmas fundamentales de nuestra religión. En
efecto el Ángel satisface su duda diciéndole: El

El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá: que es decir: hasta ahora el Espíritu Santo ha habitado en tu alma llena de gracia: mas para realizar el misterio que ahora te anuncio este mismo Espíritu descenderá a tu vientre y en el formará de tu misma sangre el cuerpo de tu divino hijo: la virtud del Altísimo para lo cual se ha de hacer todo esto al mismo tiempo que sobre dentro de ti misma ocultará sus admirables operaciones a los ojos de todos, sirviéndote como aquella nube misteriosa del desierto de prodigiosa luz para ti y de oscuridad y tinieblas para los demás: así como aquella alumbraba a los Israelitas y los ocultaba a sus enemigos. Por que a la

verdad y quien sintió María que experimentó lo que
fue esta venida del Espíritu Santo y esta opera-
ción de la virtud del Altísimo o de la Beatísima
Trinidad en si misma, quien sintió esta Virgen di-
chosísima la podrá explicar. A nosotros no nos
es dado el entrar curiosamente en el mas augus-
to santuario de la tierra y sería una temerari-
dad soberbia querer investigar de este misterio
mas de lo que el angel nos significa.
Una sola cosa debemos creer y es que todo
lo que intervinio en la admirable Encarnación
del Verbo, fue Santo, fue puro, fue espiri-
tual, fue digno del Padre que obraba, del
Hijo que encarnaba y del Espíritu Santo que

asistia y cooperaba con el Padre y el Hijo, y de la
virgen Santissima cuyo vientre era el tabernaculo bendito
en que Dios se hacia hombre por nuestro amor.
Por eso sigue el Angel: El que ha de nacer de ti
Santo se llamara Hijo de Dios. Aquella palabra
Santo quiere decir mucho en este lugar. Santo

llama el Angel al fruto del vientre de Maria
es la obra de Dios en la que no han tenido parte los hombres:
por que es todo de Dios: es la obra de Dios por
excelencia, y es el holocausto que todo entero y
sin division ni menoscabo habia de ofrecerse
a Dios para gloria suya y redencion nuestra.

No para confirmar a Maria en la fe de
estos soberanos misterios, sino para darle un
nuevo motivo de gozo y alegria: para instruir la

en un nuevo prodigio que por ella se habia de
comunicar á la Iglesia para incitarla á que con
su presencia fuese á santificar al Bautista, añade
el Angel: y he ahí Isabel tu parienta tambien
ha concebido un hijo en su avanzada edad y
cuando se le tenia por estéril lleva ya seis
meses de su primer; por que á Dios nada hay
imposible á vista pues de tan repetidas prue-
bas como os ha dado el Angel de que el Señor
os destina para madre de Nuestro Redentor
¿en que os deteneis ya, o Virgen quísimas pa-
ra prestar vuestro consentimiento? El Angel lo
espera, y con él lo esperamos todos: lo esperan
deconsolados tus padres, adan el primero con

toda su descendencia desterrada del cielo: lo espera
Abraham, lo espera David y todos tus Santos
progenitores detenidos en la region de las som-
bras de la muerte: lo espera el mundo entero pos-
trado a' tus pies. De él pende el consuelo de los
miserables, la redencion de los cautivos, la libertad
de los que estan destinados al fuego eterno. la
salud de todos los hijos de Adan en una pa-
labra. El mismo Rey y Señor de todas las
cosas que tanto se ha preciado de tu virtud
desea y espera tu consentimiento. ¿En que os
deteneis, ó Virgen prudentissima? Har, Señora,
que oigamos tu voz, la voz mas dulce, la de
mayor alegria que podremos jamas oir. No-

basta lo que habeis oido de boca del angel para
que cobre ánimo vuestra humildad, y tome alien-
to vuestro pudor. Si hasta aquí ha sido agra-
dable á Dios tu silencio, ya es necesario que
manifiestes tu obediencia con tus palabras.
Pues: he aquí la esclava del Señor, ha-
gase en mí según su palabra. Bauta era la
humildad que debia servir de cimiento al mas
alto edificio de virtud, á la dignidad mas
excelso que Dios podia dar á una pura crea-
tura. Humildad que no se enorgulleciese con
tan sublimes honores, con una gloria tan
singular. Se vé elegida Madre de Dios, y se
llama su esclava. Humildad tan segura si quier

la vio' jamás? No es mucho ser humildes cuan-
do nos vemos depreciados de todos: lo raro, lo
grande es hallar la humildad aun en medio
de los honores. Si la Iglesia, añade aquí el Padre
D.^o Bernardo, si la Iglesia engañada con unas
apariencias de Santo se elevase á algun ho-
nor, aunque fuese mediano, á un miserable hom-
breillo; permitiéndolo así el Señor, ó por sus
pecados ó por los de sus súbditos: por ventura
olvidado al instante de lo que soy y no me tendría
por tal como me reputaban los hombres que
no penetran mi corazón? Fácilmente me cree-
ría de sus alabanzas sin atender á lo que me
argüia mi propia conciencia y graduando no el

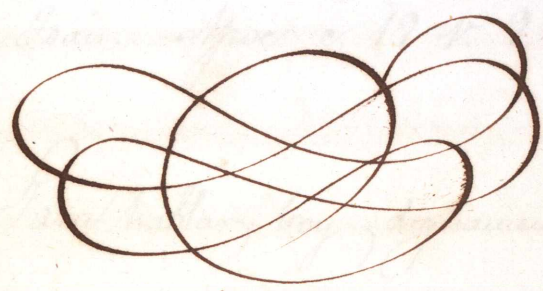
honor por las virtudes, sino las virtudes por el
honor, me estimaria por mas santo mientras
me veia mas elevado sobre los demas. Esto
decia de si mismo el Padre S.^{to} Bernardo, y se
quejaba de muchos que en su tiempo busca-
ban en la Escuela de la humildad medio de
fomentar su soberbia y de los desordenes que
á esto se seguian, y nos llama á contemplar
el ejemplo que nos ofrece hoy la purisima Virgen
en estas palabras: He aqui la esclava del Señor,
para que aprendamos en él á reunir estas dos
virtudes: imita, dice el Santo, en la humildad
á Maria, sino puedes ya imitarla en su vir-
ginidad: Loable virtud es la virginidad: pero

35
humildad es mas necesaria: aquella se aconseja
pero esta se nos manda: á aquella se nos convida
á esta se nos obliga: podemos salvarnos, no sien-
do vírgenes pero no podemos salvarnos sino so-
mos humildes. Puede agradar á Dios la humil-
dad que llora la perdida de la virginidad: pero
sin humildad no hubiera agradado á Dios, me-
atras á decirlo, ni la virginidad de Maria.
Pidamos, pues, á esta Señora que supo reunir
en si estas dos virtudes en tan alto grado, nos
alcance de su hijo la gracia de ~~que~~ reunir-
dolas nosotros, como debemos para desempeñar
las obligaciones de nuestro estado, consigamos los
premios prometidos á los humildes y á los limpios

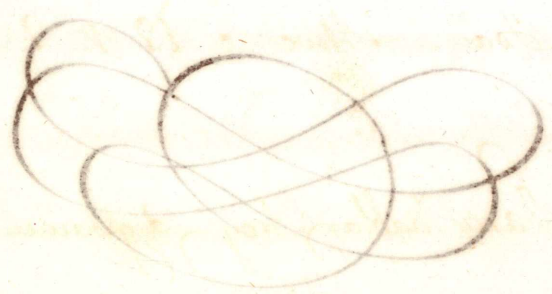
de corazón. S.^a

Leído 23 Marzo de 1978

Sermon sobre Institución



James M. Smith



Sermon sobre Instituciones.

Beati qui ad cenam nuptiarum digni vocati
sunt Ioan... Apoc. c. 19 v. 9.

Para hablar hoy dignamente de los
grandes misterios cuya memoria celebramos
y que se representan y se renuevan sobre
nuestros altares y en nuestros templos debe-
ria no subir a este sitio ni abrir sus labios
sino un ministro del Sr. tan encendido en el
fuego del amor divino como lo estaba el
dichoso Evangelista S.ⁿ Juan, que recostado
sobre el pecho de Cristo bebió en aquella

fueron infinita de caridad la inteligencia de
todas ellas y aprendió allí el idioma sublime con
que supo exponerlos después en su Santo Evan-
gelio. Por que á la verdad m.a.h., un corazón
frio ó por lo menos tibio ñ como podrá sentir
con viveza los suaves afectos de que este Evan-
gelista nos refiere estaba penetrado el corazón
aventurino de Jesús? Un alma distraída en
los objetos terrenos, ¿como podrá cuanto enseñar
en si y cuanto nos enseña las acciones todas
y las palabras de Jesu Christo en la última no-
che que cenó y habló con sus discípulos? ¿
no conociendo aquellos misterios ni sintiendo
aquellos afectos mal podrán los labios expresar-

los con la nobleza y dignidad, con la unción
y ternura que se merece un asunto tan subli-
me y devoto. Esto es (m. a/h) lo que á mi me
sucede: así lo conozco y lo confieso así: pero sin
embargo he resuelto antes de que nos acerque-
mos á esa divina cena de las bodas del Cor-
dero que se nos está preparando, llamar vuestra
atención por pocos minutos para que refle-
xionemos aunque brevemente sobre nuestra
dichosa suerte en ser admitidos á tan sagrada
mesa, á este convite celestial. Elevemos h. m.
nuestra alma á contemplar la institución
de este augusto misterio: traigamos á la me-
moría las principales circunstancias con q.

se celebraron estas bodas divinas, y ya sea que
pongamos la vista en el esposo amabilísimo
que nos sienta á su mesa, ya atendamos al
mojar con que allí nos regala, ya en fin con-
sideremos los frutos inestimables con que nos
enriquece, conoceremos ó al menos vislumbrar-
emos alguna partecita de aquella dicha que
decía S. Juan gozaban los que habian sido
llamados á la cena de la boda del cordero.

No es justo callar en este día; y si puedo hallar
alguna disculpa de mi atrevimiento es mi
obligacion, así como espero alcanzar por vues-
tras oraciones los auxilios necesarios &c

Sabiendo Jesus, dice S. Juan, que era

llegada la hora en que habia de salir de este mundo y volver á su padre como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, se encendió mas este amor al separarse de ellos. Mirad cuanto es el amor de Jesús-
to á los hombres. Los habia sufrido por todo el tiempo de su vida: de unos habia recibido agravios de otros desprecios, persecuciones, insultos; aun sus mismos discipulos le habian causado muchas molestias unas veces por su ignorancia otras ~~por~~ por su malicia. Sea que se le acercaba la hora de libertarse de tantas incomodidades y trabajos y ^{descubria} ~~se~~ ya de cerca el trono de gloria á que lo convidaba su eter-

no padre para que en él se sentase á su diestra
y desde allí completase el triunfo de todos sus
enemigos. Y sin embargo ni los males de que
iba á salir, ni la felicidad que le esperaba,
existia en su corazon el amor á los suyos;
antes en aquella hora cual sobre manera infine
dilexit eos. Cuando acá en la tierra va uno llama-
do por el Rey para tomar posesion de un alto
destino, le rodean al partir sus amigos: pero él
engruido con la elevacion y el favor del Monarca,
apenas los atiende, solo aspira á desprenderse de
sus suplicas y cumplidos ruegos, y si tiene al-
gun motivo de queja, le da en cara su falta y
aun le amenaza con la venganza luego que llega

á ocupar el Ministerio. No obró así nuestro Reden-
tor; antes bien cual madre amorosa que en el lecho
de su enfermedad espera el momento en que la muer-
te va á separarla de sus hijitos y penetrada su
alma de dolor, los llama y congrega en torno de
su cama, los mira y reanima, y del corazón rebo-
san por sus ojos tiernas lagrimas del amor más
vivo: y siente entonces las veces que les comgia y
conoce cuanto los amaba y crece y se inflama su
maternal cariño; de este modo nuestro Redentor,
sin atender á su feliz suerte y á la felicidad que
se le acercaba; solo cuida de sus amados disci-
pulos en aquellos instantes. Olvida sus debilidades
e imperfecciones: contempla los peligros á que los

deja expuesto en este mundo, los trabajos y gra-
ves persecuciones que habian de sufrir por él,
y penetrado su amante corazón del mas vivo
dolor no trata mas que de darle a su partida
las pruebas mas asombrosas del amor, infi-
nito que le tenia. ¡Con cuanta ternura los consuela
viéndolos afligidos por su ausencia y separación!
¡Con cuanta energía los anima y conforta para
desvanecerles el temor y la cobardía que ya indi-
caban habiendo de perder la sombra y el apoyo
de su maestro! ¡Con cuanta seguridad les ofrece
su asistencia y su valimiento allá en el Reino
de su eterno padre! No hay que turbarse les
dice: aunque me voy, yo vuelvo, voy a prepararme

el lugar que habeis de tener en el Reino de mi
Padre y volveré para llevaros conmigo a fin de
que estéis vosotros en donde yo estuviere.

No temáis ni os echan de nuevo las persecu-
ciones que yo os he anunciado. El mundo os aborrecerá,
por que me ha aborrecido a mí y no es justo que
sea el discipulo mas que su maestro; deben ambos
correr igual fortuna. Pero así como la mujer cla-
ma y grita y se apura cuando le estrechan los do-
lores del parto, mas riendo y a en sus brazos al
infante que ha dado a luz, se le olvida lo que ha
sufrido y está contenta y llena de gozo; así vosotros
ahora padeceréis tristes y apuros, pero cuando yo
vuelva a veros, llenaré vuestros pechos de alegría

y júbilo: de alegría y júbilo de que nadie podrá
privaros. No tengáis miedo, no creáis porque me
voy que os dego huérfanos y desamparados. Yo os
enviaré al Espíritu Santo que os enseñará cuanto
debéis saber, y no es tiempo manifestaros aún.
además que antes de vosotros tomaré a mi cargo
todas vuestras suplicas, y se cumplirá y haré to-
do cuanto pidáis en mi nombre a mi padre. Pedid
lo que quisieris y todo os será concedido y se
llenarán las medidas todas a vuestras deseos para
que vuestro gozo sea completo y perfecto. Llamé
no os llamaré siervos sino amigos míos, por
que os he descubierto todo mi corazón. Conservad
mi memoria. Conservaos en mi amor y amaos unos

a' otros como os he amado go: vivid en paz y
en perfecta union.

Con estas y otras dulcissimas expresiones des-
hoga Jesus su pecho en aquella noche. Y como al
verdadero amor no bastan palabras para satisfa-
cerse sino sella con obras su inclinacion vehe-
mente hacia el objeto amado; Jesus, dice Sr
Juan sin acabar la cena del Cordero pasqual se
levanta de la mesa se desnuda del manto, se cñe
una tohalla, prone agua en una palanca y se
acera a lavar los pies a sus discipulos, con el fin
de gravar en sus corazones el amor y el estu-
dio de la humildad que le enseñaba con un exem-
plo tan arrobioso: y de purificar sus almas de

toda mancha de pecado para que se hallaran
capaces de recibir su cuerpo y su sangre que iba
después á darles. Pedro atumbrado se reúne: los
apostoles atortados se praman. Judas pertinaz y
ciego se obstina: Jems manso y humilde de cora-
zon prosigue aquella accion admirable que llena-
ba de confusion y espanto á los apostoles. ¡O bien
Jems! ¿cómo os abatis tanto? Es compatible esa
humillacion tan profunda con la alta dignidad
de hijo conestancial de Dios vivo? Es posible que
esas manos divinas que esot bendito y amables
labios han de limpiar las manchas groseras de
unos pies inmundos; y sobre todo que todo el
fuego de una caridad inmensa ha de tocar á ese

perdido Apóstol sin ablandar su dureza ni hacerle
destituir de su ingratitud? Pero aún hermanos más
quería nuestro Padre y Maestro enseñarnos a ser hu-
mildes y no podía reducir la soberbia y orgullo del
hombre sino a costa de tan incomprendible abati-
miento nuestro. Súbitamente quería hacer partícipes
a sus amados de su precioso cuerpo y solamente sus
manos podían comunicarle aquella pureza con que
debían disponerse para recibirle. No dueños amabili-
mo de nuestras almas no rehusamos ya como he-
dros que nos habeis; antes, os pedimos con el fervor
samente que nos purifiquéis no solo los pies de
nuestros afectos impuros sino las manos de
nuestras malas obras, y la cabeza de nuestras inus-

toda mancha de pecado para que se hallaran
capaces de recibir su cuerpo y su sangre que iba
después á darles. Pedro asombrado se reúne: los
apóstoles atónitos se praman. Judas pretina y
ciego se obtina: Jems manso y humilde de cora-
zon proigue aquella accion admirable que llena-
ba de confusion y espanto á los apóstoles. ¡O buen
Jems! ¿como os abatis tanto? Es compatible esa
humillacion tan profunda con la alta dignidad
de tipo conestancial de Dios vivo? Es posible que
esas manos divinas que esot benditas y amables
labios han de limpiar las manchas groseras de
unos pies inmundos; y sobre todo que todo el
fuego de una caridad inmensa ha de tocar á ese

perfidio y portol sin ablandar su durera ni hacerle
desistir de su ingratitud? Pero así hermanos misos
queria nuestro Padre y Maestro enseñarnos a ser hu-
mildes y no podia reudirse la soberbia y orgullo del
hombre sino a costa de tan incompreensible abati-
miento nuestro. Tembrito queria hacer participante,
a sus amados de su precioso cuerpo y solamente sus
manos podian comunicales aquella purra con que
debian dejouerse para recibirle. No dueños amabilissi-
mo de nuestras almas no rehusamos ya como se-
dro que nos habeis; antes, os pedimos con el fervoro-
samente que nos purifiquis no solo los pies de
nuestros afectos impuros sino las manos de
nuestras malas obras, y la cabera de nuestras inu-

tiles é impetinentes pensamientos, para acercarnos
con el ropaje limpio y puro de una verdadera ca-
ridad á esta sagrada mesa.

Resuelve Jesus á sentarse á ella porque S. Juan
después de haber lavado los pies á sus apóstoles,
y después de haberles recomendado la humildad con
sus exemplos, yendo á instituir los augustos miste-
rios se turba su espíritu, y les declara lo que iba
á sucederle diciéndoles: En verdad en verdad os
digo que uno de vosotros me ha de vender. Tan
grandes y vehementes era los afectos que agitaban
el pecho de nuestro Jesus que apareció titubear
su divina firmeza y turbarse aquella paz sobera-
na que habia siempre conservado inalterable.

La ingratitude y perfidia de un Apostol á quien ha-
bia dado toda su confianza: la perdida de aquella obeya
que habia sido una de las primeras de su rebaño y
sobre todo la profanacion horrorosa que iba á sufrir
su sacramento cuerpo en aquella primera comunión
sacilega. Verne como lavrado por Satanás de un
corazon donde se habia metido para divinizarlo
y que aquel enaingo armado de los poderes y de la
fuerza que le dá la voluntad del hombre, ha de
señorearse de su infeliz alma tan despotica y so-
beranamente que no han de tener cabida ya en
él ni las inspiraciones ni los llamamientos, ni el
amigo Jesus que viene en persona á reclamar los
derechos que tiene sobre su alma comprada á pre-

cio de su sangre, y á la que busca para librarlos
de la miserable esclavitud del pecado, y hacerla colere-
dera y partícipe de todos sus bienes. Este misterio
inconcebible de nuestra ingratitude que se renueva
todas las veces que recibe el critico sacrilegante
el sacramental cuerpo de Jesu Christo le hace esclamar
turbado de dolor pero ay! que estoy viendo sentado
aquí en la mesa al que me ha de entregar! Venite
Amen ecce manus tradentis me mecum est in men-
sa. No permitais Dios y Señor mio, que nosotros
tengamos jamás tal atrevimiento: no permitais
que seamos cómplices de tan fea ingratitude; no
querreis vos sufrir de nuestra parte tal desaca-
to. Encontrar á Satanás para despojarnos á vos

del imperio de nuestro corazón, que vilera! que insen-
sater! que horrible infelicidad. Eidas, hermano, mis
habia formado el proyecto de vender a su maestro:
habia concertado la venta con los principes de los
sacerdotes: habia recibido el precio ruin de su iniqui-
dad y perfidia: se habia conservado insensible a
las muestras asombrosas de amor que le habia da-
do Jesus lavandoles los pies, y con todo eso no ha-
bia tomado Satana's el imperio absoluto de su co-
razon hasta que se atrevio a comulgar sacrile-
gamente, entonces fué cuando entro Satana's en su
alma para enseñorearse de ella completamente.
Et post bucellam introivit in eum Satana's. Por
que cuando el Cristiano llega al extremo de recibir

á Jesu Cristo sacramentado en conciencia de pecado
mortal entonces se hace tan esclavo del demonio, y
queda tan abandonado de Dios que si la fe no abrie-
ra los ojos para conocer su miserable estado de falte-
ceriamos de honor y de espanto al considerarlo.

Jesus nuestro Salvador aunantino consideraba
con la mayor claridad no solo las disposiciones de
aquella ingrata alma sino al mismo tiempo quan-
tas profanaciones y sacrilegios habian de comete-
rse con su divina Magestad en el Sacramento
y no obstante con semblante apacible y magestu-
so toma el pan en sus manos lo bendice, levan-
ta sus divinos ojos al cielo para dar gracias á
su eterno padre y lo reparte entre sus apóstoles

disciendolo: tomad y comed; este es mi cuerpo que ha
de ser entregado por vosotros: haced esto mismo en
memoria mia. Y despues toma el caliz del vino, y
precediendo la bendicion y la accion de gracias lo
da á sus discipulos diciendoles. Este es el caliz de mi
sangre, con la que voy á sellar ambos testamento
misterio de fe, que va á ser denominada por vosotros
y por muchos para la remision de sus pecados.
No veis la senciller con que habla Jesus. Era un
Dio á quien nada cortaban los milagros y marav
llas que obraba, instituyendo la Eucaristia. Era un Dio
que no necesitaba de los adornos de la elo cuencia pa
persuadir á la fe de los arcanos y misterios incom
preensibles que encierra en si este sacramento. Era

un Dios cuyo poder, cuya sabiduría, cuyo amor per-
deria de su uento si tratase de ponderarlos. Habla
y obra como Dios y no como hombre. Aquella voz
hagase la luz sacó al mundo del caos, y cuando lla-
ma por su nombre a las estrellas la grande ora del
noche y el crucero del mediodia corre a su presen-
cia y dice aquí estamos. Cuando dice este es mi
cuerpo: esta es mi sangre la sustancia de pan
se convierte en el cuerpo de Cristo y la sustancia
de vino en su preciosa sangre, y la Iglesia lo
cree firmemente por todos los siglos, y triunfa
esta fe en todos los errores: y millares de almas
enamoradas comen a estos altares y llenas de los
suos tiernos afectos de devoción y del mas profundo

respeto buscan en este divino bocado su remedio, su fortaleza, su alivio su consuelo y toda bienaventuranza.

O amor divino de nuestro Jesus! amor ingenioso; amor suave! amor omnipotente! Ni podiais darnos otra cosa mejor que á vos mismos, ni os podiais entregar de un modo mas proporcionado á nuestra naturaleza, á nuestras necesidades, para nuestro provecho: ni nos acordais vuestra magestad que recordéis; ni se nos hace difícil ni costosa la participacion de vuestro cuerpo y sangre por que donde quiera encontraremos el pan y el vino y en ellos las dos sustancias mas sabrosas, mas nutritivas, mas apetecibles para todos los hombres.

Ni instituyeis Jesus este sacramento admirable

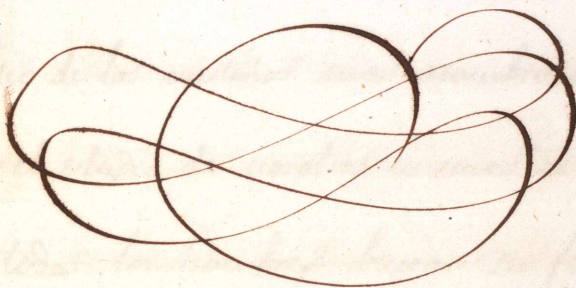
de que vamos á ser participantes. Convidado por la
Glesia á esta cena divina en que se celebran las bodas
o la union del Cordero con nuestras almas procuramos
que se cumplan en cada uno de nosotros los deseos de
Nuestro Divino Salvador al instituirlos. Yo quiero, de-
cia á sus apóstoles que conocais vosotros que yo vi-
vo en mi Padre y vosotros vivis en mí y yo vivo
en vosotros, que yo vivo en mi Padre por que tengo
una misma naturaleza y esencia con él, vivo en mi
Padre por que me sustentó desde la eternidad en su
seno donde soy con el principio del Espiritu Santo.
Vosotros vivis en mí por que nuestra naturaleza huma-
na está en el Verbo por la union personal con
que se unió á ella en la encarnacion y la Iglesia

está en Jesucristo por que es su cuerpo místico y todos
los cristianos somos sus miembros. Y yo vivo en voso-
tros por que Jesucristo habita y vive en vosotros por
su Espíritu Santo de adopción para santificarnos, gober-
narnos y comunicarnos como comunica la cabeza a to-
dos los miembros de nuestro cuerpo la vida y la gracia
y es la gloria. Cognoscitis quia ego sum in Patre meo,
et vos in me, et ego in vobis. Esto deseaba Jesús al insti-
tuir este sacramento y esto pedía a su Padre al fin de la
cena. Que todos los que participamos de ella seamos una
misma cosa viviendo unidos en afecto de verdadera cari-
dad. Et omnes unum sint. Así como vos padre uno
estáis en mí y yo en ti, que ellos sean como nosotros
una y misma cosa. Que seamos una misma cosa con

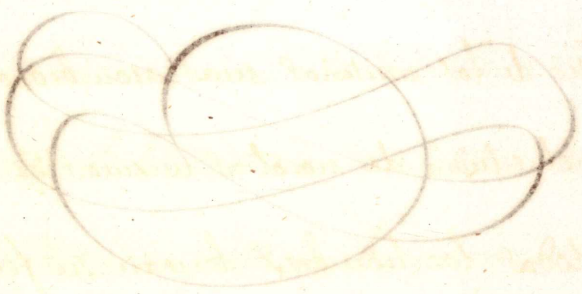
el Padre que adoptadnos y reengendrandonos en el
bautismo por hijos suyos nos hace participantes de su
naturalera divina una cosa misma con el Hijo
cuyos miembros somos formados con un solo cuerpo
del que es cabecera única que lo gobierna y al que co-
munica su vida. Una misma cosa con el Espiritu
Santo que es como el alma y la vida de este cuerpo,
el laró que eterna á todos los miembros entre
sí y con su cabecera y el amor con que todos se
unen y se aman íntimamente. Dichosos nosotros
si penetrados de los vivos efectos de este Santo amor
comunicamos el cuerpo y Sangre de Nuestro Señor
Jesú Cristo para llegar á esta union admirable con
el Padre, el Hijo y el Espiritu Santo que os deseo.

Nov. 25. 1861.

Sermon de S.^r Ysidro.



Wm. de W. de W.



Erant viri ille simplex et rectus et timens
Deum. Job ep. 1.º 4.º 1.º
Era aquel varon sencillo, recto y temeroso de Dios.

Uno de los misterios mas asombrosos que
nos ofrece el estudio de nosotros mismos es el ansia
con que todos los hombres buscan su felicidad
y cuan pocos son, sin embargo los que la con-
siguen. ¿Nacera acaso esto de que no la bus-
camos de veras o de que la buscamos con ne-
gligencia? Pero las fatigas y desvelos de todos
los hombres el sudor que corre por la frente
del arriero y del labrador, la agitacion y
desarreo del pretendiente, la inquietud y

movimiento continuo en que estamos por llegar
á ser felices no nos permiten dudar del anhelo
con que aspiramos todos á aquel estado? Es
por que diata mucho de nosotros la felicidad
ó por que carecemos de los medios de conseguirla?
Pero habiendo sido criados para gozalla
por un Dios justo y bueno que no podia
inclinar nuestro corazón hacia un fin im-
posible, es necesario convenir en que la
tenemos en nuestra mano y aun cuando
se separó de ella el hombre por su peca-
do, Nuestro Redentor Jesu Christo vino á
ofrecerla de nuevo, y á enseñarnos los me-
dios y á fortalecernos para su adquisicion.

¿Cuál pues repito es la causa de este desatino
universal? ¿Porque buscando el hombre la feli-
cidad no da con ella? ¿Porque buscándola con
increíble solicitud y teniéndola dentro de si mismo
no la halla? Yo creo que esto nace ó de que no
sabe lo que busca ó de que la busca donde verda-
deramente no está. Desgracia incalculable que tra-
ce llevar a la mayor parte de los hombres una
vida inquieta y desdichada. Si preguntamos
a algunos por el fin de sus deseos y solitu-
des si quisiera contestar con claridad; por
que a manera de irracionales siguen ciega-
mente lo que ahora le pide el ímpetu de
sus apetitos sin saber cual será el término de

su adquisicion. Muchos esperan la felicidad en los
placerez de los sentidos, mas no se encuentra en la
habitacion de los voluptuosos "non invenitur in
terra maiviter inventum! otros se la prometen
en los grandes tesoros, pero que parte puede ser un
mineral insensible para nuestra bienaventurara?
Non dabitur aurum obitum pro ea. No falta
quien se considere feliz por los trages vistosos
que le adornan vinculando á unos tristes andrajos
su bien supremo. (*) Algunos la colocan en la ele-
vacion de sus ideas fruto de sus estudios, pero
tambien esta oculta á muchos de estos sabios;
volucres quoque coli latet. Finalmente suelen
figurarse otros que consiste en ocupar enimen-

(*) Non conferribat hincis India coloribus.

tes puestos y dignidades sublimes; pero tampoco
la hallaron allí muchos de los que ascendieron á
aquellas alturas; exalta et eminentia non com-
parabuntur in comparatione illius. Busca la felicidad
el ciudadano en la vida del campo y el labrador
en medio de la Sociedad, el mercader en la solda-
desca y el militar en la quietud y ganancia del
comercio. Nos engañamos miserablemente por que
la felicidad está dentro de cada uno de nosotros;
en su mismo estado, en sus haberes, en sus faculta-
des pero oculta donde menos se piensa "trahi-
tur autem sapientia de oculis."

Debajo de un toro vestido en una habitación
pobre y desahogada en medio del trabajo mas du-

no veris á un hombre ignorante é ignorado que
nada ofrece de recomendable, sino fuera por que allí
bajo ese traje humilde, en ese género de vida
tan penoso, en medio de su rusticidad es feliz.
¿Veris á Guido mozo de labor, sencillo, recto, te-
niente de Dios? Pues ese es un hombre feliz
cuya vida es un modelo de todo el que quiera
conseguir la verdadera felicidad tan suspira-
da. La Iglesia de España nos ofrece hoy
este tipo suyo, para que estudiando su conducta
sepamos cual sea la felicidad verdadera é imi-
tándola, seamos también bienaventurados.

Guido nunca imaginó que la felicidad
estubiese fuera de su condición ni de su oficio

y sin trabajar inutilmente ni afanarse por traer-
la de otra parte la halló en su arado en su hara-
da, en su pobreza, en su ignorancia, en su oscu-
ridad. La sencillez de su corazón le hizo vivir con-
tento consigo mismo. La rectitud de su trato
lo hizo amable á los demás hombres, el Santo
temor de Dios lo hizo objeto de las complacencias
y de los beneficios de aquel Sr. que es todo lo que
hace la imperfecta bienaventuranza de que somos
capaces en este valle de lagrimas "Erat vir ille
simplex et rectus ac timeus Deum."

Haced, Dios y Sr. Sacramentado, que escogiteis
á vuestro siervo Hidro no solo para mayor ala-
bancia de vuestra gracia y confusión de nuestra

soberbia, sino para consuelo tambien de aquellos
hombres que oprimidos de la miseria o enredados
en la oscuridad e ignorancia piensan imposible
ser felices, Haced Sr. que cooperando vuestra gra-
cia en nuestros corazones al sonido de mis pala-
bras resulte en nosotros el conocimiento del ver-
dadero bien y que tratando de buscarlo consigá-
mos ser dichosos, y vos servido como tan jus-
tamente merecido. Esto deseamos y os pedimos
por la intercecion. Ave Maria.

Erant vir ille S.^a

La vida del Canyero se ha tenido en todos
tiempos por la mas proporcionada para ser
dichosos, y allí colocaron los Poetas profanos

la felicidad de los mortales. Bienaventurado llama-
baba uno al hombre distante de los negocios y
embolinas de la sociedad, que para su vida
á solas con su familia ni envidiado ni envidio-
so de otros, á quien la labor de su reducida
heredad le proporciona honesta ocupacion, su-
ficiente alimento y verdadera alegría. Si estas
condiciones bastaran para hacer al hombre
feliz, serian felices cuantos las poseyeran; pero
la experiencia nos hace ver todo lo contrario
en muchos que disfrutandolas viven muy dis-
tantes de la felicidad. Todo aquello no podemos
negar que contribuye, pero no basta para
hacer bienaventurado; es innegable que la

sencillos del trage ahorra muchos cuidados
al labrador; la sencillez del trato lo libra de
este enorme peso de ceremonias que nos
abruma; en una palabra ha simplificado
sus necesidades, pero le resta simplificar
así mismo como lo hizo Egipto para ser
feliz.

Simplifícase así mismo; por que en cada
uno de nosotros hallamos dos leyes distintas:
la ley de la razón y la del apetito que nos
inclinan hacia distintos fines, y dividen
nuestra voluntad de modo que por una par-
te apetecemos lo bueno y por otra dese-
amos lo malo; por consiguiente se necesita

resolverse á obedecer una sola ley, inclinarnos
hacia un solo fin, reunir todas las fuerzas
de nuestra voluntad hacia un mismo objeto;
en una palabra simplificar nuestra inten-
cion para ser sencillos.

Hidro desde sus tiernos años se propuso
servir solamente á Dios del modo posible
en su condicion y ejercicio, temiéndole y obser-
vando sus santos mandamientos que es el
fin para que fuimos criados. Por eso traba-
jó desde su adolescencia para vencer la ley
del pecado y escuchar solo la de su razón.
Y aprovechándose de las primeras gracias
que habia recibido oraba fervorosa y sencil-

llamente para alcanzar otras nuevas; mortificaba su cuerpo con el trabajo continuo y un alimento escaso y grosero, suspendiendo de las ocasiones y guardando sus sentidos que son modificaciones mas necesarias en un labrador y otras indispensables al cristiano. Como no buscaba mas que servir y agradar á Dios, nada le inquietaban las opiniones del mundo acerca de su persona y conducta ni hacia caso de los vanos juicios de los hombres. Su corazón reme-
sante á la nave que dirigida por la firme mano de un habil piloto y favorecida en su carrera de viento bonancibles

corta sena las encrespadas olas del proce-
loso mar; dejando á sus costados escollos
y vacios, caminaba imperturbable hacia
su Dios, impelida del viento de su gracia,
despreciando las agitaciones del mar turbulento
del mundo y los peligros de la carne y del demo-
nio; cuando de servir á un solo Sr. le era facil
contentarlo y nunca se vió en las inquietudes
que agitan nuestro corazon, cuando queramos
atender á un mismo tiempo á dos Señores tan
opuestos como la raron y la concupiscencia;
Dios y Satanaés, Heu Cristo y el mundo, prin-
cipio de toda nuestra infelicidad y vicio muy
comun entre aquellos cristianos que no se

atreven a separarse abiertamente de los dictámenes
de su razón; ni se resuelven a subyugar con fir-
mura sus pasiones, quieren servir a Dios y dan
oídos a Satanás, según el Evangelio sin disquisi-
tar al mundo y dividido de este modo presentan
un semblante al mundo y otro a la Iglesia, sien-
do prestitudinosos, siempre inquietos por contentar a
todos y nunca contentos de sí mismos.

Pero Guido no solo fué sencillo en su intencion,
mas tambien en sus deseos: moderadamente solici-
to por granjearse con su trabajo el sustento dia-
rio para sí y para su familia, midió siempre
sus deseos por la corta extension de sus facultades
sin fomentar en su ánimo otros proyectos

que los pertenecientes al cultivo de los campos que
tenia á su cargo. Por eso al declinar el Sol cada dia
dando de mano á la tana, caminaba tranquilo
hacia su Casa exento de las inquietudes relativas
al dia siguiente. Nuestro R. Hidro puesto los
ojos en los linos y florecillas del campo y en las
aves del Cielo, aprendia en ellas cuan moderada
debe ser nuestra solicitud para adquirir los bie-
nes de este mundo; dejando los demas ciudadanos á
la providencia de nuestro comun Padre.

Desde su juventud labro tierras agenas y así
continuo toda su vida sin poseer en propiedad
un palmo de aquel terreno donde en adelante
se le habian de erigir templos y monumentos

ta, y en donde habia de ser venerado como Patrono; á semejanza de aquel antiguo Padre de los creyentes que vivió peregrino en la tierra de Canaan, país del que habia de ser Patriarca en las edades venideras.

Desprovisto Hidro de esta suerte de los bienes terrenos, solo cuidaba de atesorar en el cielo donde no hay polilla que roa ni oruga que devore, ni ladrones que hurten. Esto le hizo vivir gustoso en la esfera que lo habia colocado la Providencia, como por el contrario vivimos en la condicion que nos ha cabido por causa del tropel de penas arduas, impertinentes, imposibles que agitan nuestro interior y que lejos de

disipar á los principios los fomentamos mas de
dia en dia sin que nos amedren los obstaculos q.
á cada paso se oponen al goze de nuestras expe-
riencias. Temen perjudicialísimo á nuestra tran-
quilidad, y menos vergonzoso de lo que debia
ser por que la multitud de los que lo padecen
lo disimula. No quiero yo decir con esto que
debamos extinguir los impetus loables de una
emulacion util y aun necesaria en muchas oca-
siones, solo si pretendo que mudamos nuestras
facultades y consultemos los designios de la
providencia, y que fomentemos aquellos deseos,
aquellos proyectos que se acomoden á nuestras
fuerzas y se conformen á los fines para que el

Enador nos ha puesto en el mundo. Este es un gran
Teatro donde cada uno ^{tiene} su papel, y su habilidad con-
siste no en representar el ageno sino en hacer bien
el proprio. Para que dexen hacer papel de noble
si Dios nos ha hecho plebeyos, y de que sirven
dexar el fauto de un poderoso, si el Señor nos
ha hecho pobres? Con eso no se adelanta mas que
no ser nobles y ni parecen plebeyo; no ser rico
ni parecen pobres; en una palabra, hacen un pa-
pel ridiculo en este mundo; y deseando siempre
lo que no tenemos, ni se gozan los bienes pre-
sentes por que fastidian; ni los futuros por
que aun no se poseen!

Un hombre sencillo como Hidro en su intencion

y en sus deseos lo habia de ver tambien en todo
su exterior y su trato. Por que como los sentimientos
de su coraron eran rectos, y puros jamas usó
de artificio ni engano; á todos trato con verdad
y sinceridad propia de un pecho caudido é ino-
cente. Esta sencillez lo hizo amable á los labra-
dores circunvecinos, y le mereció la confianza de
su amo Yban de Vargas, que como Pontifex á
Joré, le habia entregado á Ysidro toda su ha-
bon sin pedirle cuenta de su producto. El
seemblante de Ysidro siempre apacible era
indicio seguro de la tranquilidad de su con-
ciencia, de la paz de su alma y de su amor
para con todos. Y si alguna vez los falsos

uniformes que la envidia le da de la fidelidad
de su esposa parece que le van á obligar á vi-
vir disimulado en su casa hasta descubrir lo
cierto. El Señor conociendo que Guido es
incapaz de disimulo le ofrece una prueba
de la castidad de Maria cuando sale este
á recibirle y tendido el manto sobre el Xara-
ma lo atraviesa enjuta á su vista disipa-
do aún la inquietud que agitaba el corazón
sencillo de su marido. De este modo se ve-
rifica que quien vive con sencillez vive con
confianza y seguridad pero el doloso vive
lleno de temores y sustos tramando ficcio-
nes para sostener sus engaños tan odioso

a los hombres que el Eclesiastico llegó a decir q.
entre las muchas cosas dignas de odio ninguna
lo es tanto como la falsedad del que suaviza sus
estudiados discursos con el oleo de la adulacion y en-
duba su boca con la miel perniciosa de la lisonja,
haciendo admiraciones al oírlos para endarnos
mas solapadamente. "Multa odori et non cagari
ei." El Espiritu Santo huye del hombre doble y fui-
gido, dice tambien, y solo habita con el sencillo y
humilde de corazón. Con todo eso apenas se halla
la buena fé y la sinceridad en el trato humano:
es una prueba muy rara en la sociedad. Y la
caridad cristiana se substituye una urbanidad
afectada que bajo el aparato superior de miel

ceremonias y ofrendas vanos oculta una insensibilidad total á los males del proprio y vecino no decidido. Por eso dicen que un hombre es sencillo, es decir que es simple en el mundo, y tal vez por esto es feliz por su sencillez y ademas por su rectitud "vir simplex et rectus."

Su rectitud fué otra de las causas de la felicidad de Eudoro: aquella rectitud que consiste en guardar á cada uno sus derechos, dar á todos lo que les pertenece, y ser justo con nuestros proximos, por que justo y recto significa una misma cosa en los libros Santos.

Eudoro fué obediente á sus Padres, amante de su Esposa, celoso de la educacion de sus

hijos; cuidadoso de fomentar la hacienda de su
amo; afable con sus compañeros; compasivo con los
pobres, y benefico hasta con los animales. En su
juventud, dócil á los consejos criticos de sus padres,
copio en su tierna alma su virtud sólida y ape-
nas pudo contribuir con su trabajo al alivio de
ellos, cuando anhelaba ya por pagarles con sus su-
dors el sen y educacion que les debia. Un hijo q.
fue siempre hijo de la causada irita de sus Padres,
báculo de su senectud, consuelo de su vida y apo-
yo de su pobreza; no podia menos de recibir las
abundantissimas bendiciones con que en quince mien-
tro buen Padre Dios á los hijos obedientes, bienes
temporales, vida dilatada y feliz, aumentos inde-

cibles de gracias y dones sobrenaturales. Estas fueron
todo el legado que le dejaron sus Padres y ya lue-
go aconsejado de los ancianos labradores de su
pueblo, que admiraban en aquel joven la caudi-
dez e inocencia mas amable, se determinó a to-
mar el estado del sacro matrimonio, no para
dividir su corazón entre Dios y su esposa, no
para dar desenvuelta libertad á su concupi-
sencia, sino con el fin loable de formar herede-
ros de su virtud que alabaren á Dios y fuesen
miembros útiles á la Sociedad. Con este designio
consultó al Señor en la efusion de su corazón
y manifestándole la puerza de sus intenciones.
He sabido Dios, mió, le diré, que nunca desee

mujer y que con vuestra gracia he cuidado de
conservar mi alma pura de toda mancha de con-
cupiscencia y que ^{me} he determinado no por liviandad
sino con vuestro Santo temor á recibir esposa.

Donc' especialísimo vuestro es la buena y este os pi-
do como á tutor amoroso de este pobre huérfano.

En mención deidro como en otro tiempo el San-
to joven Tobias animado de iguales intenciones
que el Sr le dió á María de la Cabera, cuyo
coraron se unió y pues era una copia del coraron
de idro; y los ancianos de los campos vecinos
celebraron y bendijeron esta union santa, desean-
dole todo género de prosperidades la paz, la abun-
dancia y la fecundidad. idro supo apreciar

el merito de su esposa amandola como Jem Cristo
á su Egleia santificandole mas y mas con su buen
ejemplo y practicando con ella todos los preceptos
de su trabajo. De esta suerte unidos en Dios aque-
llos dos esposos vivieron pacificos en el matrimo-
nio. De él tuvieron un hijo que educaron con
el Santo temor de Dios, principalmente con su
impejable conducta; que es la leccion mas elo-
cuente y eficaz que un Padre puede dar á sus
hijos; y tambien con sus consejos é instrucciones
cristianas.

Andro fué exacto en el desempeño de su
obligacion, respecto de su Suor en quien consi-
deraba á Jem Cristo como, aconseja el Apóstol

y por consiguiente lo respetaba y obedecía con
lúcida humildad; y lo servía, no ya á manera
de vil mercenario, puesto los ojos en el tope inte-
rés, ni con bajas adulaciones y lisonjas, sino co-
mo siervo de Cristo, llevado de los principios
de amor y lealtad. Han auno dicho por haber-
le tocado en suerte tan precioso criado. Los la-
bradores compañeros de Hidro hallaron siempre
en él su plano de lágrimas, un amigo verdadero
que les consolaba en sus trabajos, los edificaba
con su conducta pacífica ^{en} sus diversiones; y lo
hallaron dispuesto á servirlos de veras en todas
sus necesidades y apuros, cuanto lo permitían
sus cortas facultades. Ni la escasez de edad le

impidió ser liberal para con los pobres, por que
habia oido muchas veces de la boca de su au-
nio Padre y habia aprendido de su exemplo que si
el trabajador tiene poco que dar, no por eso está
enteramente excusado de hacer limosnas; habiale
oido decir lo que á Tobias el joven su au-
nio Padre, "se hizo miso misericordioso con los pobres
del modo que te sea posible; si tienes mucho
que dar, con abundancia; si poco, dá eso poco
de buena gana!" de este modo exercitaba su ca-
ridad Gudio, partiend con los necesitados su ra-
cion; y tal vez hubo que agradecido nuestro
comun Padre Dios á la liberalidad con que
repartia su pan entre los mendigos se lo au-

merito' de muerte que la cantidad corta de comida
que habian reservado sus compañeros para Gidro
solo; viviendo este y conmovido por los clamores
de una tropa de pobres, barto para socorrerlos a
todos con abundancia.

Pero donde manifesto Gidro toda la bou-
dad de su corazon, fué cuando llevando a un molin-
no inmediato trigo para moler en tiempo que
las vegas de Mauranares estaban cubiertas de nie-
ve, compradeidos de unas palomas que mal abri-
gadas entre las ramas de un arbol daban a en-
tender con tristes amullos su fatal situacion, el
frio y la hambre que padecian privadas del
sustento que ocultaba la nieve debajo de si

no puede contenerse su corazón sensible; descar-
ga el costal, lo abre, y las convida á que tomen
aquel alivio. Mirad las simples palomillas,
bajar presurosas del árbol y cercando en torno
el costalillo pican y vuelven el rostro y con los
movimientos agraciados de su cuerpozuelo y
con sus amullos agradecen á Dios aquel bene-
ficio. A Dios, que, mientras, rebozando de gozo
las alentaba con sus caricias á que depusiesen
su natural temor y cobardia. Y si es á vos
Señor, á quien invocan desde sus indios los tier-
nos hijos de los cuervos, y aquellos mal for-
mados graznidos son clamores con que os pi-
den su sustento, y vos, atento á ellos, les pro-

veis en sus necesidades por medio de sus Pa-
dres, ¿por que no podré yo decir igualmente que
enviasteis ahora a Eido para acudir a la ne-
cesidad de aquellas aveillas cañ ya demaya-
das? "Et pullis conorum invoquantibus eum."

Diris se que no falta quien censurará esta
acción de Eido de disipación y necedad, por
que no conocian el fondo de bondad que le pro-
ducia; pero a mi me encanta Eido dando
de comer a las aves; y lo prefiero en mi estima-
ción al Domador del Oriente consiguiendo el
rescuerdo de Dario; Esta preferencia parecerá
acaso injusta si consultamos el estrepitoso
boato de Alejandro y la rustica sencillez de

Guido, pero atendiendo solo á la razón, no es
preferible un exceso de sensibilidad de los males
agenos á una ambición cruel que vá dejando
por todas partes despojos de su barbaño furor?

¿Ed aquí por que Guido fué feliz entre los
hombres cosa que á muchos ha parecido impo-
sible, por que se hizo amable á todos por su
justicia por su rectitud por que dió á cada
uno lo que debía, tributo á su patria culti-
vando sus campos, obsequio á su amo trabaja-
do fielmente, honra á sus Padres obedecien-
dolos y sosteniendolos, amor á su esposa, desve-
los á su hijo. Y esto es lo que puede hacernos
tambien felices á nosotros, por que decidme

de donde nacen nuestras desgracias é inquietudes sino de que nuestros padres y superiores nos juben una obediencia que les debemos, y no le queremos dar, de que los amos juben á sus criados unos servicios debidos de obligacion y que los criados les rehusan injustamente, de que una esposa despreciada quiere hacer valer los justos derechos que tiene á la buena correspondencia que les uegaís? Nuestros iguales, nuestros inferiores os encuentran intratables altivos é insensibles á sus desgracias. Dad á cada uno lo que es debido, y desaparecerán de vuestra casa las riñas, los pleitos, las disensiones que os hacen vivir agitados é infeli-

ces.

La sencillez y rectitud pueden hacer un hombre feliz pero sin el temor de Dios, aunque pudieran haberse no alcanzarían a hacer feliz al hombre. Por eso el feliz Eudro unió aquellas dos prendas preciosísimas el Santo temor de Dios, y coronó con él todas sus virtudes. A la manera de un hijo en extremo amoroso de su Padre que temiendo causarle algún disgusto se desvela por estudiar su voluntad, y cumplirla en todo así Eudro animado de un temor filial, se esmeraba en complacer a su Dios en todas sus acciones. Por las mañanas antes de empezar su trabajo prostrado en el templo asistía al sacrificio y allí

de fervor y de union del Espiritu Santo se ofrecia
juntamente con la hostia inmaculada de nuestros
altares al Eterno padre, consagrandole su persona
sus acciones todas de aquel dia, y de noche, no da-
ba descanso á sus ojos, hasta habien dado antes
gracias con su familia al autor de todo bien por
los beneficios que habia recibido de su mano benefi-
ca. Era como de Septuaginta venenosa de toda
apariencia de pecado, conservando puro su cora-
zon para hacerse capaz de la vision de Dios.
Asi vivio siempre suspirando por llegar á
poseerla; y en sus ultimos años se quejaba ya
abrazado en caridad, de lo dilatado de su des-
tino y suspiraba por parecer delante de su

Señor.

Este Dios de bondad que se complace en los que
le temen, tuvo, digámoslo así, puestos los ojos en
su siervo Gidro; fue su protector poderoso defen-
diéndolo de sus enemigos, y conservándolo con
su gracia en las tentaciones, y libertándolo de los
males que le amenazaban, hasta enviar sus an-
geles que le ayudaran en sus tareas; y que di-
siparan las impresiones perjudiciales á su esti-
mación, que los informes siniestros de la envi-
dia habían puesto en el ánimo de su Sr. Aban.
Este Dios de misericordias le hizo tolerables, lle-
vaderos y gustosos sus trabajos; sus contratem-
pos, y las demás penas, propia herencia del

prelado de nuestros primeros padres. En su Dios
hallaba siempre el consuelo que se busca
en vano por otra parte; y la resignacion en la
santissima voluntad y la sujecion humilde a sus
ocultos juicios, era el asilo donde su corazon opri-
mido con los males necesarios que a todos nos
cercan encontraba desahogo y quietud. Y final-
mente, el Santo temor de Dios elevó su alma
e iluminó de suerte su entendimiento, que sin
embargo de su ignorancia y baja condicion lo
hizo superior en grandera de espíritu y en ver-
dadera sabiduria a los grandes y sabios de su
siglo. "Exaltans animam et illuminans oculos
dans sanitatem et vitam et benedictionem."

Y como el Sr. acomoda su voluntad a la de sus
señores que le tienen, segun aquello del Salmo "Volun-
tatem tuam tuum se faciat." por eso Egidio tienien-
do de su mano la voluntad de Dios, la movia
con sus ruegos humildes, haciendo brotar agua
para apagar la sed de su amo milagrosamente;
y en otras varias ocasiones de su vida pero
principalmente despues que asiste ante el trono
de su Dios como lo han experimentado sus de-
votos; nuestros Monarcas catolicos, sus paira-
nos e innumerables españoles para quienes
ha alcanzado mil beneficios cuyo agradeci-
miento existe eterno en los templos magni-
ficos, en los monumentos públicos erigidos

á la immortal memoria del justo Hidro en la Corte
de nuestros Reyes, donde es aclamado por Pa-
tron y Protector poderoso y compasivo.

A mi no me pertenece hablaros ni de loz
milagros, ni la gloria postuma de Dn. Hidro segun
el plan que me propuse al principio. En él solo
intentaba proponeros á Hidro como un modelo ca-
paz de imitacion mas bien que como hombre
digno de vuestras admiraciones, y para excitar
vivos deseos de seguir su exemplo me vali' del
atractivo de la felicidad á que no puede resistirse
el coraron humano afirmand que este bien su-
premo se encontro en Hidro y lo conseguiran
todos cuantos lo imiten. En su seneciller, en su

rectitud y el Santo temor de Dios; por que el
hombre sencillo como Guido vivirá contento con-
sigo mismo, el varon recto se hará amado de
sus semejantes como sucedió a nuestro Santo
y el alma del que teme a Dios, enriquecida
con sus dones y gracias, será feliz como lo fue
la de nuestro dicho labrador " *Timentis Deum*
beata est anima eius. "

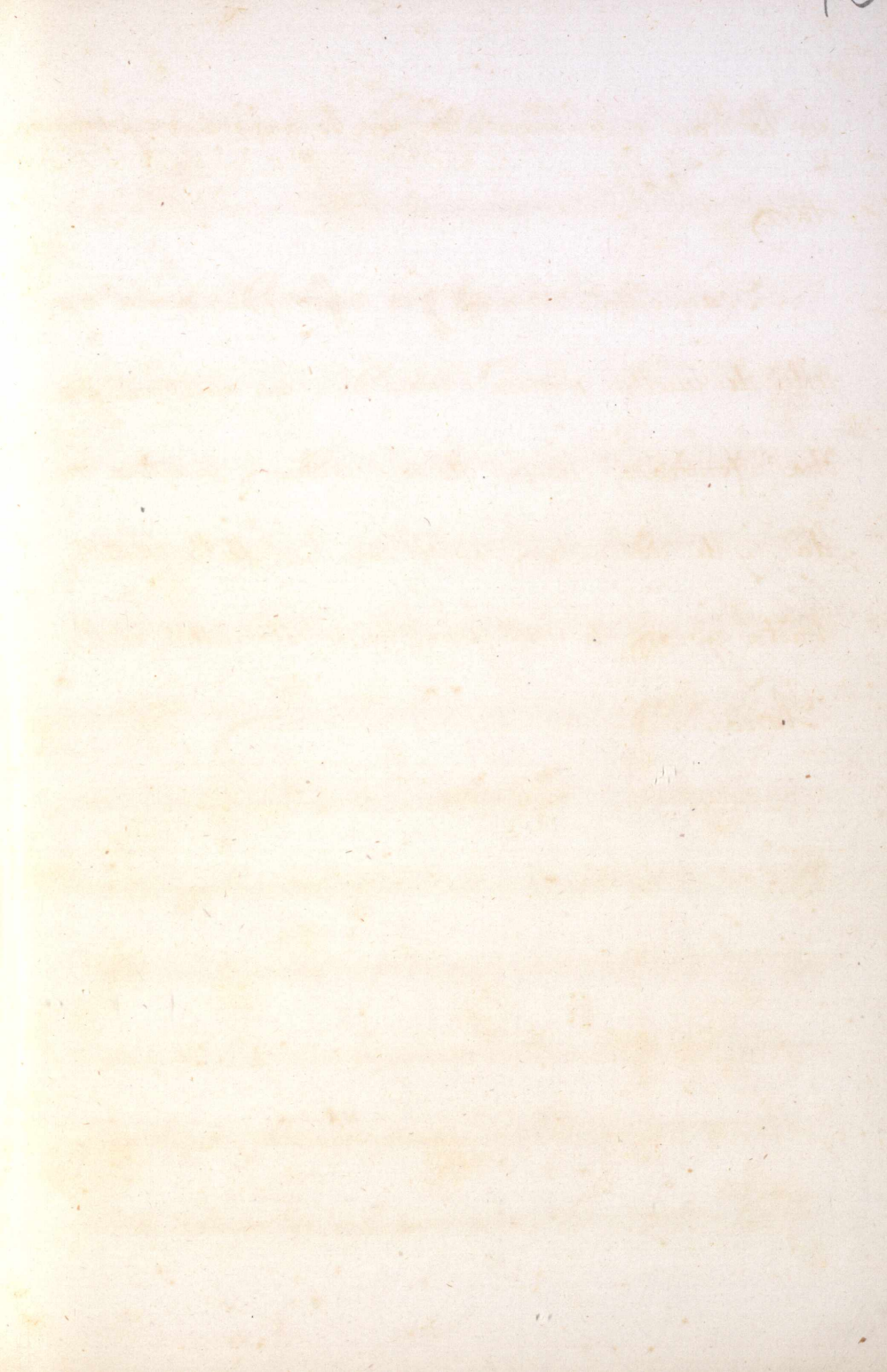
Grabad Dios y Señor ^{de misericordia, grabad profundam} de bondad, en los cora-
zones de los devotos de Guido compañero de su
honrada profesion que os consagran estos cultos
porque os hiciste admirable en ese siervo vues-
tro; grabad en el animo de todos nosotros
que hemos visto el ejemplar de virtud que

nos ofrezca en él; grabad Señor las apreciables ver-
dades que nos enseña su conducta; aprendamos a
no olvidarlo jamás, que la Santidad no excluye
ninguna condición, que el pobre, el ignorante pue-
de serlo lo mismo y acaso mejor que el sabio y el
poderoso; que la felicidad está unida tan íntima-
mente con la Santidad que el hombre sencillo,
recto y temeroso de Dios, será feliz donde quie-
ra y como quiera que estuviere y por el contra-
rio, el falso, el doble, el injusto el impio lle-
vará consigo la infelicidad sobre los tronos y en
medio de las mayores opulencias; finalmente
que el ser buenos cristianos, ni es tan trabajoso
ni tan duro y áspero como lo pintan los que

ní lo han experimentado ní lo quieren experimentar.

Sean estas razones que esfuerzadas por el espíritu de vuestra gracia, enciendan en nuestros pechos fervorosos deseos de enmendar nuestra vida, y de adelantar en el camino de la virtud hasta gozar de vos por una eternidad en la Gloria.

Amen.



Sermón
De San Ilidro.

Handwritten text at the top of the page, likely a title or header.

Handwritten text, possibly a date or a reference number.

Handwritten text, possibly a name or a location.

Handwritten text, possibly a description or a list item.

Handwritten text, possibly a description or a list item.

Handwritten text, possibly a description or a list item.

Handwritten text, possibly a description or a list item.

Handwritten text, possibly a description or a list item.

Handwritten text, possibly a description or a list item.

Handwritten text, possibly a description or a list item.

Handwritten text, possibly a description or a list item.

Handwritten text, possibly a description or a list item.

Handwritten text at the bottom of the page, possibly a signature or a footer.

Non sum propheta: homo agricola ego sum,
quoniam etiam exemplum meum ab adolecentia
mea. Zach 13. 6. 5.

N.º Si yo pudiera y me empeñara hoy en formar
un elogio sublime y muy limado de vuestro glorioso
patrón Sr. Pedro me parece que este Santo fasti-
diado de mis adornos y de mi' estilo, desaprobando
mi' intencion y despreciando mi' trabajo; me mandaria
que templase y acomodase a' su' condicion y a' la
vuestra mi' discurso y lenguaje, que predicase de él,
y os hablara a' vosotros con claridad y sencillez.
Por que no fui profeta, me diña, no doctor ni litera-
to, fui un labrador sencillo no mas y todo mi'—

ejercicio y la ocupacion de toda mi vida fue traba-
jar en los campos para ganar el pan y cumplir
el precepto y la penitencia que impuso Dios
à Adam y à todos sus descendientes. Non sum ego
propheta &c

2. Mas yo no sé ó no es tiempo de explicarnos aho-
ra por qué sucede ordinariamente que lo natural,
lo sencillo no gusta y que por lo comun corramos
en pos de lo artificioso y lo raro. Esta general cor-
rupcion del gusto se echá de ver en todas mate-
rias y aun en las religiosas y espirituales, y así
es que los sermones de estilo pomposo y predicados
con gracia gustan mucho aunque no se entiendan,
y los sencillos y llanos predicados con naturalidad

y sin artificio agradan á pocos. Se admiran las
virtudes extraordinarias, se celebran los milagros y las
gracias sublimes de los Santos, y no llaman la aten-
cion la conducta sencilla y las virtudes domesticas
digamoslo así y la vida oscura y humilde de algu-
nos de ellas; sin embargo de que estas son mas
proporcionadas para modelos nuestros por ser un
ejemplo mas acomodado á nuestra debilidad y fla-
queza.

3. San Pedro Labrador fué hijo de padres po-
bres y humildes y se crió pobre y humilde y así
vivió unos noventa años aplicado á la labor pri-
mero en clase de jornalero, y despues que casó
con Sta Maria de la Cibera en dan de pro-

pitario de heredades pequeñas que trajo ella en
dote y que cultivaba en las villas de Camasquez
y Carananchel asociando á sus trabajos á sus
prosa y á un hijo que le Dió Dios por fruto de
su Santo matrimonio. Y aunque por su honra
depo y por sus virtudes se hizo amable y respecta-
ble á sus contemporáneos como Boor, pero murió
sin estrepito y su cadáver sepultado en el convento
de la Parroquia de San Andrés de Madrid
su patria quedó confundido con los demás sin
distincion alguna por espacio de medio siglo,
y su memoria casi borrada de entre los hom-
bres á excepcion de alguna otra de sus acciones
que conservó la tradicion de padres á hijos en

tre los suyos. Este fue Sr. Pedro: esta es su vida,
y este vuestro patrono y vuestro modelo, respetable
hermandad. Asi al cabo de 40 años quiso el Sr.
dar á conocer el munto de su Sto, mandando que
su cuerpo fuese trasladado á decente sepulcro y q.
se requiriese y publicase la memoria de sus
virtudes, y despues sea ha dispuesto que su culto
y veneracion haya ido á mas cada dia principal-
mente por el celo cristiano y la devocion de los
Reyes del Reyno: parece á mi que no ha sido
esto sin especial providencia de Dios para que
entor tanto Santo como honran su Iglesia pre-
lados doctores y monjes y virgenes haya tambien
un labrador pobre y humilde, que sirva de mo-

dels y que anime y aliente á su imitacion á los
pobres labradores casados y confundidos y cordene á
los de su clase que viven desordenadamente y se
cuidan poco ó nada de cumplir con las obli-
gaciones de su estado y de la religion que
profesan.

H. Quando queremos reconvenir á estos para
separarlos de sus vicios ó malos hábitos: ó exhor-
tarlos á el cumplimiento de la ley de Dios y de
los preceptos de la Egleia, se acuerda con los tra-
bajos de su condicion, con su pobreza, con su igno-
rancia, y les oimos decir, que no que les aconse-
jamos se queda bueno para Labradores, para cle-
rigos y frailes y para monjas; no para ellos

que apenas pueden respirar, ni tienen tiempo sino
para cuidar de su cuerpo, y eso muy mal y de
mala manera. Pues para tapar la boca á tan ne-
cias excusas nos pone Dios delante de los ojos á Gi-
dro, dándonos á entender que su condition pobre y
humilde igual á la vuestra, no se opone no es
contraria á la práctica de las virtudes, no es incom-
patible con la observancia de los preceptos de la Ley
de Dios y de la Iglesia; antes bien que á vosotros
se os dice por aquel Sr. con mas propiedad que á
ninguno. Venid á mí los que trabajais y estais
oprimidos y yo os aliviaré: tomad sobre vosotros
mi yugo, observad mis leyes, cumplid mis preceptos,
seguid mi doctrina, por que mi yugo es suave y

mi carga ligera.

5. A esto nos exhorta nuestro Maestro y Señor
Jesu-Cristo á esto nos alienta el ejemplo de Adria
y llevando por delante este ejemplo os voy á exhortar
á esto mismo. El yugo la carga de Jesu-Cristo
suaviza el trabajo y alivia las cargas del labrador.
El explicarnos como y el inmaculado de este
convierte amoroso las debidas aplicaciones será des-
pués de haber pedido á este Santísimo Sacra-
mento su divina gracia para hacerlo bien fi.
la intercesion de su Madre y Señora Nuestra
Ave Maria.

6. Parece cosa dura á primera vista convidar
al que trabaja y esta oprimido con penas y

fatigas á que se sujeta á otro yugo además del
que lleva y á que tiene otra carga sobre la que
apenas puede llevar, y ofrecerle que de ese modo
se suavizarán sus trabajos, y se harán mas lige-
ras sus cargas. Mas para que comprendais co-
mo esto puede ser, haré de mi ejemplo que
os prepare á su inteligencia. A la nave que se
echa al agua á que aunque los mares se la
prepare poniéndole un timon que la gobierne
y el suficiente lastre que la haga caminar
derecha y segura. Por manera que además de
luchar con las olas tiene que sujetarse al
timon, y además del cargamento de mercan-
cias se la carga con lastre, y aquel freno le

pos de aumentar el trabajo que le cuesta
combatir con los mares se lo facilita y gua-
riza y la carga del lastre alivia el peso
del cargamento haciendole conducir con de-
semparado y seguridad como lo experimentan
los Navegantes. Pues á este modo puso
Dios al hombre pecador en el paraíso
el grave yugo del trabajo en penitencia
de sus culpas y ademas quedamos oprimidos
con todas las penalidades que experimenta-
mos, y expuestos á los embates ó impetus
furiosos de nuestras pasiones rebeldes co-
mo las naves en los mares á merced de
las olas. Y sobre este yugo y ademas de

esta carga que no ha quendo el Señor
quitarnos de encima nos ha puesto su
yugo que es su ley y nos da su gracia, su
caridad, su amor, que es como el peso,
el lastre, la tendencia de nuestro corazón,
amor meus prouidus meum como la lla-
ma! Sr. Agustín. Y con este freno con este
yugo con esta dulce carga nos hace
llevar todos los trabajos y miserias de
nuestra vida suave y ligeramente y con
seguridad y provecho nuestro.

7. Añ lo experimento Sr. Hidro: pene-
trado de las grandes verdades que nos en-
seña nuestra divina Religión sabia que en

cualquiera condicion que se halle el Cristiano
cualquiera que sea su profesion y estado debe bus-
car primero el Reino de Dios, y su justicia,
esperando de su bondad recibir los bienes tem-
porales que busca despues con su trabajo.

Apreciaba a su alma mas que a su cuerpo,
vivía peregrino en la tierra aspirando a ser
ciudadano del cielo. Miraba como transitoria
esta vida y no perdía jamás de vista la eterna.
Cada día de la vida de Guido era una forma-
da que hacia para el cielo. Consagraba a
Dios las primicias de esta jornada en el
templo asistiendo con devocion al Sto Sacrificio
de la misa para lo que le daba lugar aún el

madrugan sin pueria como el tener su labor en
los nudos de Madrid ó en las cercanias de los
pueblos. Allí en union con el Sacerdote daba
gracias á Dios por todos sus beneficios, adora-
ba al Sr. con coraron humildes y contrito, le pe-
dia perdón de sus culpas, y los auxilios de su
gracia para preservarse de pecados en aquel dia
y emplearlo todo en su Sto. Servicio. Ofrecia
con el Sacerdote al ltimo Padre la victima sacro-
santa de su Hijo Smo. y reparaba los muete-
rios de su vida, pascion y muerte con devocion
y reconocimiento.

8. ^{ra} que no podreis vosotros imitar á Hydro
en esta preparacion religiosa con q.^l santificaba

la madrugada todos los dias? No es imposible
asistir al santo sacrificio por la distancia de
vuestras labores ni yo os exorto a que falteis a
vuestra obligacion por ocuparos en obras de ju-
ra devocion; pero al levantaros por la madu-
gada no podreis santiguaros, no podreis gra-
var con devocion la señal de la Cruz sobre
vuestras frentes pidiendo a Dios que os libre
de los malos pensamientos, sobre vuestras bo-
cas pidiendo a Dios os libre de malas pala-
bras; sobre vuestros pechos pidiendo a Dios os li-
bre de toda mala obra? No podreis venerar con
devocion el Credo, el Symbolo de nuestra fé en
el que vamos conferando uno a uno los misterios

de nuestra sagrada religion? No podreis rezar
con devocion el Padre nuestro en el que pedimos
á Dios, quanto le debemos pedir y quanto he-
mos de merecer? No podreis añadir á estas
dos oraciones la de la Salve para acoger á
la proteccion de Maria Sma. nuestra Madre
y Señora? No podreis rezando con atencion y
devocion estas tres oraciones desviarnos del
seuño de la noche, deavançar y desechas los
pensamientos bajos é impertinentes que se
quieren apoderar de vuestras almas al desper-
tar para ocuparlas en todo el dia? Los paja-
ritos con su canto al rayar el dia no parecen
sino que nos convidan á alabar á Dios y á de-

ciste con el Sto. Rey desde el abrir los ojos, toda-
via en mi hecho, mi pensamiento se va derecho
a vos; memor fui tui super stratum meum; y
la primera cosa en que piensa mi alma al
levantarme todas las mañanas es en ti por
que tu eres mi bien primero, y mi auxiliador
principal; in matutinis meditabor in te quia
fuiisti adiutor meus. Cuando salimos del Cotijo
a labrar estos campos vamos en pos de ti como
los polluelos salen en pos de su Madre y ella
extiende sus alas y los cubre y defiende y ellos
se empujan graciosaemente los unos a los otros
para taparse debajo de ellas. Asi lo hacemos
tu Sr. con nosotros y nos alargas tu diestra

para sostenemos y defendemos de nuestros
enemigos: Et in velamento alarum tuarum spe-
rabo: adhevit anima mea post te; me suscepit
dextera tua.

9. Por cierto no es necesario haber estudiado fi-
losofía ni teología para dar principio a las
tareas del campo con estos pensamientos. Vidro
enrapaba en ellos su alma y preparaba su
corazón para pasar santamente el día, aunque
no había cursado las aulas ni conocía nin-
gun ramo de literatura, sacando con esta
buena disposición frutos muy preciosos de su
trabajo, frutos de honestidad y de toda vir-
tud. Por que luego que echaba mano al

trabajo entremuido con tan buenos afectos, todo
cuanto veia lo elevaba a' Dios: la hermosura
del campo, el aire puro y fresco los pajanillos
saltando en los rucos unos, otros cantando
en las ramaas, las yerbas y flores, las fuen-
tes y arroyos, todo lo excitaba a' alabar y
bendecir al autor de todas estas cosas: y es-
tas mismas obras de su diestra que tenia a'
la vista lo elevaban a' la contemplacion de
sus divinos atributos, de su poder y de su
bondad.

10. Tal vez dira' alguno de vosotros alla en
su interior que estas son pinturas de poetas
y de gentes que solo salen al campo para

divertirse y holgar; pero el pobre trabajador
fatigado con un trabajo y peor abarado de
calor en el agosto con la tropa en la mano des-
de el amanecer hasta que cierra el dia, ó
calado y tiritando de frio en la tempe-
ra por Diciembre y Enero ¿que desahogo
ha de tener, ni que humor para ocuparse
en semejantes contemplaciones? Si mirais
el trabajo, si os entregais á el maquinal-
mente como los animales que lo dan con
vosotros, no dudo yo que engendrará en
vuestros pechos, impaciencias, palabras
malas y desesperacion; pero si lo mirais
con los ojos que lo veia Eudoro, si tuvieris

presente aquella maldición que el Sr echó
á la tierra por el pecado de nuestros primeros
padres condenándola á producir espontanea-
mente espinas y abrojos y condenando al hom-
bre al duro trabajo de la labranza para ha-
cerla producir granos y frutos á fuerza de
brazos y á comer de esta suerte el pan con
el sudor de su frente; entonces lejos de ser
para vosotros el trabajo ocasion de pecar
seria el medio mas eficaz para satisfacer
á Dios por vuestros pecados y para presen-
taros de nuevo. Ahí lo considera-
ba Etdro: lo miraba como la penitencia mas
sencilla mas justa y suave y la unica que

exigió Dios de Adán, y que exige de todos sus des-
cendientes; y como el medio mas natural, mas
potroso, y mas conducente para conservar los
bros de pecados. Y así es de verdad que el trabajo
es penitencia satisfactoria y judicial; cura lo
pasado y previene lo porvenir: es penitencia
necesaria que á todos nos obliga aunque de dife-
rentes modos: penitencia impuesta no por los
hombres, no por nuestro capricho, sino por el
mismo Dios: penitencia saludable que sin des-
truirnos nos alcanza toda la vida: penitencia tan
acomodada á nuestras facultades que todos la
pueden hacer mas ó menos; y tan provechosa
como indispensable al género humano q. pareciera

si todos nos estuviésemos curando de mano, así
como prosperaríamos si fuésemos más aplicados
y no hubiere tantos brazos ociosos en la So-
ciedad.

11. No vemos que Adán se diese disciplina, ni
que se aplicase cilicios, ni que usase de otra mor-
tificación corporal que la de su trabajo. Ni esto es
estrano; pues de aquellos Patriarcas Abraham,
Isaac y Jacob tampoco se cuenta en la Santa
Escripura que hiciesen otra penitencia para sa-
tisfacer á Dios por sus culpas, que obedecer el
precepto del Señor sujetándose al trabajo y tra-
bajando con espíritu de humildad y de peni-
tencia un día y otro día, sufriendo el rigor de

las estaciones y los temporales destemplados y el
causancio y la sed y todas las incomodidades
que trae consigo el ejercicio de Pastores y labrad-
res de dia y de noche, die nocteque estu urebatur
et gelio. A semejanza de esto, Patriarcas ^{2.º} Santísimo,
Ysidro reconociéndose pecador, delante de Dios, ~~oraba~~,
remembraba, cababa, regaba, y se ocupaba en las de-
mas labores por obedecer a Dios, y para satisfacer
las penas merecidas por sus culpas; y este con-
tinuo ejercicio de penitencia purificaba su alma
de las reliquias de sus pecados, de aquellas reli-
quias que sino se purifican en esta vida, han
de purificarse en el Purgatorio. La paciencia y la
perseverancia en el trabajo fue toda la penitencia

que vivo Gido, y es la que debe hacer todo
labrador. ¡ Cuanto vale esta penitencia, y cuan
agradable es á los divinos ojos! Si cuando os
veis oprimidos del trabajo fatigado, del cansan-
cio, abrumados con los contratiempos que Dios envia
y que inutilizan vuestras diligencias en vez de
maldecir vuestra suerte, de profesar tanta pala-
bra de gemada, y acaso, acaso tanta blasfemia:
bajareis como Gido los ojos: humillareis como
el vuestro corazón; y sufrireis resignados aque-
llas penas, aquellas incomodidades que el Sr. os
ofrece; además de que se os harán mas tolerables
y ~~mas~~ llevaderas, ganareis con ellas no solo la
comida y el sueldo, si no lo que es incomparable.

mente de mas estimacion y valor el perdón de
las penas de otros pecados; la gracia y amistad
del Sr. y una Santidad acaso mas marizal y mas
sólida que la que se adquiere á costa de exerci-
cios extraordinarios de penitencia.

12. Por que el trabajo, como os decia, no solo
satisface sino que previene de todo mal. Si como
nos dice el Espiritu Santo, la ociosidad es madre
de todos los vicios; puede asegurarse que el tra-
bajo es el que fomenta y conserva todas las vir-
tudes; doma y reprime la concupiscencia de
la carne; con mas eficacia que ninguna otra mor-
tificacion; sujeta y acalla esa imaginacion va-
garosa e inquieta que trae desatinados á los

ociosos que piensan en todo lo malo por que
no tienen en que pensar: no dá lugar ni entrada
á la ambicion, á la codicia, á la soberbia, por
que aplica al trabajador al afán de su campo,
sin permitirle casi aspirar á otra cosa que á
lograr una buena cosecha, si Dios protege su
trabajo y lo corona, enviándole brazos temporales;
y á esto se reduce tambien su codicia inocente.

Sacude el trabajo toda pereza y hace á los
hombres templados y fuertes y prudentes y jus-
tos. Por que el trabajador come con apetito
lo que necesita para vivir, y descansa lo preciso
no mas, para reparar sus fuerzas perdidas;
y no solo robustece su cuerpo y lo conserva sano,

hino que acostumbrado á luchar con la naturaleza
y con los temporales, á domar á los animales y
sujetarlos á su servicio; no es medroso, ni cobarde,
ni melindroso como lo suelen ser todos los Seno-
ritos, educados con mimo, que no tienen mas ocu-
pacion que frivolos pastiempos. Adquiere
tambien en el trabajo cierta prudencia práctica;
por que ensena á obrar lentamente, sin querer
sacar las cosas de su curso; ni precipitar la
marcha de los negocios; á cada operacion dá su
tiempo; y la hace en su sazón correspondiente, es-
perando que la lluvia de otoño ablande y humeder-
ce la tierra para la siembra; y que las aguas
de la primavera den jugo y madurez á los frutos.

patienter, ferens douce accipiat temporaneum et
certinum. Y finalmente en cuanto a la justicia,
conociendo por experiencia, cuanto le interesa que
no lastimen lo suyo ni se aprovechen de ello
manos ajenas; cuida de respetar con delicadeza
lo ajeno, al contrario de lo que sucede y vemos
en los que viven del trabajo de otros, que co-
mo no tienen nada que les quiten, se entran
por todas partes como por su casa, y estafan
a todos sin peligro ni miedo de sufrir repre-
salias (o de que le quiten a ellos lo suyo).

13. Me temo Señores, que viviendo yo decausa-
do de las penosas labores del campo, no me
cnaís todavía, por que hablo sin experiencia, y

tengais por fingidas las ventajas y bienes que os
voy presentando, como frutos preciosos de la vida
laboriosa del labrador; y aun recelo me querais ar-
guir con lo que acredita el ejemplo de los trabaja-
dores que vemos entre nosotros; de los cuales, la
mayor parte suelen ser viciosos, y viciosos casi por
efecto de sus trabajos. Temerario sería yo si aspi-
rara á que me creyerais sobre mi palabra. Salomón
Rey poderoso, filósofo sublime é inspirado por el
Espíritu Santo, va refiriendo en sus Eclesiásticos los
varios caminos por donde busca el hombre su fe-
licidad, y las condiciones y estados en que cree la
hallará cual su corazón se la pinta y desea, y des-
pués de recomer y examinar la suerte del ambicio-

so que logra dominar á sus semejantes; del codi-
cioso que allega, esplande favorable la fortuna, huyen-
los terrores; del lascivo y voluptuoso, que se abandona
sin freno á los placeres mas exquisitos; del sabio,
que consume los dias y las noches en estudiar
y descubrir los misterios de la naturaleza: pre-
fiere á todas estas condiciones, que á primera
vista deslumbran, la vida del trabajador que
tiene que comer y beber, y vive contento en su
estado, usando de los frutos de la labor de sus
manos, que reconoce ser dones, al menos tiem-
po, de la providencia de Dios. Hoc visum
est mihi bonum ut comedat quis et vivat, et
fruatur letitia ex labore suo quo laboravit

ipse sub. sole.

Ht. Ni tampoco demeriten los elogios y utilidades del trabajo, que os he referido, esos vicios que tan frecuentemente tocamos con dolor en los trabajadores: por que mi intencion no habra' sido nunca hablar del trabajo, sino dado cristianamente. Ara el buey y trabaja el asno y los demas animales que auxilian al hombre en sus labores y no reportan de su trabajo mas utilidad que su mantenim^{to}. Trabaja el esclavo segun el capricho que lo fuerza, a golpes, a hacer mas que puede, y tarea y se enfurece con un trato tan cruel e inhumano. Trabaja el jornalero

de mala gana, mal pagado y peor manteni-
do, y trabaja en beneficio, no suyo, sino de otro;
y aun le es difícil trabajar bien y mirar con
aficion sus tareas. Trabaja Hidro y trabaja
el buen cristiano, cuidando de dar gusto á su
amo en todo: mirando por su hacienda con
interés como si fuese propia; trabaja de bue-
na gana con sencillez de corazón, haciendo lo
que hace, como si en esto viviese á Dios inme-
diatamente no á sus amos, confiados en que
aun conseguirá no solo el salario de estos, sino
el galardón de Dios en la heredad celestial:
Sciunt quod á Domino accipientis retributionem
mercedis, como dice S.^o Pablo á los jornaleros;

y del que así trabajo, hablo yo; y de su trabajo he dicho y repetido que es la penitencia mas útil, la mas segura y la mas provechosa y el medio mas eficaz y mas sencillo de extirpar vicios, y de adquirir virtudes, que puede haber.

18. Si os parece, Señores, que he enado el blanco de mi discurso dirigiéndome en él a los simples jornaleros, que no me oyen, y no a vosotros que negociáis en la labor, pero no os ocupáis en su ejercicio: no enais haya sido esto por falta de advertencia. Habia de hacer el elogio de S.^{to} Hilario que fue jornalero y despues propietario y labrador todo a un tiempo, y su vida es el modelo de los de su

clara, no de la vuestra, aunque su ejemplo,
como os lo he propuesto, os sea muy provechoso
e interesante: por que con él podeis hacer mu-
chos hijos: inspirando estas doctrinas que
os he explicado, á vuestros jornaleros, con vuestro
ejemplo y con vuestras conversaciones: cuidando
de hacerlos buenos cristianos, si los queris bue-
nos y fieles trabajadores. Encargando á vues-
tros operadores que cuiden de reparar la doc-
trina cristiana á los chicos que no pueden
aprenderla en la ciudad, especialmente en el
tiempo de Cuaresma: que no permitan sa-
lin á la labor en los dias de fiesta á la
gente, sino pueden acudir á Misa por las

distancias, sin veran una parte de roano ó
una estacion siquiera con denos de oísta: que
no den del comer, del carne los dias vedados
por nuestra Madre la Sta. Egleia a los
trabajadores de los cuales caú ninguno puede
comprar la bula: que no permitan en sus
Cortijos hombres blasfemos, deslenguados y peiden-
ciers: que atorben las malditas conversaciones
que suelen suicitarse en los fogariles en las tras-
nochadas de invierno; En una palabra: que
reis tener buenos operarios: y fieles y labo-
riosos: no descuideis sus almas, y tratad con
caridad sus cuerpos: así podreis tener la dicha
de aquel Juan de Vargas, amo de S. Pedro;

an' cumpliris con la obligacion estrechissima
que teneis como amos de velar sobre la con-
ducta de vuestros criados; de no permitirles
cosas que esta en vuestras manos evitar, de
facilitarles, en cuanto os sea posible, el cum-
plimiento de la Ley de Dios y de los precep-
tos de la Iglesia; pues, como dice S.^{to} Pablo,
el que no cuida de sus domesticos ha nega-
do la fe y es peor que los mismos infie-
les. Ojala que las virtudes, los ruegos
y las oraciones de vuestro glorioso patron
S.^{to} Pedro, os sirvan de exemplo y os al-
cancen de Dios buenas cosechas, en vuestros
campos, y sobre todo los auxilios de la

divina gracia para que cultivando vues-
tras almas con la imitacion de sus virtudes,
entreis con él a poseer la heredad eter-
na del Cielo. = Amen.

En el año de 1804, por el
tránsito de la ciudad de
Cádiz con el fin de
eludir el pago de los
derechos de aduana.

En el año de 1804, por el
tránsito de la ciudad de
Cádiz con el fin de
eludir el pago de los
derechos de aduana.

Sermon
de
los Santos Médicos.

1827 ?

Beati Misericordes, quoniam
ipsi misericordiam consequuntur
Math. 5. 7.

Celebra el pueblo cristiano las me-
morias de los Santos Mártires con
religiosas solemnidades para excitarse
á su imitación, unirse á sus merceditos
participando de ellos y valerse de su interce-
sion poderosa. Pero de tal manera, que le
bautizando altares sobre sus sepulcros, no los
consagra al Mártir, sino al Dios de los Má-
rtires; y así no oiréis decir á ningún Sacerdo-
te cuando celebra en ellos el Santo Sacrificio:
Te ofrecemos á ti, o Pedro, te ofrecemos á ti,

ó Pablo, ó Cipriano, porque lo que se ofrece,
se ofrece á Dios que coronó á los Mártires,
aunque se ofrezca en los días y en los luga-
res en que los coronó. Y esto se hace en aque-
llos lugares y en estos días, para que la pre-
sencia de sus reliquias, y el aniversario de
su triunfo avive mas nuestra devoción, y en-
canta mas fervorosamente nuestra caridad
á los mártires, á quienes podemos imitar:
y á aquel Señor que nos assiste con los auxi-
lios de su gracia para imitarlos. Por tanto
reverenciamos á los Mártires con aquel mis-
mo culto de afecto y de fraternidad con que
acatauros á los varones justos desde esta

vida, cuyo corazón venios se halla dispuesto
á padecer el martirio, si necesario fuese, por
la verdad del Santo Evangelio. Bien que á
los Martires los reverenciamos con mas fer-
vorosa devoción que á otros, considerandolos ya
seguros, y los alabamos con tanta mas con-
fianza, en tanto les vemos triunfantes en a-
quella bienaventurada vida, libres y cues-
tos de los combates que sostienen aun los
juntos sobre la tierra. Mas el culto que se
llama de larria que es la servidumbre y
acatamiento debido á la divinidad lo tribu-
tamos, y exortamos á que se tribute exclu-
sivamente á solo Dios.

Este punto de doctrina cristiana tomado literalmente de las respuestas de mi P. S. Agustín al Maniqueo Fausto nos enseña, ó ilustra Hermandad, y pueblo cristiano y piadoso, el espíritu que debe animaros, cuando os reunís hoy á celebrar la memoria de los Santos mártires Cosme y Damian, Médicos dichosos que supieron santificarse en el ejercicio de vuestra muy noble facultad, y honrarla con su sangre derramada por Jesucristo. Su imitacion, sus méritos, sus oraciones deben ser todo el objeto de vuestra devocion. Esta solemnidad Religiosa en la que esperais participar de sus merecimientos, y granjearos

nas oraciones á Dios en beneficio vuestro y de
be excitar á su invitacion, sin la cual ni ten-
dreis parte en sus méritos, ni recibireis influ-
jo alguno favorable de sus oraciones. Por tanto,
mi obligacion en este dia es exhortaros á que
inviteis á vuestros gloriosos Patronos, y los in-
vitemos todos para que nos sea útil y prove-
chosa su vida, su sangre, su valimiento pa-
ra con Dios: para que estos cultos que les con-
sagramos sean espirituales, sinceros, cristianos
y dignos del Señor á quien los ofrecemos, y
de los Santos Mártires, cuya Memoria hemos
venido á celebrar.

Pues entre las virtudes que practicaron

heróicamente Cosme y Damian, y en cuyo e-
jercicio adquirieron su mérito y labraron la
preciosa corona de gloria que cinge sus sienes eter-
namente, la Misericordia con los enfermos es
la que formó su carácter, y la que voy a pro-
poneros para su imitación. Virtud divina que
todos los cristianos debemos practicar siendo
misericordiosos para con los enfermos, si quere-
mos merecer la Misericordia de Dios para no-
sotros; pues que este Señor nos dice en el E-
vanglio que serán bienaventurados los mise-
ricordiosos, porque ellos conseguirán misericordia.
Pero virtud propia y característica de los ilus-
tres Profesores de la Medicina, cuyo ejercicio

consiste en visitar enfermos, y cuyo objeto es
aliviar ó curar sus enfermedades dolencias con
las operaciones y medicamentos que les enseña
su facultad. Así es que indicando las prin-
cipales causas que nos deben mover á ser mi-
sericordiosos con los enfermos, y el modo de e-
jercitar cristianamente esta (misericordia)
virtud para con ellos á imitacion de nuestros
gloriosos Patronos: y proponiendolos en ter-
cer lugar los excelentes precursos prometi-
dos á los misericordiosos, que ya han recibido
como y Damiano, habré llenado el plan
que me he propuesto, no menos propio para
la utilidad y enseñanza de los Señores pro-

feriores que forman esta ilustre Hermandad
que para instrucción y aprovechamiento de
este piadoso concurso. Pidamos á nuestro
Dios sacramentado los auxilios de su gra-
cia para que sea eficaz su divina palabra
en nuestros corazones, poniendo por interce-
sora á Maria Santísima, nuestra Madre.

Para copiar nuestro Sederotto Jesu-
crito á aquel Maestro de la ley de Moises
el precepto del amor del prójimo á que
están reducidos todos los mandamientos de la
divina ley que tienen por objeto á nues-
tros semejantes, les refiere este caso. —

Pasaba un hombre de Jerusalem á Jericó y en
el camino tuvo la desgracia de caer en ma-
nos de ladrones, que no solo lo robaron del
todo, sino que á golpes y puñaladas dejaron
al infeliz, medio muerto. Pues dió la casual-
idad de que fué un sacerdote el primero
que pasó por allí, y viendo la desgracia
que acababa de suceder, siguió su camino.
A poco pasó un Levita; vió tambien al mi-
serable cubierto de sangre, y pasó de largo
sin hacer caso del. El tercero que atravesó
por aquel camino fué un Samaritano. Este,
aunque cismático, y por tanto aborrecido
y despreciado de los judíos, se detuvo á mi-

Ver aquella desgracia, y se compadeció de a-
quel desdichado, y sin pararse en que era
Judío, de distinta comunión y de quien na-
da podría esperar si se viese en caso seme-
jante, se acerca á él, le vendar como mejor
supo las heridas por las que se estaba desan-
grando, empapando unos caberzales en vino
y aceite, y subiéndolo en su pollino, lo con-
dujo á la primer posada, lo cuidó allí, y
al día siguiente le dejó unos cuartos al
buesped, encargándole lo asistiese, y previ-
niéndole que si no alcanzaba para su asis-
tencia el dinero que le dejaba, lo supliera
hasta su vuelta, que le abonaría el resto...

De estos tres pasageos pregunta en seguida
nuestro Maestro divino al escriba, cual fue pró-
jimo para el pobre enfermo. Claro está, respon-
de que lo fue el Samaritano que se compade-
ció del y lo remedio. Pues vé' tú, y haz, lo mis-
mo: vade et fac similiten. En esta parábola, pue-
blo Cristiano, nos enseña Jescristo que la a-
sistencia a los enfermos es la obra de mise-
ricordia por excelencia que quien la prac-
tica cumple de un modo heroico aquel se-
gundo de los dos mandamientos a que se
reduce toda la ley, y que debemos practi-
carla con todo hombre aun de distinta re-
ligion y creencia, aunque sea nuestro enemigo,

como se halla enfermo y reclama y necesita nues-
tros auxilios.

Porque la misma Naturaleza nos enseña
que el infeliz, que padece, sea quien se fuere,
es un hermano nuestro. Al poner los ojos en
un enfermo, sea conocido ó extraño, siente to-
do bien templado corazón, un afecto tie-
no y doloroso, que es lo que llamamos com-
pasion, y consiste en una comunicacion ó par-
ticipacion del dolor que padece el enfermo aui-
que no tan vivo, como el que siente el pa-
ciente mismo. De este medio se ha valido nues-
tro comun Padre para advertirnos que las
enfermedades de nuestros semejantes no son

males ajenos son propios en cierto modo, que
nos tocan á cada uno, y que por consiguientes
todos debemos poner de nuestra parte para
aliviarlos. Es verdad que la compasion es
mas viva segun son mas estrechos los vínculos
de parentesco ó las relaciones que nos unen
en la Sociedad; pero tambien es cierto que es
general; de suerte que aunque fuese un indio
salvaje, un infiel ó un judío á quien viésemos
padecer, nuestro corazón compadeceria
sus dolores; y tambien es cierto que esta com-
pasion es mas viva cuanto mas grave es la
afliccion ó peligro en que venimos á nuestro
semejante. Advertid aquí, señores, con cuanta

sabiduría ha modificado el Criador esta noble
orden del corazón humano para que acuda
á socorrer primero á aquellos á quienes debe
mas: para que el hombre, dondequiera que
padezca, sea entre los suyos ó en países es-
trangeros halle hombres interesados en su alivio,
y finalmente para que el mas necesitado
encuentre mas compasivos á los que lo rodean
y por consiguiente mas solícitos en su socorro.
Aun el hombre mas cruel e inhumano, el
bárbaro criado en los bosques se compadece,
y en medio de los arsenales del Africa, entre
las inmensas selvas del Nuevo Mundo esci-
ta el quejido de un enfermo la compasión

en los que lo oyen, acaro con mas viveza que
entre nosotros, y esta compasion les grita dentro
de su pecho, ese que padece es tu hermano.

No estan allí corrompidos con los vicios de la
sociedad, que en vez de avivar la natural com-
pasion la entibia y aun la apaga del todo.

No han hecho un estudio en sofocar los senti-
mientos de la naturaleza, y hallándose todos
en cierta igualdad de necesidades, estan expues-

tos á unas mismas miseras, y han menester
los mismos socorros. Por eso suele ser allí mas

viva, mas eficaz, la compasion que lo es de

ordinario entre nosotros; que nos preciamos de

civilizados y humanos, y no rara vez se han

visto escenas tan tiernas entre aquellos salvajes
que admirarian á muchos que los despreciaban
como poco menos que irracionales.

Sin embargo nosotros tenemos otros motivos
mas que ellos, para compadecernos de nuestros
hermanos fracos. Porque la Religión di-
na que profesamos, perfeccionando en esta par-
te como en todo la naturaleza, aviva mas
nuestra compasion, enseñandonos que to-
dos los fieles somos miembros de un mismo
cuerpo. ¿No veis que por eso que nos due-
la la enfermedad de nuestro prójimo nos
es mas sensible la que padecemos en nues-
tro pie ó mano; porque estos son miembros

de nuestro propio cuerpo? Pues por eso que
viendo Nuestro buen padre Dios, estrechar
mas y mas la compasion entre sus hijos,
no se contenta con decirles por la voz de la
naturaleza que son hermanos; sino que les en-
seña por la voz de la religion que son todos
miembros de un mismo cuerpo; para que como
diles se asistan los unos á los otros. Quando
por algun accidente recibimos una herida en
el pie, sin embargo de ser la parte mas in-
ferior del hombre, i con que presteza acu-
den las manos, todo el cuerpo se dobla, los
ojos se clavan en la herida, y blandos y tier-
nos anuncian el interes que toman en el so-

corro de la parte ofendida! Gesan las demas
sensaciones, y toda el alma está atenta y so-
licita buscando medios para aliviarla.
Pues ved ahí el símil de que se vale S. Pablo
para explicarnos lo que debe ser la compa-
sion Cristiana. Compasion que olvida sus in-
tereres propios por socorrer al enfermo, que
sacrifica su sueño, en regalo por aliviarlo, que
emplea todas sus facultades en mitigar sus
penas y dolores.

Añadid, Señores, á todo esto, que J. C. nues-
tro amable Redentor, para movernos mas
á compasion hacia nuestros hermanos en-
fermos, quiere que los miremos como á su

persona misma, y nos dejó declarado que reci-
biría cualquier obsequio que hiciésemos al pobre
paciente, como hecho en persona á su divina
Majestad. Padre sobre manera tierno y com-
pasivo veía las necesidades y dolores á que
estaban expuestos sus hijos en este valle de
lágrimas, y debiendo partir para su padre
Dios los recomendaba efusivamente unos á
otros, como lo haría un padre, al apartarse
del seno de su familia, dejando enfermo á
algunos de sus hijos. Mirad, les decía á los que
estaban sanos: Cuidadme á este pobrecillo que
queda en cama, asistidle como á mi mismo:
No dejéis de hacer con él ninguna de aque-

Has cosas que se me harian á mi: yo os lo
agradecere y premiare como si lo hicie-
rais conmigo, y tendre la mas apreciable
satisfaccion en saber, que ya que ha conve-
nido que me separe de vosotros, lo habeis
cumplido con la exactitud que yo mismo si es-
tuviere presente. Todo esto nos dijo, assegu-
randonos que en el ultimo juicio llamaria
á reinar contigo á los misericordiosos con
aquellas palabras. Estuve enfermo, y me vi-
sitabais; cuando visitabais y socorriais
al pobrecito enfermo, á mi me visitabais,
á mi me socorriais. Venid, benditos de
mi Padre, poseed el reino que por eso os

tiengo preparado desde la eternidad.

Luego si escuchamos la voz de la naturaleza en nuestros corazones; si estamos animados del espíritu de cristianos, que vivula por todos los miembros unidos á nuestra cabeza que es J. C. si las palabras, si las recomendaciones, si las promesas de este Señor que dió la vida por nosotros tienen en nuestros pechos el valor que tan justamente se merecen: ¿cómo podremos presenciar los dolores la aflicción de un enfermo, sin compadecernos, sin aplicarnos del modo que nos sea

proble a su alivio como lo hacian
Gome y Damian? Perovora en los
pechos de estos grandes Médicos la
Caridad, eypeciallymente con los enfer-
mos, se tornaban el mas vivo interes
en curar sus dolencias, recrear sus
espíritus y procurarles cuantos ali-
vios y socorros estaban a sus alcances.
A la verdad, Señores, que no hay per-
sonas mas proporcionadas para ejer-
cer la Caridad y Misericordia con los
enfermos, que los Médicos; ni facul-
tad mas propia para practicar es-
ta virtud que la Medicina. La

necesidad en que os hallan de visitar
los enfermos, de penetrar hasta sus ha-
bitaciones incómodas por una atmos-
fera cargada de miasmas ó gases,
las mas veces perjudiciales a la sa-
lud, el aspecto triste y melancólico
del doliente. los síntomas violentos
de su padecer; su espíritu abatido
ó aprehensivo ó irritado por efecto del
mismo mal, que le apura la pacien-
cia al facultativo con preguntas,
con reconvenciones, con quejas, y que
quiere exigir de él lo que no está
á los alcances de su facultad. los

domesticos importunos con sus imper-
tinencias, y necesidades propias de su
ignorancia) ó de su afecto al pacien-
te). Este es el cuadro mas comun que
se ofrece al Médico en sus visitas,
el teatro que se le presenta a cada
paso, en que debe brillar la elevacion
de su alma, la paciencia de su ca-
racter, la dulzura de sus modales,
la misericordia y ternura de su
corazon. La elevacion de su alma pa-
ra arrostrar los peligros que ame-
nazan a su salud y al buen temple de
su espíritu. La paciencia de su ca-

racter para sufrir los ayes de los
hueros, las imprudencias de los obispos, y
devorar tal fastidio que os causaron
todas las accesorias de aquella escena;
la dulzura de los modales con el gro-
sero, con el pedante, con el crítico, con el
escrúpulo; la Misericordia y ternura
de corazón, que, sin endurecerse con el
hábito de tocar tan de cerca y tan á me-
nudo las misérias de nuestra flaca y
enfermiza (naturaleza), como sucede
á muchos, conserva flexible la buena
sensibilidad, que es la que inspira
el vivo interés en el alivio del enfer-

mo, origen de la asistencia esmerada
y de los grandes aciertos que se ven á
veces en el ejercicio del Arte. Bien
se yo que estos y otros muchos oficios y obli-
gaciones vuestras os los dejó ya pres-
critas, aquel Sabio fundador, si podemos
decirlo así, de la Medicina en su admi-
rable juramento, que aun no puede
leerse sin emoción y respeto. Bien
se que no es necesario recurrir á la
Religion para conocerlos y recomen-
darlos: bien se que interesa sin ob-
servancia á todo Médico de cualquier
Religion que sea. Pero es muy cierto

que la nuestra única verdadera y divina os ofrece motivos mas enérgicos, mas eficaces, y os presenta y promete mas grandes y nobles recompensas para estimular a su cumplimiento.

Y no por esto crea ninguno de vosotros, pueblo Cristiano, que la práctica de la Misericordia para con los enfermos es obligacion esclusiva de los profesores del Arte de curar. Doctores debemos practicarla, si hemos de tener parte en los premios que ofrece el Señor á los Misericordiosos: los ricos con sus limosnas, los pobres con sus visitas y servicios. Pero advertid que J. C. no se contenta con que

mo, origen de la aristocracia envejecida
y de los grandes aciertos que se ven á
veces en el ejercicio del Arte. Bien
se yo que otros y otros muchos oficios y obli-
gaciones vuestras os las dejó ya pres-
critas, aquel Sabio fundador, si podemos
decirlo así, de la Medicina en su admi-
rable juramento, que aun no puede
leerse sin curiosidad y respeto. Bien
se que no es necesario recurrir á la
Religion para conocerlos y recomen-
darlos: bien se que interesa su ob-
servancia á todo Médico de cualquier
Religion que sea. Pero es muy cierto

que la nuestra única verdadera y divina os ofrece motivos mas enérgicos, mas eficaces, y os presenta y promete mas grandes y nobles recompensas para estimular a su cumplimiento.

Y no por esto crea ninguno de vosotros pueblo Cristiano, que la práctica de la Misericordia para con los enfermos es obligacion esclusiva de los Profesores del Arte de curar. Todos debemos practicarla, si hemos de tener parte en los premios que ofrece el Señor á los Misericordiosos: los ricos con sus limosnas, los pobres con sus visitas y servicios. Pero advertid que J. C. no se contenta con que

Socorrais al enfermo desde vuestras casas;
quiere que lo vayais á buscar á la cuna;
es J. C. el enfermo á quien socorrais, y este Señor
merece que se busque en persona para socor-
rerlo. No temais deshonraros: no os detengan
las delicadezas frívolas de vuestro sexo: no ha-
gais caso á la desmudez, al feto, al desalino
del infeliz paciente; porque en esa casilla
humilde, entre esos lienzuelos rotos os espe-
ra J. C. que por nuestro amor se hospedó en
un portal, se reclinó en un pesebre, y murió
desnudo en una Cruz: busadlo para hacerte
bien: entrad por los umbrales de esa habita-
cion con cierto respeto, con la confianza

de que vais á ver enfermo á vuestro Reden-
tor: No esperéis á que os pida socorro esca-
sándole ese Surojo: si vuestra Caridad le inter-
venga, enjugadle con sincera dulzura esas lágrí-
mas, diciéndole que habiais hecho lo que
debiais, y que le estais agradecido á que
os haya proporcionado tan nuevo placer y
ocasion de tanto provecho para vosotros.
Pobres que estais ocupados con vuestros tra-
bajos, que careceis de facultades para socor-
rer á vuestros hermanos enfermos, podeis
sin embargo y debéis hacer bien por ellos.
Visitadlos cuando podais; sino en días de tra-
bajo, sea en días de fiesta, porque con estas

Visitas santificaos perfectamente el Domini-
go: pues en la estimacion de nuestro Padre Dios,
las obras de misericordia y especialmente las
visitas de los atribulados y enfermos, son
de mas mérito que todas las obras de su-
pererogacion, que todas las devociones de
particular institucion y costumbre. Reli-
gion pura dice Santiago, y sin mancha al
los ojos de Dios es esta: visitar á los huérfanos
y á las pobres viudas en sus tribulaciones.
Si quieris, pues, ser verdaderamente religio-
so, id: acercaos al lecho de ese pobrecito
enfermo: animadlo, para que se aliente:
dadle por vuestra mano la Medicina

ayudandole a vencer la repugnancia que
le cuesta tomarla: ajuntadle bien los vendajes
de donde á los que le asisten de continuo pa-
ra que descansen. Con vuestra conversacion,
con vuestros consejos, con vuestra presencia se
le mitigan los dolores, y se recrea aquel espí-
ritu angustiado. Por corto que sea el alivio
que le procureis, si lo hacéis por Dios, miran-
do á J. C. prostrado en aquel lecho, no se que-
dará sin premio, y premio superabundante,
porque á la Misericordia para con los enfer-
mos está prometida una recompensa in-
comparable, así en esta vida como en la
eterna.

En esta vida, y en el ejercicio mismo de esta
virtud, ¿Hay premio que pueda compararse
al gozo que siente el Cristiano compasivo
cuando está trabajando con fruto por aliviar
la miseria de un infeliz? Cuanto mas dulce
suenan en el corazón un Dios se lo pague
a b de un pobrecito enfermo, que todas las vi-
les lisonjas de los cortesanos aduladores!
Quien puede explicar lo que se siente en el
alma, cuando el pobre paciente vertiendo
lágrimas de agradecimiento levanta los
ojos á su bienhechor sin acertar á decirle
otra cosa por la abundancia de contento
que hinche su oprimido corazón, y la

las enfermedades á otros pobresitos, y que les
han socorrido con oportunas medicinas. Sin
otra recompensa: delante de Cristianos pobres
pero misericordiosos que han dejado el descan-
so de su lecho para velar al pobre vecino que
agonizaba, que han descantillado de su jornal
siquiera un pognito para poner un puchero
á su amigo enfermo. Almas tiernas y compa-
sivas, yo os lo prometo por aquel Dios de
justicia que no falla jamas á sus promesas.
Y á quien servireis en sus pobres enfermos
os ha de premiar vuestra misericordia
poniendovos en la posesion de aquel Reino
que tiene preparado para los compasi-

vos. De sus labios amorosos oíais aque-
llas palabras de indecible encanto: "Enfermo
estuve y me visitasteis: lo que hicisteis con
cualquiera de mis hermanos mis pequeños
mas lo hicisteis conmigo mismo, y os lo a-
gradesco y premio como hecho a mi perso-
na misma. Venid, benditos de mi padre, prepa-
raos el reino que os está preparado desde el
principio del mundo.

Advertid conmigo, Señores, que trabien-
do de precuinar al Señor en el último juicio
todas las buenas obras de los justos, su fe
su esperanza, su religión, su penitencia, su
humildad, todas sus virtudes; cuando vos

madre y los chiquitos le acompañan has-
ta la puerta enternecidos, clamando a Dios
que los llene de bendiciones! Y vos, señor,
os enternecéis también al oír estos clamores om-
nipotentes hasta con vos, porque no acertáis
á negarles nada de lo que os piden aquellos
pobrecitos, y habeis venido mas de una vez
en persona á dar las gracias al Cristiano
caritativo que ha obrado así con vuestros
enfermos. Ricos y poderosos de la tierra que
gastáis vuestros mayorazgos y caudales en lo-
cas diversiones, en pasatiempos frívolos, en un
hijo necio y disipador. Nobles que cifráis
vuestro único y ceteril honor en la anti-

güedad de vuestro linage: hombres fatigos
enpedernidos para hacer bien, que os afanais
por ser, por tener, por gozar, no sabeis vos-
tros lo que vale ser caritativos con los enfermos.
No cabe en el pecho la alegría, rebosa y se der-
rama por los ojos y por todo el semblante
cuando acabamos de hacer con ellos alguna
obra de caridad. Gracias a Dios que hablo
delante de muchos que me entienden por-
que han experimentado lo que yo digo: de-
lante de facultativos que han ejecutado las
operaciones mas peligrosas sin otro premio
que este y el que les está preparado en el
cielo, que han sacado de graves y peligro-

habla de sufermedades aquel día, y nos describe
lo que ha de suceder en él, y la sentencia
que ha de dar el divino Juez, á los buenos y á los
malos; omitiendo todas las demás obras me-
ritorias, solo hace mención de las de miseri-
cordia, como si fuesen las únicas que hubiese
de premiar en el Reino del cielo. ¿Pues sabéis
lo que con esto nos enseña? Lo primero, el entra-
ñable amor con que nos ama, que es tal que
agradece cualquier bien que hacemos á nues-
tros hermanos, mas que los obsequios hechos
al mismo Dios: premia mas abundantemente
las limosnas, las visitas, los socorros que
prestamos á los pobres á los enfermos

á los Necesitados, que las virtudes que solo tienen
por objeto nuestra propia Santificación: apracía
en mas el torso pardo con que cubrimos al desnudo,
que el costoso bordado con que adornamos
las imágenes de sus santos: quiere mas bien
que se vendan sus vasos sagrados para socorrer
á sus pobres como lo hizo San Agustin,
que sus templos abunden de oro y de plata,
y sus pobres perezcan de necesidad: que
las virtudes mas notables, las mas duras penitencias,
la mas embida contemplacion,
el zelo mas fogoso, la pureza angelical, el
martirio mismo, nos será inutil, como dice
San Pablo, si nos falta la Caridad y prim

principalmente la Misericordia, que es una hija
suja, nacida de su seno, rayo de aquella
luz, calor de aquel fuego ejercicio y accion
de aquel principio de vida que pone el Espí-
ritu Santo en nuestros corazones ó mas bien que
es el S. S. mismo.

Nos enseña tambien J. P. en aquellas palabras
y nos recomienda la excelencia de la virtud de
la Misericordia acerca de cuyo valor y mérito
leemos todas cosas en las Santas Escrituras que
nos llenan de admiracion y consuelo. De toda
especie de linonias y con especialidad de la he-
cha á los enfermos, como que estan mas nece-
sitados, nos asegura nuestro glorioso Tutelar

Rafael, que nos preserva de la muerte eterna
limpia al alma de los pecados que ha comen-
tido, nos hace acreedores á la misericordia
de Dios, y nos conduce á la vida eterna y bien
aventurada. Oímos en otro lugar las veemen-
tes reprensiones que hace Nuestro Redentor
J. C. á los fariseos, tales que ya parece va
á pronunciar contra ellos la sentencia irre-
vocable de su condenación, ó al menos les
va á exigir gravísimas penitencias para
conseguir el perdón de sus graves delitos:
pero solo un veuno les ofrece para conseguir-
lo. No os queda, les dice, otro medio, sino
dar limosna: ella os lavará de todas vues-

tras culpas, y que daréis libres de ellas de ahora
de Dios. A aquel soberbio Monarca del Impe-
rio de los Asirios, castigado por su orgullo á
descender del solio de su gloria hasta el estu-
blo de las bestias de su palacio, y á pacer
en los campos con los jumentos y demás ani-
males de sus rebaños no se le propone otro
recurso para mitigar el rigor de tan severa
sentencia que la limona. Foma, o Rey, ledecia
Daniel, despues de habersela intimado de
parte del Señor, toma mi consejo, redime tus
pecados con limonas y tus iniquidades con
misericordias que hagas á los pobres: acaso
el Señor te perdonará tus delitos por ellas.

¿Y como es, Dios mio, que así prodiguís vuest-
ra amistad y gracia, ofreciéndola aun á los
mayores delinquentes, á trueque de una li-
mosna, de una vinita, de un socorro hecho á un
pobre enfermo? Santa es vuestra caridad;
tal es vuestro amor á nosotros. Solo lo perdo-
nais al Misericordioso, porque habéis em-
pleado vuestra palabra, asegurandonos
por vuestros mismos labios, que son bienaven-
turados los misericordiosos porque ellos
conseguiran Misericordia.

Y cuanto y cuan superabundante la
consignacion Gorne y Danian en premio
de la que practicaron fervorosos en el ger-

cicio de su nobilísima facultad a favor de los
enfermos puestos a su cuidado! Que recompen-
sas tan grandes, tan dulces, tan duraderas!
En su vida fueron acatados y amados por
sus compatriotas, como Angeles del cielo en-
viados para el bien de su patria. En su
Martirio dieron un testimonio ilustre, de su
fé, perseverando constantes en su confesion
hasta el ultimo suplicio; y en todos los si-
glos de la Iglesia se ha perpetuado su ben-
dita memoria, consagrando templos en ho-
nor de su Rey em Justiniano en Constantinopla,
y el Papa Felix, en la capital del orbe cris-
tiano. Sus nombres se pronuncian todos los

días en la celebracion de los Santos Misterios,
y los fieles invocan su proteccion en sus
enfermedades, consiguiendo por ella innume-
rables beneficios de la divina Misericordia,
que ya confesaron los Padres del Concilio 2.^o
general celebrado en Nicea. Y sobre todo ocu-
panse patronos muy sublimes en aquel reino
elichonísimo preparado desde el origen del
mundo para los que por su misericordia
se granjearon las bendiciones del Padre cele-
stial.

Estos son, Señores, vuestros modelos: estos
vuestros Patronos: estos son aquellos varones
de Misericordia, que no han cesado de

favorecer á sus verdaderos devotos, ni se harán
jamás sordos á sus súplicas, ni dejarán de obte-
ner nuevos beneficios y gracias para ellos.

*Dei vivi misericordie sunt quorum pietates non
defuerunt.* Sus cuerpos fueron sepultados
en paz, y sus nombres han pasado hasta
nuestros de generación en generación. Los
pueblos y las Naciones cristianas celebrarán
para siempre su sabiduría, y la Iglesia Ca-
tólica anunciará sus alabanzas hasta la con-
sumación de los siglos. Imitando su miseri-
cordia para con los enfermos os haremos par-
ticipantes de sus merecimientos, y esta
misma comunión y participacion de sus

ritos os hará acreedores á sus oraciones, á su intercecion para con el Señor y á favor de sus verdaderos devotos.

Señeis, ademas, en nuestro gloriosísimo Vntelar el Santo Arcangel Raphael, un Medico celestial enviado por Dios para ejercer vuestras virtudes tierra, curando á Fobias y á Sara de sus enfermedades, honor el mas distinguido de vuestra facultad, que merece tener un Profesor tan noble y elevado. Este mismo que ofrecia á Dios las obras de misericordia, en que se ocupaba Fobias el Anciano, sera tambien el que ofrezca las obras delante del altísimo. Dirigidlos y ofrezcedlos á Dios por tan buenas manos

que las haran valer como las de Tobías, y ob-
 tendrá para vosotros la misericordia del Señor
 que tanto hemos de merecer. Presentad, desde
 ahora, o Santo Arcanjel, a los pies de este tró-
 no de gracias estos devotos y reverentes cul-
 tos, que consagra a sus gloriosos Patronos esta
 ilustre Hermandad, y en retorno de su devoción
 ferviente alcanzadles el acierto en sus curacio-
 nes, la salud de sus cuerpos: una ardiente y
 pura misericordia para con los dolientes, en
 que ejercitándose hasta el fin de sus días les
 merezca la recompensa que está preparada pa-
 ra los misericordiosos en el Reino de Dios.

Sermon
de
Saint Agustin.

Non enim dedit nobis Deus spiritum timoris, sed virtutis, et dilectionis et sobrietatis.

No nos ha dado Dios espíritu de temor sino de fortaleza, de amor y de sobriedad.

S. Pablo en la carta a Timoteo. Cap. 3 - v. 7.

5. — Ved aquí (Prepetables Prelados, Sabios y Religiosos Maestros, Críticos auditorio mío); Ved aquí este es el día de júbilo y de consuelo espiritual para los hijos afortunados del Gran Padre San Agustín, y día célebre de triunfo para toda la Iglesia de Tucumán, cuando esta Preyuna y Madre común de todos nosotros cubre de laurel siempre verde la cansada cabeza de nuestro padre amantísimo, y abrazándolo con su diestra lo introduce amorosa al retrete de su Esposo Divino. Hoy nos convida á que nos congratulemos con ella, por haber dado á luz

á este hijo de mi dolor, que despues ocupando el lugar
de mi Padre vino á ser mi principe y mi defensor valeroso.
Vosotros venís á participar de la alegría comun, como herma-
nos carísimos nuestro, como amantes de tan Ilustre Padre,
como buenos hijos de la Iglesia Santa, para que así sea
mayor nuestro gozo en vuestra amable compañía. Dios
os premie, señores, vuestra asistancia. Dios haga que la ce-
lebridad de este Santo triunfo sea para vosotros poderoso
estímulo, que nos lleve á seguir tan grande Ejemplar.
Renovemos la fragante memoria del Heroe, recorriendo
las acciones grandes de su gloriosa vida, para avivar el
amor que á él le debemos de justicia, y excitar en noso-
tros el fuego activo de una emulacion santa. Los mas
de entre nosotros somos hijos suyos: todos nos gloriamos

de ser discípulos de este común maestro; y no se hallará
aquí siquiera uno para quien no sea recomendable el
nombre de Agustín. Motivo poderoso para que oigan
su elogio con atención y aprovechamiento.

2.º Voy pues á presentar, lo menos mal que
me sea posible, el hermoso cuadro de la vida de San
Agustín con exactitud, con expresión y con ligereza; lle-
vando la verdad por delante en todos mis pensamien-
tos y palabras, aspirando á edificarlos con mi ejemplo, y
cuidando de no cansarlos inutilmente con pormenores
ajenos de este sitio y de estas circunstancias.

Dificultad gravísima es reducir á tan peque-
ña miniatura el retrato de un gigante tan corpulen-
to. Decir lo que fué San Agustín en tan corto espa-

fundia de un labio y de un pluma hasta llenar de él
á los que gozaban de su conversacion, ó leian sus escri-
tos. De hecho descanó sobre Agustín el espíritu del
Señor; espíritu de caridad, de fortaleza y de discrecion.

Estos son los dones mas principales y mas so-
beralientes que le caracterizan.

4.º Pero antes de entrar mas adentro con el dis-
curso, os pido, Dios y Señor mío, vuestra divina gracia
para desempeñar dignamente el elogio de tu amado
hijo Agustín: es mi padre: y vos me mandais que
le honre; dadme eso mismo que me mandais y man-
dadme lo que quisiereis. Rectificad mi intencion;
y preparad los corazones de mis oyentes para que
no corramos en vano unos ni otros, sino que á todos

nos aproveche tu divina palabra y el ejemplo de tan
claros ejemplos. Pidámolo todo poniendo por inter-
cesora á Maria Santísima.

1º - Desde muy temprano comenzó á desen-
brar Agustín su pasión dominante, que fue siempre
el amor á lo bello y á la verdad. Cualquiera que ha-
ya leído el libro de Oro de mi confesión, habrá vi-
sto en ellas al joven Agustín, perdido por hallar la
verdadera y la perfecta belleza. Allí se pinta el
misero durante la noche tenebrosa de su adoles-
cencia, abrasado con la llama del fuego impuro, bu-
cando en el torpe lecho de un amigo al dueño le-
gítimo de su enamorado corazón. Allí estabas tú,
Señor y Dios mío, dice, cuando misericordiosamente

cruel vocaba sobre mis placeres ilícitos amarguísimo
unabores, para excitarme á buscar el placer puro y
seregado. Teníamne preso los miserables lazos de tra-
tor lascivos, y tu me azotaba con varas de hierro abra-
sadoras, con celos, sospechas, ira y las riñas ridículas que
traen consigo aquellas inquieta amistad. Aturdido
y desahogado con tanto azar y disgusto se levanta
del fango corrompido de sus torpezas; se encamina len-
tamente con mal sentido paso á la ciudad santa
donde habita la verdad y belleza incorrada; y dete-
niendose primero por sus arrabales, ahora se entra en
la academia para escuchar á Sócrates y á Julio; lue-
go se deja ir tras los hijoserita Maniqueos, seducido
de la pompa exterior de la aparente continencia y

autoridad de ellos, revuelve despues los libro de los Pla-
tonicos; pero todo en vano; todo inutilmente. Per vias
et plateas quæram quem diligit anima mea: quæ sivi
illum, et non inveni. Quando he' aqui que le sale al en-
cuentro y le tiende amoroso los brazos para conducirle al
Santo Monte de Sion, aquel Centinela vigilantísimo,
que desde los muros de Milan custodiaba entonces to-
da la Iglesia del Occidente; y con el viene Simplicia-
no, varon respetable por su erudicion y santidad. In
venerunt me vigiles qui custodiunt civitatem: oyen es-
tor las dudas y agitaciones del triste Agustín, y les
manifiesta los ardientes deseos que tenia de hallar
el objeto que saciase del todo su ánimo abatido. Num
quem diligit anima mea vidistis? Encaminado

por tan sabios y experimentados conductores á poco se encuentra con el amado de su alma.

Como sucede al tierno esposo, que despertando fatigado de un tritísimo sueño abre de repente los ojos, y se halla en los brazos de su amada esposa por quien lloraba durmiendo, creyéndola perdida sin remedio: así abortó y fuera de sí Agustín, al abrir los ojos á la luz de Dios, despues del pesado letargo de 33 años, miraba sin pestañear la verdad pura, y amaba de un modo demasiado pero dulcísimo aquella harmonia siempre antigua, y siempre nueva; reducidas á un silencio inexplicable todas las facultades de su dichosa alma, y prendida la lengua del placer que inundaba todo su interior, solo acierta á

decir entre tiernos suspiros: lo he hallado, lo he hallado;
y no lo dejaré hasta entrar con él en casa de mi ma-
dre; inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec
dimitam, donec introducam illum in domum ma-
tris meae. Desde este momento, desprecia los placeres del
lecho nupcial, toda las esperanzas del siglo, y le causa
fastidio todo lo que no es Dios. Solo le aflige no
poderlo amar mas; vive impaciente, porque vota las pa-
redes de la carne, se le dejase ver su amado, no ya
por los cancelos de la fé, sino cara á cara, para amar-
lo sin tasa ni medida. Entre tanto, Dios mío, suspi-
raba, entre tanto que voy á ti, venid vos á mi pecho.
Es casa estrecha para vos: ensanchadla para caber
en ella. Angusta est domus anime meae: dilatetur

abs te. La morada que por su fragilidad amenaza ruina.
reparada vos para que no se caiga. Peritura est, refice eam.
Esta ruina: acádla; vos que solo podéis. Quis mandabit
eam? ¡O fuego mabe del divino amor que tanto abrasa-
te al enamorado Agustín, ¡ojala rompiera ahora los cie-
los y descendiera á nuestro corazones! ¡ojala deritiera
los montes de nuestro orgullo, é inflamara las frías a-
guas de nuestra tibieza y flegedad! Leamos, señore, las
obras de San Agustín que encienden los corazones
mas fríos: allí veremos cuanto amo' á' un Dios: allí
aprenderemos á' amarlo con él.

Bº - Haciendo el amor á' Dios una misma
cosa con el amor al prójimo, por que uno y otro es
una sola caridad; de lo excelente de aquel podéis ya

colegir lo grande y extraordinario de este en el corazon
de nuestro Gran Padre. Semejante al Redentor a
mantenimio de nuestra alma; no le satisfacen las co-
munes expresiones de amor á los hombres; sino que quie-
re reducirlos todos á una unidad tan perfecta con
él, quanto lo permite la situacion de esta vida mor-
tal. Para llevar á efecto este último pensamiento de
amor, siguiendo las huellas de un maestro soberano, que
formo á este fin con sus Apóstoles y dejó establecida
entre ellos la sociedad mas íntima y perfecta; orga-
niza Agustín en Tígrate, en Hijaona, y en un casa
episcopal sociedades semejantes á aquella cuyos miem-
bros santificimio, teniendo comunes todas las cosas, no
tenian mas que una sola alma y un corazon en Dios.

Mas como este establecimiento no pudiese abrazar á todos los hombres; Agustín, deseando ser útil á todos, trabajaba incesantemente desde su retiro, escribiendo cartas permutivas, oportunos tratados á los ausentes, y conferenciando con los presentes, á fin de apartar del error á unos, de instruir á otros y de encaminar á todos á la virtud.

Pero cuando la caridad de Agustín se deja ver en toda su estension, es al colocando Valerio incesantemente sobre el candelero del Sacerdote y del Obispado. Pastor bueno, conoce que ya es mas bien de sus ovejas que de si mismo: y penetrado de estos sentimientos, se entrega por la salud de ellas á todo género de trabajo, olvidando enteramente su descanso, su

intereses y todo, menos en alma. Las alimenta particu-
lamente el pan sustancioso de la divina palabra, ya en
exposiciones de la Santa Escritura, tan sencillas co-
mo sublimes, ya en sermones instructivos y acomoda-
dos á la capacidad y necesidades de su amada
Grey. Hasta caer malo de la última enfermedad,
le predicó por espacio de mas de cuarenta años la
palabra de Dios en su Iglesia; sin intermision,
con alegría y firmeza, con mente sana, y sano con-
sejo dice S. Bonifacio otros predicó solo por caridad
solicitando ser útil, no buscando crédito de eloquen-
te. Así se ocha de ver en sus sermones, donde se
descubren, á vueltas de un candor y sencillez ad-
mirables y de cierta hermosa negligencia, permanien-

tor sublime y profundo, vargo asombro de aque-
lla elocuencia original, que naciendo del corazon a-
rebata los animos imperiosamente, y todos los carac-
teres de un grande ingenio, que sin mas estudio
que la meditacion, predicaba con el cariño y na-
turalidad que un tierno padre habla delante de
sus hijos.

7º De la Iglesia volvia á su monaste-
rio, donde una turba numerosa de hombre de to-
das religiones y sectas, atraidos de su caritativa be-
nignidad y prudencia, lo esperaban para pro-
ponerle sus pleitos y discordias, segun la costum-
bre de aquellos tiempos. Oíalo Agustín, con bon-
dad y paciencia de padre, y hacia con ellos el

oficio de Angel de Paz; acallando quejas y resentimientos, acomodando los intereses que parecian opuestos, y renovando y estrechando entre los discordes el vínculo de la perfeccion que es la caridad. Solia este ejercicio, por extremo penoso para él, como lo confiesa el mismo, detenerle el dia entero sin permitirle tomar hasta la noche sustento alguno; mas no por eso se apuraba en caridad; porque lo sufría, añade, no sin especial consuelo de Dios, considerandome siervo de su Iglesia, y siervo especialmente de sus siervos mas flacos, aunque pareciera ser en ella miembro principal.

8º Llegada la noche lo esperaban las consultas de toda parte, muchas de ellas prolijas, muchas impertinente pero á todas respondia afable co-

no lo manifiestan sus admirables cartas. Cuando le quedaba un poco de tiempo sobrante, y siempre que lo llamaban, salia, dice Pordios, á visitar los pobres, los enfermos, los huérfanos, los atribulados, y este era su único desahogo y la diversion mas agradable para el compaño Agustín. Hipona vio no sin admiracion y lágrima á su amado y respetable obispo, acariciando tiernamente al desvalido huérfanito con las mismas manos que venian de ganarle á la Iglesia victorias importantísimas. Oyó aquella boca de oro, el oráculo de los concilios, y de la Iglesia, consolando con blandura y familiaridad á la pobrecita viuda, al enfermo y al moribundo. La Iglesia de Hipona vio exaurir sus tesoros, vendi-

das mis posesiones, mis vasos sagrados para acudir á la
necesidad de mis pobres. Feliz Iglesia, afortunado
tiempo, cuando el sacrificio de la caridad de Eterni se
ofrecia no en vasos de oro y plata, sino en los mas pre-
ciosos de los pobres recorridos por la caridad de Argu-
tin.

9º ¿ Quien no vé en este heroe de la cari-
dad, tan oprimido con el peso de ocupaciones, que el
mundo llama increíble é innumerable, hecho todo
para todo, á fin de ganarlos todos á Eterni? ¿
¿ Quien no vé en Argutin, otro Pablo aquejado con
la cotidiana sollicitud de toda la Iglesia, sensi-
ble á los dolores de cada uno de sus miembros, enfer-
mo con los enfermos, debil con los debiles, pero fuerte

al mismo tiempo, para argentar al lobo de su amada
vebaño: prevenido para favorecer el asalto: atinado
valeroso para rechazarlo, y constante para seguirlo
hasta su total destruccion?

10 - Oprimida yacia la Iglesia Africana
desde la muerte de su antiguo pastor Cipriano, se-
ducida por la astucia de los Maniqueos, Arrianos
y otros muchos hereges, y miserablemente despedaza-
da por el cisma cruelísimo de los Donatistas, cuan-
do es colocado Agustín al frente de los escuadra-
nos de Israel. Al ver presentarse en el campo de
batalla al vencedor de Fortunato y Félix de Pa-
cençio, y Maximino, respiran aquellas Iglesias y
sus enemigos temen y tiemblan de cobardia. Los

primero se presentan en batalla, con la mas fea villosa y
mas cruel encarnamientos. Ponien leyes que los refieran
hasta las palabras y razones de Agustin contra ellos: los de-
figuran, los desacreditan, y luego los impugnaban doloramen-
te para mantener á los suyos en el error, y temereros oc-
ultan sus mismos escritos pernilenciales, para que Agus-
tin no pueda responderlos. Cobardes y perversos traman su
emboscada, temiendo á deshacerse de un enemigo tan
formidable con el fiero traidor de que es preservado
Agustin por una especialísima providencia. Desvergou-
zados é impíos publican un plenario Tubileo, para
quien le quite la vida como quiera que sea; y no a-
treviéndose á lidiar frente á frente, venian con tenaci-
dad venir á las manos con él. Tal era la tactica

de los Donatistas.

11. Agustín Inigo que se ve colocado en la silla de Hipona, escribe amigablemente á Proculus, pastor ecuménico de aquella misma Iglesia, convidándole á conferencias juntas, y á reunirse en caridad con los vínculos de la paz de Cristo. Escribe á los principales Obispos Católicos y Eumáticos, á los Proconules y personas mas viables de una y otro partido, al pueblo de los Católicos y al de los Donatistas. Recoge diligentemente los escritos de uno y los refuta con aquella fuerza de raciocinio, propia de San Agustín solamente! Que destreza en manejar las armas de la Iglesia con valentia y acierto! Que vigilancia para no dejarse sorprender por ninguna parte! Que to-

con tan constante en pelear, sin dejarle tomar aliento!

Desde el año de 403, reunidos los obispos Católicos en concilio nacional convoca Agustín a nombre de todos sus colegas, a los 400 Obispos Donatistas, que vivían en el África por aquel tiempo, para conferencias entre sí; pero estos no se atreven, ni admiten la propuesta; y Agustín frente a las obejas reducidas por aquellos pastores mercenarios, descubriéndoles la timidez de ellos, prueba clarísima de lo miserable de su causa.

En el espacio de 7 años se celebran 7 concilios nacionales, en los que capitaneando Agustín el escuadrón de los Santísimos y Doctísimos, jefes de la Iglesia Africana, presenta siempre batalla al enemigo; y los enemigos retroceden otra tanta vez, perdiendo

4
Iglesia, es tiempo que descanse, esforzado campeón á la
sombra de los laureles que cogiste en tanta y tan es-
clarecidas victorias: pero no, no te es dado entregarte al
reposo, porque el Señor te elige para que conduzcas
otras nuevas guerras que se le preparan á su pueblo.
Ea levanta la cabeza en la capital del Orbe Cristiano
aquella serpiente, la mas astuta y venenosa de todo
los animales de la tierra, y desde allí comienza á co-
mitar su perversa pestilencial por toda la Iglesia
de J. C. Entenderéis, señores, que hablo del mas do-
loso y mas perjudicial de todos los herejes. Pelagio,
que despues de haber inmundado en Roma su mu-
vor dogma, pasa de allí á Sicilia; de Sicilia al E-
gipto; del Egipto al Oriente; haciendo por toda par-

tes prohibidos á sus errores. La, campeador acreditado,
levantata y empuña otra vez la espada mal enjuta de
la sangre reciente de los Donatistas, para emplearla
contra los Pelagianos. Celso está ya condenado en Carta
go. La Iglesia Católica te desea ver pelear, y espera de
tu brazo la palma de un triunfo. En efecto Agustín
da la cara luego que la prudencia lo requiera, predi-
ca, escribe, rebate en varia obra á Pelagio y Gerónimo;
el gran Gerónimo cuelga la espada cuando sabe que la
ha desenvainado Agustín, por no llevar leña al bosque
según la expresión del poeta latino. Unde superceden-
dum hinc labori cesso, ne dicatur mihi illud Hora-
tii: in silvan ne ligna feras. En vano aquella respicente
tortuosa se acoge á la Iglesia de Jerusalem, donde con

in language seductor se gana la proteccion del Obispo Juan,
y pretende acreditarse vendiendose soberbiamente por o-
tro Augustino: Allí se presenta Orosio, enviado del Africa,
y descubre su doblez con aquellas palabras memorables.

Si Augustini personam sumis, Augustini sequere
sententiam. En vano abusa Pelagio de la buena fe de los
padres del concilio de Diospolis, para quedar absuelto do-
lorosamente: por que Augustin, con su vista penetrante co-
mo la del aguilá, descubre hasta los senos mas tenebrosos
del error, y hace patente á todos el engaño de aquel
herege, el qual es condenado en el concilio Cartaginien-
se, en el Milexitano; y Augustin con otros seis Obispos
y aquellos dos concilios escriben al Papa Innocencio,
centro de la unidad católica, para sofocar la heregia

mas eficazmente.

En vano Felicio primero y Pelagio despues comprehenden la vigilancia de Zovino, sucesor de Innocencio, quien aprobando docilmente en los hereuicaros no la falsedad del dogma, sino la voluntad de la enmienda, desaprueba la conducta de Etirelio y de los otros Obispos Africanos en su condenacion; porque juntos de nuevo estos respetables prelados, y siendo Agustin, como dice San Prospero, el alma de todo, anatematizan otra vez la heregia en varios canones que Roma aprobó por boca de Zovino, desengañado ya de las astucias de aquellos dos hereges, y mandando al anatema todos los Obispos del Orbe Cristiano á excepcion de diez y ocho no mas. Quien me diera alas de pal-

ma, exclamaba aquí Gerónimo desde la Palestina, ha-
blando con Aurelio y con Agustín, para volar al Et-
frica y abrazaros estrechamente, no solo por lo admirable
de vuestras virtudes, cuanto por ver degollada esa hidra in-
fernal por vuestras robustas manos! Sin embargo Agus-
tín permaneció atrincherado otros diez años hasta el de
su muerte combatiendo á Pelagio y á un sectario Ju-
liano, y á sus reliquias que fueron los Semi-pelagianos.
¡Que monumentos tan preciosos nos ha dejado de sus
victorias en los escritos inmortales que trabajó por espacio
de veinte años contra los herejes! Estos escritos con todos los
demás suyos son aquellos mil cuerdos de oro purísimo que
colgó el Grande Atguano de la torre mística de Da-
vid, como trofeo de sus gloriosas hazañas; cuerdos donde se

han mellado y quebrantado las saetas de los hereges de todos los siglos posteriores; siendo que mangado dictramente por los santos Fulgencio, Prospero, Gelasio y otros innumerables han perpetuado las victorias de la Iglesia y han sido la armeria comun de los fuertes que pelearon en todo tiempo á su favor. Mille clipei pendunt ex ca omnis armatura fortium.

13. Pero del mismo modo que la tierna y dulcísima caridad de Agustín y su genio amable sobremediano no enerva la robustez y firmeza de su valor; tampoco creais que haya adquirido con el continuo ejercicio de las armas aquel genio marcial áspero y duro, que se advierte en algunos que como el lidia-
ron con los enemigos de la fe. Supo templar lo u-

no con lo otro, por el espíritu de sobriedad, de moderación
ó discreción que todo viene á ser una misma cosa segun
explica el Angelico Maestro. Pero ¡ah! que aun se
me cae el pincel de la mano, al querer combrear las
delicadas ~~degradaciones~~ que unen y aplazan, unas á o-
tras, todas las virtudes en el discreto S. Agustin; mas es
necesario al menor dar algunos golpes, aunque con asperza,
dejando á una mano maestra el acabar el cuadro que
borqueja. Como el pintor diestro, colocado los colores cada uno don-
de le corresponde, los extiende despues sobre el lienzo templan-
dolo acia sus extremidades, de suerte que por una suave de-
gradacion de la tinta, vayan mezclándose suavemente,
para que no choque á la vista el passage pronto y
no preparado; resultando de aqui la belleza de la pin-

tura, por la misma manera, la discrecion, dice San Bernar-
do, ordena las virtudes, cada una en su lugar, y las
templa y unifica hacia los puntos en que se tocan; y au-
le da la harmonia que les conviene. Por eso llama el
mismo santo á esta virtud, ~~consumacion~~ *consumacion* de la per-
feccion.

14.- Como esta perfeccion consumada sea por
lo comun propia de los grandes entendimientos, su-
puesta siempre la divina gracia, Agustín que venió
en sí un entendimiento, parame de los grandes enten-
dimientos, que han venido despues de él, á un extraor-
dinario espiritu de sobriedad, poseyó esta virtud en un
grado eminente, y fué sin duda uno de sus princi-
pales caracteres. Fué discreto en la virtud, y discreto en

el saber; supo hermanar el celo de la religion con la
caridad para con sus hermanos errantes; asunto difícil
término, en que han tropezado muchos varones res-
table por falta de discrecion, que reprima el celo, que
temple el fervor, que ordene la caridad. Agustín, igual-
mente celoso y caritativo se halló colocado en las circun-
stancias mas difíciles para componer estas dos virtu-
des; porque los Donatistas y Circuncisioneros furiosos a-
cometieron al rebato de J. C. no solo con vejigas
y embuste, sino principalmente con las armas.
Maltratando á los Obispos, incendiando las iglesias,
á manera de lobos rabiosos que destroran los par-
tores para devorar con seguridad á las tímidas ovejas.
Para contener á estos sediciosos, embian los Em-

peradores al Africa Proconsul encargado de ejecutar
con esta ley severissima: pero Agustín, mientras pelea
con una mano contra los Uimaticos con las armas de
la verdad y de la maldad, con la otra contiene
al Magistrado, para que no les aplique las leyes en to-
do su rigor. Al principio sostiene, que á ninguno de
bia obligarse á entrar en la ciudad, no fuera que
se hicieran fingidos Católicos los que se habian cono-
cido manifestos hereges. Ni se permite que se exija
al Obispo Crispino la multa impuesta por el Empe-
rador á los Donatistas, intercediendo para obtener es-
ta indulgencia con el Proconsul, y volviendo así
bien por el mal, que aquel Uimaticos habia hecho
al maltratado Obispo San Poncio.

19. Si después aumentándose el furor de las
circuncisiones llevó á bien que se les atemorizase con
el rigor de las leyes civiles, movido de las graves razo-
nes que expuso en su preciosa carta al Donatista Vi-
cente, no por eso se apartó un ápice de su primitiva
moderación. Apenas ponían los pies en el África los
Procuradores, especialmente comisionados para exter-
minar á viva fuerza á los Donatistas, cuando les sa-
lia al encuentro Agustín para suavizarlos. Almu-
rense, yo os suplico que no os privéis del placer que
os ha de causar la lectura de las cartas de S. Agus-
tín á Donato, Apringio, Marcelino y Ponifacio
Procuradores del África. ¡Que nobleza de sentimientos encon-
trareis en ellas! ¡Que caridad tan celosa! ¡Que celo tan cari-

tativo! ¡Que discrecion tan rara! Allí se pinta el corazon
de Agustin con tan hermosos colores que es imposible leer
las sin quedar enamorado del hombre incomparable
que las escribió. Mirad, les dice, que una cosa es la cau-
sa de la Provincia y otra la de la Iglesia. La admi-
nistracion de aquella debe tratarse por medio del te-
rror: en la de esta se debe tener presente la clemen-
cia, y la mansedumbre; quiero que se corrijan, no que
se maten; que no se desmende contenerlos con las leyes,
pero que no se les apliquen los castigos que se han
merecido. Mira no te olvides de lo que te señalé: teme
conmigo el juicio de Dios Padre, y haz que apares-
ca la mansedumbre de nuestra madre. Si no hace
caso de un amigo que así te lo suplica; oye si quie-

na á un Obispo que te lo manda y ~~te~~ ^{te} lo manda. ~~una~~ ^{una} arrogancia, conviene que oigas á un Obispo que te lo manda. Señor es hijo carísimo mío Marcelino: Si non audis a
micem petentem, audi episcopum consulentem, quamvis non
arroganter dixerim audire te episcopum convenit inten-
tem, Domine, eximie atque charissime fili; Con que moderacion trata á Pelagio, llamándole al principio varon bueno y recomendable; santo y aprovechado cristiano, hasta hacerse sospechoso para algunos católicos que no alcanzaban lo alto de su prudencia! Y despues ha habido quien se atreva á llamar nimiammente celoso á San Agustín en la causa de los Pelagianos; á llamarlo duro y áspero, atribuyendo á los exesos de él los extravíos de estos herejes!... Pero toleremos con caridad

a los impugnadores de Augustino, se ha quedado alguno ahora como el toro tolero, y no interrumpamos en elogi con apologia, que no necesita un acreditada moderacion.

16- Habiendo enlazado tan dulcemente el celo con la caridad, union rarissima y dificilissima, ya se vea de ver como moderaria las demas virtudes que en ciertas ocasiones parecen encontrarse, y de que la brevedad del tiempo no nos permite hablar. El respeto a los Superiores con el amor a la verdad en las disputas con San Jeronimo y en la respetuosa veniencia que hizo a los primeros carta del Pontifice Zozimo, que pueden servir de ejemplo a los que por un leve error que adviertan en los superiores se creen autorizados para

tratarlos con altanería, e insultarlos con atrevimiento.
El decoro de su estado con la pobreza del Evangelio, en la
modestia de su vestido, sucado y limpio pero ordinario,
y comun con los de sus clérigos. Vestido decente á un
Obispo, que hace consistir el esplendor de su dignidad en la
pureza de su costumbre y en la perfeccion de la vida;
pero vestido decente á Agustino pobre, nacido de pa-
dre pobre, decente á sus canas venerables. Igualmente dis-
creta en la mesa, y en los adornos del monasterio principal y
en la economia de su familia, huyo de los dos extremos, di-
ce Boetio: uno el de la jactancia, que ocasiona la mi-
seria intider; y otro el del sordido orgullo que engendra el
desalino: ambos vicios, porque no se busca en ellos á J. C.
sino la satisfaccion de la vanidad. No faltaban

carnes ni vino á su mesa; fallaban las murmuracio-
nes, la glotonería, y se saciaba siempre con la hospita-
lidad y con la lectura de libros sagrados. Mas distante del
vicio infame de la codicia, que de la prodigalidad, te-
nia entregada la administracion de los bienes eclesiar-
ticos á los Obispos mas robustos sin conservar en su poder
ninguna suma llave; y solo al fin de cada año tomaba
cuenta del gasto y recibo, dando entero crédito al ad-
ministrador. Con el mismo desinterés miró siempre las
nuevas adquisiciones de temporalidades á beneficio de
su Iglesia. Nunca compró para ella casa de campo
ni heredad alguna, antes ofreció á los fieles publica-
mente cederle todas las porciones eclesiásticas, para
vivir de sus oblaciones voluntarias, no mas. Ni ad-

mitió por legado de difunto, que dejase hijo o pariente que lo hubiesen de menester.

17. Este mismo tino con que supo discernir los derechos de la Iglesia de los particulares, lo tuvo acertado en su sobria sabiduría; cosa admirable, si se consideran los errores á que arrastra la ciencia; mayor, cuando dan en varones de eminente talento. Fuvolo Augustin, mas no quiso con ellos menudinar la magestad; no intentó entender ni explicar los misterios de nuestra Religión: tocó hasta donde puede llegar la razón humana en la investigación de la Naturaleza Divina, y de sus relaciones con el hombre, por el mediador Cristo Jesu; y allí batió humilde la barrera que el dedo de Dios Todo Poderoso ha señalado al humano entendimiento,

sin querer pasar adelante; atrevimiento imprudente;
meritosa odia que han tenido y tienen los Socinia-
nos, solo para enredarse en mas intrincadas e indis-
cutable dificultades: Siempre lo lloró lo delgado de su
ingenio á cuestiones mas difíciles que útiles, necias y
videntes logomaquias, como las apellida San Pablo;
mas propias para indisponer los Espíritus, que para
edificar á los fieles. Vana ocupacion de muchos que
se han llamado teólogos en estos últimos tiempos; pe-
ro no omitió ninguna de las cuestiones de provecho
que se han tratado después en la escolástica. Tratólas
con brevedad, con nervio y sin fútiles utileras. Fue
un sabio sin fanatismo: y tan imparcial como se ma-
nifestó en el examen de las opiniones ajenas, tan un-

preocupacion, Quiso que se examinaran las leyes: porque
no siguió ciegamente la autoridad de ningun hom-
bre, sin pensar sus razones, ni sollicitó cautivar para
si los entendimientos, pues como algo escrito "no debemos
tener como escritura canónica, los argumentos de cuales-
quiera hombres, por católicos y aplaudidos que sean,
de modo que no nos sea lícito, saber siempre la ho-
norificencia, que se les debe reprobar o desechar algo en
sus escritos, si por suerte halláremos que se apartaron
de la verdad claramente conocida con la ayuda de
Dios o por nosotros mismos o por otros. Tal soy yo en los
escritos de los demás, tal quiero que sean los que es-
tudian los míos: Talis Ego sum in scriptis aliorum ta-
les volo esse intellectores meorum." Véase en Argentin

un literato tan sin preocupacion, cual á penas presentaron
otro alguno los siglos todos; tuvo no obstante como homi-
bre sus errores y equivocaciones, ocupado en tanta obra
sobre materias tan escabrosas y delicadas. Percegió quan-
to pudo advertir en sus retractaciones, desdiciéndose de
ellos sencillamente; y enmendando sus descuidos é inad-
vertencias, con que dió el mejor lugar á su excelente y
singularísima discrecion.

13- Llegó por último el tiempo en que habia
de ocultarse este lumina mayor de la Iglesia, segun la
condicion comun de la naturaleza humana; y en su
muerte semejante al ocar del Sol al sumir en las on-
das del mar, apareció mas encendido mas grande y
mas hermoso. Florecia de continuo las calamidades que

aflijian al Africa, y commuido con la fiebre ardenti-
ma de caridad pedia á Dios, que ó libertase á su rebaño
del sitio que lo tenia puesto el enemigo, ó diese á sus ojos
fortaleza para vengarse con las disposiciones de su volun-
tad Continúa, y que á él lo llevase para sí porque ya no
tenia corazon para verlas padecer mas. El Señor oye su úl-
tima súplica, y es anulado de fuerte calentura, que lo por-
tran en el lecho, donde sin atender á sus méritos y á los
trabajos que habia dado por la Iglesia de Dios; viéndose
próximo á entrar en la region de la eternidad; solo se
acuerda de los delitos de su juventud, y de la inconpre-
hensible rectitud del Juez Soberano. Allí permane-
ce en un profundo recogimiento, mirando con lágrimas y
tiernos sollozos los siete Salmos de penitencia. Fin per-

der nada de un comportamiento noble y afable, entero en sen-
tido á presencia de sus cohermanos los Obispos de otras Iglesias
y los Presbíteros de su monasterio doméstico, que oraban con él, mu-
re placidamente Augustino en el útero del Señor.

19. Padre mio, Padre mio; carroza y conductor de la
Santa Iglesia; Ah! si en este día, cuando recibiste la justa
corona de gloria inmarcescible, destinada á tus grandes méritos, do-
nes al mismo tiempo singularísimo de la gracia divina; quan-
do aquella madre tuya y nuestra te celebra como á un príncipe y
defensor, y te ofrece á un Egipto Tero como primo fruto de un cas-
tísimo desposorio. Si en este día son á nuestro ver mas oportu-
nas y mas especialmente recomendables tus súplicas ante el
excelso trono de la Trinidad Beatísima, únelas hoy, Padre
mio, únelas con las nuestras, y pidamos todo contigo al etc.

tor y conmandador de la fe. Teu, tenga misericordia de noso-
tros que nos envia para alivio de nuestros males cuando no
sea doble Espiritu tuyo, al menos una porcion de él. Espiritu
de caridad á todos los fieles, que encienda nuestra librea y
destierre este egoismo perjudicialísimo que tanto puede por
todas partes. Espiritu de fortaleza á los ministros de la E-
glesia; que aliente su cobardia y les enseñe á pelear victorio-
samente contra los enemigos terribles que la acometen. Es-
píritu de direccion á los Pastores, y especialmente al su-
cesor de Pedro, para que fortifique los miembros flacos y
sane los enfermos del cuerpo mistico de que es cabeza
principal; para que con blandura ate á la unidad
de este mismo cuerpo lo que está quebrado y dividido
de él por el cinna, para que tome al rebaño dulce-

mente las ovejas descarriadas por la heregia y la incredulidad; para que busque con sollicitud de padre las que estan perdidas en las tinieblas de la ignorancia y andan errantes por regiones donde no han alcanzado, o al menos no alcanzan ahora los dulces riberas del Pastor Celestial. Para que todo unido por una misma fe, alentado con una misma esperanza, y animado de una misma caridad, conducido por nuestros respetables Pastores, entremos en el único y eterno redil donde Jehu apacienta el mismo a su reban, bienaventurado en panto muy fertile en los montes altos de Israel, descansando a su sombra para siempre. Amen

Sermon

Del San Agustín.

Por el mro Capibulo

Convenim dedit nobis Deus spiritum
timoris, sed virutis, et dilectionis et sobrietatis.

2.^a ad Timot. Cap. 1 — v. 7.

No nos ha dado Dios espíritu de temor,
sino de fortaleza, de caridad y de dis-
crecion.

5 Instruyendo el Apóstol S. Pablo á su discipu-
lo Timotheo en las obligaciones del Ministerio
pastoral le recuerda la gracia del Espíritu
santo, que para desengendrarla habia recibi-
do por la imposición de las manos del mismo
Apóstol al consagrarse Obispo. Esta gracia, le dice,
le comunicó como á todos los que la hemos reci-
bido, no un espíritu de temor cual animaba
á los Sacerdotes y Pontífices de la antigua a-

lianza, sino el espíritu propio y característico
del sacerdocio y ministerio, ó de la ley de gra-
cia, que es espíritu de fortaleza, de caridad
y de discreción. virtutis, et dilectionis et sobrie-
tatis.

2. Fundado en estas terminantes palabras
del Apóstol S. Pablo no dudaré yo hacer
universal esta sentencia suya afirman-
do que todo Pastor del rebaño de Je-
su Cristo debe estar animado de espí-
ritu de fortaleza, de caridad y de discreción.
que todo el sistema del gobierno eclesiástico
debe circunscribirse en estas tres virtudes, y que
aquel Prelado que las haya poseído con mas

perfeccion, se ha recibido con mas abundancia
la gracia propia de su ministerio, y se puede
servir juntamente de exemplar á los demas
Prelados de la Iglesia para nivelar por su
conducta el ejercicio de las Prelacias que ten-
gan á su cargo.

3. Pues entre la muchedumbre de Pastores
que han veiglandecido en la Iglesia de Dios,
no hay la menor duda que sobresale como
uno de los otros tantos mas perfectos de Prelados,
el glorioso Obispo de Hispona nuestro gran
Padre San Agustin. En las noticias que ten-
mos de su vida, escrita por su discipulo
S. Pordisio, y en lo que habla de si mismo

el Santo en varias partes de sus obras se descubre muy bien que aquellas tres virtudes forman su carácter personal, y que animado de ellas gobierna á sus monjes, á sus clérigos y á su pueblo con caridad y con discreción.

H. Nosotros, Padres y hermanos unidos, que nos gloriamos de ser hijos de tan gran Padre, no lo seremos mas que en el nombre, si no heredamos su espíritu, sino copiamos su carácter en nuestras obras. Y muy en particular aquellos que son destinados por la divina Providencia, y colocados por los votos de sus hermanos en el Ministerio pastoral para gobernar y dirigir así todo el cuer-

ps de esta provincia de Andalucía), como cada
uno de sus conventos están obligados á conservar
en el orden de los eremitanos de S. Agustín
el espíritu de nuestro Santo Patriarca, gover-
nándonos con la fortaleza, con la caridad, con
la discrecion que caracterizó su gobierno, y qui-
so fuese hereditario en los sucesores de sus
tributos. Como Pablo á Timotheos nos habla y nos
dice que tengamos presente la gracia que
comunica el Espíritu Santo á los Prelados de
su Iglesia, y el espíritu no de temor sino
de fortaleza, de caridad y de discrecion con
que el mismo Santo gobernó á nuestros Padres
y quiere que sean gobernados todos sus hijos.

5. Ved aquí, Padres y hermanos míos, el blanco á que debéis atender, en las elecciones que habeis de hacer, y al que creo heuro atendido al elegir provincial para todos nosotros, y ved aquí tambien vosotros, los que habeis sido electos, y los que lo fueris en adelante, cual debe ser el caracter de vuestro gobierno. Un gobierno fuerte, caritativo y discreto: spiritum virtutis et dilectionis et sobrietatis.

6. Voy a hablar de la Sabiduría delante de varones perfectos por su estado poniendo á la vista de mi madre la provincia de Andalucía el grande ejemplo de nuestro Padre San Agustín, y deduciendo de un

conducta lecciones oportunas á los Prelados
que se eligen en este Capitulo para que i-
miten á aquel Santo Patriarca en el desempe-
ño de sus Prelacias. Pero soy deudos á sabios
e ignorantes en este sitio y no debe privarse
al pueblo devoto de instrucción ⁵congruente
porque no salgan de este templo con el corazón
vacio de doctrina. Templaré mi discurso y
mi estilo á la capacidad de unos y otros,
prefiriendo siempre que me tengan por
desahinado los sabios, por tal de que me
entiendan aun los mas ignorantes. Se-
guiré en esto el ejemplo de nuestro Sa-
dor San Agustín, que cometia de propío-

sito algun barbarismo, por hacerse enten-
der aun del mas rudo de sus Diocesanos.

7. Ahora, Señor, que he subido a este sitio
por mandato de mis Prelados, como que ten-
go un cierto derecho á que vos me asistais
con los auxilios necesarios de vuestra gracia.
Así es que me atrevo á pedirlos de justi-
cia para que yo acierte a decir lo que
debo, y vuestra palabra sea útil y prove-
chosa á mis amados Padres y Hermanos
y á todo este pueblo Cristiano que ha ve-
nido á oírlo. Pidámosla todos juntos
con eficacia por medio de la Virgen Maria.

8. El Prelado eclesiástico, el Prelado religioso,
y aun el Padre de familia debe estar animado
de espíritu de fortaleza, de una fortaleza inalte-
rable para contener la observancia, de una for-
taleza invencible para oponerse al desorden
como lo estuvo nuestro P. S. Agustín. Por es-
pacio de mas de cuarenta años gobernó á
sus monjes, y en todo este tiempo no sabemos
de cierto que les diese regla alguna por
escrito. Porque era tan inalterable el tesoro
de la observancia en su Monasterio, que
sin otra ley que la costumbre, ni otra regla
que la que se transmitian por tradicion
los unos á los otros, era bastante para

conservar todo el Sistema de la disciplina Monástica sin necesidad de Reglas escritas.

Esto mismo sucedió á la Iglesia en sus mejores días, porque Christo su fundador y Maestro habia de tal suerte gravado su ejemplo y penetrado de sus Maximas á los Apostoles, que cada uno de ellos era una ley viva, una regla inalterable de conducta para todos los fieles. Del mismo modo la fortaleza inalterable de nuestro Padre Agustino fué sola la que sostuvo el tesoro de la observancia en sus Monasterios. En ellos lo mismo se practica hoy que mañana. Sin alteraciones ni novedades sostenia aquel Padre comun el

misimo orden de ejercicios, el mismo metodo
de vida regular y constante, sin estrechar ni
aflojar en cosa alguna, el rigor de la
disciplina; y de esta suerte amoldada, digamos
lo así á sus hijos y hermanos, y les hacia so-
meterse y acostumbrarse al yugo de la vida
religiosa insensiblemente hasta practicar
sus obligaciones sin repugnancia con facilidad
y alegría.

2. De esta fortaleza inalterable para sostener
la obervancia invencible para oponerse al de-
sorden nos dejó nuestro amado Padre una pre-
ca muy singular en la firmeza con que sostuvo
la perfecta comunidad de bienes en el Mo-

monasterio de sus clérigos, ó llamencuorle su ca-
sa episcopal. Habia muerto en ella un Prebí-
tero propietario, y este caso que Meno de dolor
el corazón de Augustino, se habia divulga-
do por todo Hipona. El Santo para satisfa-
cer á su grey la reúne con el clero en el
Templo: les refiere la verdad del hecho o-
currido con Jaimario, y al mismo tiempo
propone á sus clérigos que no quieren con-
servar en su compañía, sino á los que pon-
gan en común todos sus bienes, como lo hicie-
ron los primeros Cristianos: les señala un
término preventivo para que dentro del
delibereu, cumplido el cual vuelva á con-

vocar á su pueblo, para manifestarles las
resultas de aquel primer sermón. Reflexóseles
como cada uno de sus Presbíteros y de sus mi-
nistros que habitaban con él habían puesto
todos sus bienes en común, y concluye diciendo:
- Os dije que quien no quisiere vivir en co-
mún lo separaría de mi casa, aunque no lo
suspendería de su Ministerio; pero ya que
todos habéis querido, que me lo habéis pro-
metido, que os habéis obligado á ello os
digo que al que hallare ser propietario,
no solo lo separaré de mi compañía, sino
que lo borraré del catálogo de mis clérigos.
Applé. enhorabuena de esta sentencia mía

a mil concilios: embarquese y vaya a donde
fuere a quejarse de mi dureza: este donde
estuviere. Dios me ayudará para que donde
yo soy obispo, él no sea clérigo. Adjuvabit
me Deus, ut ubi ego Episcopus sum, ille cleri-
cus esse non possit. Sentencia muy notable en
la dulzura de Agustino, que prueba cuán
constante era para sostener la observancia,
y resistir a los desordenes que amenazaban
introducirse en su comunidad.

Vo. Era inalterable e invencible esta fortaleza
de Agustino, no solo acerca de los puntos
capitales de la observancia, y de los desorde-
nes graves: mas también aun en cosas de

menor importancia. San Porcilio nos cuen-
ta que para evitar las murmuraciones en
la mesa tenía escritos al Santo Padre aquellos

versos:

Quisquis amat dictis absentium videre vitam

Hanc mensam indignam noverit esse sibi.

Mas concurriendo en cierta ocasion algunos
origen muy familiares, y amigos suyos á co-
mer en su casa, olvidados de aquella prevencion
que por escrito tenían á la vista empearon
á murmurar. Contra los cuales enojado nuestro
Santo Padre les reprendió con aspereza, dicen-
doles por conclusion: - Un a de dos ha de ser:
ó se borran los versos que están escritos, ó

me levanto de la mesa y me retiro á mi habitación, sino cesais en vuestra plaza. Y si alguno por inadvertencia jiraba en la mesa, era inmediatamente multado, privandolo de alguna porcion de comida o bebida. Con tal igual tiron sostenia en su Monasterio y en su casa el vigor de la disciplina aun en cosas que al parecer eran de poca monta.

15. Y á la verdad yo pienso que el fundamento mas sólido de un buen gobierno es esta fortaleza del Prelado, así para sostener lo bueno, como para oponerse á lo malo. Esta firmeza y constancia con que un Superior se presenta á sus Subditos todos los dias

igual y el primero para darles ejemplo en todos los puntos de la observancia: el primero en el Coro, el primero en el Refectorio: el primero en todos los actos de comunidad: igual á todos en la comida, en el vestido, en los trabajos y cargas del monasterio. El primero en la Modestia y en la humildad: en la paciencia y en la mansedumbre, en la oración y en el silencio: en el estudio y aplicación al desempeño de su ministerio. Esta constancia igual es efecto de aquella fortaleza de ánimo inalterable con que sostiene con su ejemplo el Abad de la observancia en sus subditos. Esta fortaleza vale mas cuando la ve

nos en el Prelado, que la Santa Regla, que las
Sagradas Constituciones, y que todas las Ac-
tas Capitulares. Porque, si estas son la Nor-
ma propia que debemos dirigir nuestras accio-
nes, son una Norma muerta; pero el ejemplo
constante é inalterable del Superior, del Pa-
dre de familias es la ley viva y en acción
como la llamaba Aristóteles, que no solo en-
seña, sino que anima é impete á su imi-
tación.

82. No es esta fortaleza, a de que hablo, aquella
fuerza ó ímpetu de humor que caracteriza
á ciertos hombres ácidos y duros, los cuales
se hacen intolerables á sus Subditos, por-

que todo lo quieren gobernar á fuerza de gri-
tos, de ásperas reprehensiones y de castigos.

No es aquella fortaleza de ciertos hombres
inconstructos, que después de una época de
total disimulo se levantan de mal humor
un día, y todo lo quieren componer á para-
zos. No es aquella fortaleza de algunos malicia-
dos que se ostentan inexorables y crueles pa-
ra castigar los mas ligeros defectos de sus
contrarios ó poco afectos; al paro que disi-
mulan y hacen la vista gorda á los graves
desórdenes de sus ahijados. No es aquella for-
taleza hipócrita de los que blandos y suaves
para sí mismos, todo se lo dispensan, al pa-

so que en sus pobres subditos todo lo llevan
á sangre y fuego. Es la fortaleza de que yo
hablo aquella virtud que toca de un extremo
á otro de la observancia, y lo dispone todo con
suavidad admirable. semejante á la fuerza
de la atraccion con que insensible pero irresistiblemente lleva el Sol en pos de sí á todos los
astros de nuestro sistema planetario, comuni-
candoles un movimiento igual, apacible,
inalterable y armonioso.

B. Decia tambien que esta fortaleza habria
de ser invencible para resistir al desorden
porque: Que cosa mas contraria al sistema
de un buen gobierno que aquellos blandu-

ra y flojedad, aquella condescendencia y apa-
tia con que un Superior deja hacer á cada uno
lo que le da la gana por no incomodarlo,
por no incomodarse, por no hacerse eneunigos,
por no atreverse á chocar frente á frente con
los culpados? Si no tienes fortaleza para ven-
cer el ímpetu del desorden, que intenta intro-
ducir en tu comunidad el relajado: y Para
que solicites ni te atreves á admitir pre-
laciones, y á ser juez entre tus hermanos? Nos
dice el Espíritu Santo. Para admitir este
cargo es necesario estar dispuestos á luchar
contra la injusticia hasta dejar la vida
en la demanda. Pro iustitia agnoscere

pro anima tua et usque ad mortem certa pro
justitia, seguro de la ayuda de Dios, que á tu la-
do peleará en tu favor y derrotará á tus ene-
migos. Et Deus expugnabit pro te inimicos
tuos.

14. Bien se yo que el Prelado querrá excu-
sar su debilidad, diciendo que son desórdenes
los que encuentra arraigados en su Comu-
nidad, autorizados por la costumbre, tolera-
dos por sus antecesores, y disminuidos por
los Prelados Provinciales y aun Generales; y
procurará aquietar su conciencia con aquella
máxima de nuestro Santo Padre. Perpetuanda
sunt vitia multitudinis, ut curentur, et

prinus toleranda quam sedanda est pestilen-
tia). Pero ya vemos que este diviniendo que
aquí aprueba nuestro Santo Padre es cosa muy
distinta del abandono: y esta tolerancia no
ha de ser perpetua. Perpetuanda, ut curentur;
prinus toleranda quam sedanda. Y no habria
inconveniente en usar de este diviniendo, de es-
ta tolerancia, si tuviesen al mismo tiempo
presente las suplicas aquel otro dicho in-
table del mismo Santo. Soy de los pecados
de los hombres, de los cuales solo se detentan
los raras y no comunes; pero los ya admiti-
dos por la costumbre, aunque sean de aque-
llos por cuyo perdón derramó su sangre

Hijos de Dios: de aquellos que cierran la puerta del cielo a quien los comete. No obstante, a fuerza de verlos cometer los vamos tolerando y tolerandolos nos precipitamos a cometer algunos, y ojala no aparezcamos veos de todos aquellos que nos pareció imposible prohibir ni estorbar. Utinam, o Domine! non omnia quae non potuerimus prohibere faceremus.

NB. Mucho podria añadir sobre el espíritu de fortaleza, base y cimientos del buen Prelado: pero es necesario hablar tambien del espíritu de caridad, que es como la estructura y del espíritu de discrecion que es la corona del Ministerio.

Pasemos pues á hablar del espíritu de caridad, ~~que es cosa~~ ^{que es cosa} ~~la~~ ^{la} de que deben estar animados los Superiores.

Nº. Debe estar animado el Superior de la caridad y amor á su Dios, no menos que de la caridad y amor á sus Súbditos. Del amor á su Dios: que por eso, habiendo de elegir Cristo Señor nuestro á Pedro, por Pastor de todo su Rebaño, y cabeza de su Iglesia, le pregunta antes hasta tres veces, Si le amaba? Y aun si le amaba mas que todos sus compañeros? Simon Petre, diligis me plus his? Porque el apacentar la ley de Jesucristo es un oficio de puro amor

dice nuestro Padre San Agustín: Sit aurovis
officium pascere dormitum gregem. Yes como
si le dijera, continua el Santo: Si me amas,
no pienses que te apacientas á tu mismo,
sino á unas ovejas que son mías, á las
que debes mirar y tratar como propias
de un amo á quien amas tanto: debes bus-
car en ellas mi gloria, no la tuya: mi do-
minio, no el tuyo: mis ganancias y no las
tuyas.

N. Sautier debe animar al superior la ca-
ridad y amor á sus subditos. Por lo cual
nuestro Maestro y Preceptor J. C. hablan-
do de sí mismo, y proponiéndose como

modelos de Prelados, pone esta diferencia en
tre el Pastor legítimo y el mercenario: que
el Pastor se olvida de si mismo por aten-
der al bien de sus ovejas; pero el Mercena-
rio descuida y abandona á sus ovejas por cui-
dar de su propio negocio. En este el amor
propio sufoca y extingue el amor que debía
á su grey: en aquel el amor á su grey le ha-
ce sufocar su amor propio.

SB. Nuestro Padre Augustino fué en esta
parte un perfecto modelo de Prelados. Nació
siempre á sus ovejas no como suyas, sino
como de Christo. Y el amor á su Dios le inter-
esaba tanto en la salud de su rebaño,

que le hacía exclamar frecuentemente de
laute de su pueblo - i que quieros yo? i que
deseo? i que apetezco? Porque hablo? Porque
estoy en esta catedra sentado? Porque vivo mis
para que juntos conmigo vosotros todos viva
mos en J. C. Este es mi unico deseo, mi unico
honor, mi gloria, mi gozo, mi herencia y todo
mi bien. Si no me oyecis y yo os hablare ha
bre salvado mi alma, pero no quiero ser
salvo sin vosotros. Nolo salvus esse sine vobis.
No me afligais, hijos mios, con vuestras ma
las costumbres, porque en este destierro
nada me conplace sino vuestra buena vida.
No quiero segura mi salvacion, perdidas mis

osijas Luis con ellas. Adumms mercedem no-
tram securam esse vobis perditis, sed vobis inven-
tis. Habria de copiar la mayor parte de
sus cartas, si os hubiere de ofrecer tantos hechos
como prueban esclarecidamente que su An-
gustino fue en sus escritos Doctor de la Ca-
ridad fue tambien en su gobierno un Pre-
lado, todo amor á su Dios y á sus subditos
Por eso lo buscaban los buenos, los malos y aun
los mismos herejes y idolatras, conociendo la
dulzura de su caracter y sus tiernas y amorosas
entrañas, y todos hallaban en el un Padre
compasivo, que sabia acomodarse á las necesi-
dades, á la ignorancia, á la debilidad de sus

ovejas á fin de ganarlas para J. C. Por eso en su santa Regla da á los Prelados este aviso que debemos mirar como fundamentos de su conducta. El que llevare entre vosotros las riendas del gobierno, no se considere feliz por la autoridad con que manda, sino por el amor y caridad con que sirve á sus subditos. Debe corregir á los inquietos, consolar á los pusilánimes, acariciar á los débiles, y ser paciente para con todos.

19. Porque, á la verdad, Padres y hermanos míos, no es prueba de la habilidad de un Prelado, llevarse bien y conducirse aurorosamente á los obrenantes, á los fuertes, y dóciles. Lo

que prueba mas que ninguna cosa la caridad

y el amor del Prelado á sus ovejas, es el mo-

do con que trata á las inquietas, á las flacas,

á las enfermas. Nisi sic probat spiritalem

vivunt, quam peccati alicui tractatio. A-

cerca de lo cual i que podre yo decir me-

gor que lo que nos enseña nuestro Santo Pa-

dre, exponiendo aquello del Apóstol á los Galatas!

— Operumque vultus, dice San Pablo: si alguno

de vosotros fuere hallado vicio de alguno cri-

men, vosotros que sois espirituales, advertidlo,

reconviniendo en espíritu de mansedumbre,

poniendo ante vuestros ojos que podeis

ser tentados como el lo fue, y caer lo mis-

mo que el ha caído. Guarde y conserve, dice el San-
to Padre, el Superior la paz en su corazón y
el amor á sus hermanos, contemplando que se ha-
lla en igual peligro de llegar á ser delin-
cuente como el lo ha sido: suba ó baje enton-
ces buena el tono de la reprehensión, aco-
modándose á lo que exige el carácter del
reos: Reprehéndalo entonra buena, pero re-
prehéndalo con moderación: in modestia
corripicentem, conservándole amor y ternura
en su voluntad, aunque sazone la corre-
cción con alguna acrimonia medicinal. Pa-
ra esto, continúa el Santo, nunca ha de de-
jar el Superior á corregir al Subdito, sin

habese antes examinado á si mismo detenido
y sinceramente, y estar cierto y seguro delante
de Dios, que solo procede impulsado por cari-
dad: que, si no obstante eso, el subdito recibe
mal tu amonestacion, si te insulta, si te ame-
naza, si te persigue, detente: no te precipites;
no abras tu boca hasta curar en ti la impre-
sion que ha hecho en tu animo su mal pro-
ceder; no sea que te dejes llevar del resentí-
miento, y este te conduzca á la venganza, y ha-
gas á tu lengua instrumento de iniquidad
colviendo mal por mal, y maldicion por mal-
dicion: porque cuanto dijeres con el animo
aún conmovido es ímpetu de colera y de enojo

no amor de correccion caritativa. Quidquid la-
cerato Animo dixeris, purientis est iurpetus, non
charitas corrigentis. Amalo, y entonces dile lo
que quisieres. Dilige, et dic quod voles. Hea!
que efectos tan admirables he tocado por
la experiencia en mi mismo, y he visto pro-
ducir en algunos de nuestros hermanos esta
clase de correcciones dadas en caridad! Pueden
doler al pronto demasiado, dice nuestro San-
to Padre, pero despues entrando el res den-
tro de si mismo conoce la justicia y aun
con que lo trató su Prelado, y aunque le
escocia al principio la fuerza caritativa,
poco á poco va calmando el dolor, y logran

venen sanos y libres de su enfermedad, lo que
no habrian conseguido, si esperase el Prelado
a curar al Subdito enfermo, cuando el qui-
era le aplicasen la medicina quando eum
liberet aut uri aut secari.

No. Mas insensiblemente toco ya en este otro-
er dote de que debe estar adornado el Superior
que es la discrecion, la cual virtud, si no estu-
viese acompañada de la caridad, se converti-
ria en una fria insensibilidad, y serviria de
pretexto a la inaccion de un Prelado inepto
que por no atreverse a hacer nada se llamaria
discreto: como por el contrario, si todo en el Supe-
rior fuese fervor de ardiente caridad, sin el

temperamento de la discrecion, aquel fuego lo
precipitatoria á cada paso á cometer mil im-
prudencias. Por eso decia el P. San Bernardo
que solo es loable aquel Prelado en quien el
fervor de la caridad anima á la discrecion y
la discrecion modera el fervor de la caridad.
*Quatenus et fervor discretionem erigat, et dis-
cretio fervorem regat.*

24. En nuestro Santo Padre anduvieron es-
tas dos virtudes siempre bien unidas, que
con ser tanto como acabais de oir el fervor
de su caridad, nunca degeneró en indiscrecion
y con ser tal su discrecion que bastó á mode-
rar el fuego de su caridad ardentísima, nunca

calo entibio ni entroprecio in celo caritativo.

El Santo Obispo Poridio, su discipulo y com-
pañero descifra esta discrecion de nuestro San-
to Padre en estas palabras de su vida. Las
inobervancias y transgresiones de sus subditos,
las reprehendia y las toleraba en cuanto e-
ra decente y oportuno. Arguebat et tolera-
bat, quantum decebat et oportebat. Saber
cuando y que cosas deben reprehenderse: man-
do y que cosas pueden tolerarse: reprehen-
der con decoro: tolerar con prudente disimulo,
en esto consiste la discrecion: este es el espí-
ritu de Sobriedad: spiritum Sobrietatis. Deu-
no y otro os dare un ejemplo en el gobierno

de nuestro Santo Padre.

22. Habíase suscitado una gran discordia entre los Monjes Cartagineses afirmando unos que debían trabajar de manos y otros negándolo.

Algunos también de muy buena conducta se habían empeñado en sostener que debían los Monjes conservar su cabello contra la opinión y práctica de los mas que andaban torcidos. Nuestro Padre escribió su obra De opere Monachorum a ruego de Aurelio Obispo de Cartago, en la que prueba admirablemente con el precepto y ejemplo de San Pablo la obligación de trabajar de manos para ganar el sustento sin ser gravosos á la República.

Y hablando despues con aquellos Monjes de vir-
tud y respeto que estaban á favor del cabello,
Ved con quanto decoro les reprehende para no
ofenderlos. Hay entre los hermanos fuertes y los
debiles muy amargas y peligrosas disputas,
cuyas consecuencias fatales, si bien las medita
son aquellos que en todo lo demas son objetos
de nuestro amor y de nuestra admiracion, sin
duda alguna se irian a la mano, y escusa-
rian toda discordia. No nos atrevemos á cor-
regirlos ni á reprehenderlos, sino que les ro-
gamos y suplicamos por la divinidad y
humanidad de nuestro Señor Jesu Christo,
y por la caridad del Espiritu Santo, no

den en adelante esta ocasion de tropiezo y man-
dats á los debiles por quienes uniuo J. G.
ni quieran aumentar el dolor de nuestro co-
razon, cuando pensamos cuan poderosamente
obra en los malos el mal ejemplo de malos va-
rones tan dignos de honor y de estimacion.
Que si despues de esta manifestacion ó mas
bien suplica que les hacemos, se mantienen
en su modo de pensar, nada haremos mas que
sentirlo y llorarlos. Sepants asi, y basta. Si son
siervos de Dios se compadecerian de mí. Si no se
compadecen, no quiero decirles cosa que les o-
fenda, ni añadir palabras mas graves. Hec uoce
rint, sufficit. Si deui Deus sunt, Miserentur: nolo

quidquam gravius dicere. Trataba el Santo
con unos cascos de conducta ejemplar que por
un capricho perturbaban la paz de sus herma-
nos, y cuidaba con caritativo discrecion de no
romper la caña curada, ni encender de un so-
plo la estopa humeando. Esto es: procuraba
no exasperar á los buenos irritandolos con
dureza de asperas reprehensiones; sino mas
bien buscaba su enmienda con reconven-
ciones suaves y amorosas.

23. Del cita suerte arguia nuestro Santo
Padre con decoro. Arguebat quantum de-
cebat. Suscitose un alboroto en un Monaste-
rio de Morjas de Hispona sobre imitacion

de Itelacta, de lo cual avisaron al Santo para que
acudiese á tranquilizarlas. Augustino se hizo
desentendido, las dejó y expresó á que se bonga-
ran, y después les escribe diciéndoles: La seve-
ridad siempre está dispuesta á castigar los
pecados que halla en sus subditos; pero la be-
nidad no quiere encontrar en ellos nada digno
de castigo. Esta fue la causa de que avisado, no
fuese á visitaros cuando me buscabais, no para
aumentar el gozo de vuestra paz como vuestros
disturbios y discusiones. Porque si iba, presen-
ciando vuestro tumulto, no lo podría disi-
mular: me hubiera visto obligado á casti-
garlo: quizá se habría aumentado con mi

presencia), y ni yo os habria encontrado tales
deseos, ni vosotras me habriais hallado mal me
esperabais. Ah! á veces, debe disimular el Pre-
do dando lugar á la ira del Subdito, y esperan-
do tiempo oportuno en que reciba mejor la
correccion. Tolerabat quantum oportebat.

24. Toleraba oportunamente Augustino, difi-
ciendo la correccion para cuando no se siguie-
se de ella mas dano á los proximos á quienes
se manifestaba el delito del vicio, que provecho
podria resultar al corregido; el cual ven-
dore difamado con el castigo público, lejos
de enmendarse perdía el freno del pudor
y se abandonaba al desorden. Vióse esto

en el caso del Monje Esperanza y del Prestitero
Bonifacio que se acusaban mutuamente de un
grave delito, sin producir pruebas suficientes u
no ni otro. Por largo tiempo me estubo ator-
mentando este asunto, dice nuestro Santo Padre:
primero pensé dejarlo a Dios esperando a
que uno de ellos cometiese alguna falta
la cual me sirviese de pretexto para arro-
jarlo de mi compañía, pero Esperanza me
instaba porque lo ordenase Prestitero, ó le
diese dispensación para ser ordenado fuera
de mi Diócesis a lo que nunca me condes-
cendí. Conociendo la causa que me dese-
niaba se me queja de Bonifacio intrusador.

y me pide que lo suspenda del Sacerdocio, ya
que á él no se le permite entrar en este grado.

Comprometido así y estrechado por ambos
todavía aspiraba á que permaneciese o
culto este negocio tan desagradable, y lo
redujere á que pretextando motivo de
piedad, fuesen á visitar el sepulcro de
San Felix Nolasco, á donde el Señor se servi-
ría declarar con alguna señal manifesta
cual de los dos era el inocente, cual era el cul-
pado. Mas á pesar de todas mis diligen-
cias este dolor que aflige gravísimamente
mi alma ha venido á noticia de todos
vosotros: yo lo habia reprimido: habia

tolerado, habia callado hasta aquí por no afli-
jeron sin provecho alguno. Ahora que ya
todo lo sabeis le decia á mi pueblo, os pido
que no agraveis mi pena y mis tormentos
con falsas sospechas y pecados ajenos. Porque
sucede en estos casos, y ya sucedia así en tiem-
po de nuestro Santo Padre, sucede en estos casos
que viendo caer en algun delito á un Obispo,
á un Clerigo, á un Monje, á una Virgen con-
sagrada á Dios, ya creen los malvados, y lo
verifican y lo defienden, que todos son tales
aunque de todos no se sepa otro tanto. Sa-
ben estos mismos que adulteró una casa
da, mas no por eso se apartan de sus

mujeres, ni acusan de adulterio á sus madres:

pero en diciendose, sea cierto ó sea falso,

aquel clérigo ó aquel fraile ha caído, ja to-

dos los clérigos, todos los frailes, todos los ecle-

siaísticos se juzgan por un mismo rasero: á

todos se les atribuye el delito del uno ó de

pocos, y todos son tales para estas gentes.

Quia autem de aliquibus qui sanctum no-

men profiteantur aliquid criminis, vel fas-

si bonerit, vel veri praverit, imbuti, salta-

quut, ambiant ut de omnibus hoc credatur.

Pues hijos míos, porque no os escandaliceis

os digo, que por mas escuero que tenga en

cuidar y velar sobre la conducta de los

que viven en mi compañía, soy hombre y vi-
vo con hombres, y no me jacto de que sea mas ar-
reglada mi casa, que el Ana de Eze donde hu-
bo un Cain, ni que la casa de Abraham
de donde salió un Hemaet, ni que la de Is-
sacac que tuvo un Esau, ni de Jacob cuyo
hijo manchó con torpe incesto el lecho de
su madre, ni que la de David en donde
vió Aaron a Shamar: ni que la Santa
sociedad del Apóstol en la que todos iban
á su negocio, no al de J. C. excepto Timotheo;
ni es mi Monasterio mejor que el Colegio
de los Apóstoles entre los cuales hubo un
Judas que vendió a su Maestro: ni

mejor finalmente que el cielo de donde cayeron precipitados los Angeles malos. Ved, Padres y Hermanos unis, que golpes de elocucion celestial para transigir un asunto tan espinoso, sin perjuicio de nadie y con aprovechamiento de todos.

25. Pero ya tengo haber sido indiscreto abusando de vuestra paciencia demasiado. Perdonadme, y rogarme de disculpa que hablaba de la discrecion nuestro Santo Padre, ó mas bien le hacia hablar tejendo mi discurso con sus propias palabras. Siempre es de cerrarlo exhortandoos á poner la vista en el dechado de Prelados, en nuevos

glorioso Patriarca Agustino, cuyos hijos somos,
cuya Regla profesamos, cuya conducta debe-
mos imitar principalmente los Prelados
y Superiores de esta Sacra Provincia. Proce-
damos del espíritu de fortaleza inalterable pa-
ra mantener el vigor de la disciplina,
inmovible para oponerse al desorden y la
relajación. Del espíritu de caridad que os
haga cuidar de vuestros rebaños como de
corderos como ovejas de Cristo, redimidas
con su preciosa sangre, y como hermanos
vuestros amando, con toda la ternura
de un corazón verdaderamente paternal.
Del espíritu de discreción que sin blanduras

Ni condescendencias criminales se otorgare a las
circunstancias, Veprehendiendo unas veces pero con
decoro, y tolerando otras para remediar los males
en tiempos oportunos. Este es el espíritu de que deben
estar animados los Prelados de la Iglesia de Cristo; es
el espíritu que se comunicó a Timotheo por la im-
posición de las manos de Pablo: este es el espíritu que
brilla y resplandece en el gobierno de nuestro Santo
Sacro Patriarca, y según este espíritu quiera que
sean gobernados sus hijos, no con espíritu de leuon
sino de fortaleza, de caridad y de discrecion. virtutis
et dilectionis et sobrietatis.

N. B. Venid, venid, o Espíritu Santo, y llenad los
pechos de estos Sacros Pastores de este triple espíritu

que solo comunicandose los unos con los otros puede ser legíti-
mo y verdadero. De aquí van á partir para go-
bernar treinta y seis Monasterios, como partieron de
Jerusalén los Apóstoles para fundar y gobernar Igle-
sias por toda la redondez de la Tierra. Antes que re-
ciban esta misión vedlos aquí congregados como aquellos
en el Cenáculo y portados en vuestra presencia) pidién-
dolos humildemente y esperando que inundéis nues-
tras almas con vuestra gracia para desempeñar
sus Prelacias y Ministerios. No os hagáis sordo á nues-
tras suplicas, oidlas de vuestro siervo Agustino,
que interesado en el bien de estos hijos suyos os
pide por vosotros en este día: oid las de tantas
hermanos nuestros que aliucenados en otro tiem-

pos á los pechos de esta Madre común, la provin-
 cia de Andalucía ruegan ahora á favor nuestro y
 se interesan en nuestro bien. Descended á este tem-
 plo para que salgais convertidos en hombres nue-
 vos capaces de arrostrar todos los peligros con
 fortaleza, ardiendo en el fuego de vuestro amor
 santo, y llenos de vuestra celestial sabiduría los
 que han venido á implorar vuestra luz y vues-
 tra gracia. Amen.

Este sermón es copia de su original (n.º 11). Se pre-
 dió en Capitulo Pro-
 vincial de 1819, por el P. M. Fr. José de Jesús Muñoz, agustiniense
 Cordobés.

que el presente es el primer libro de la serie
de la biblioteca de la Universidad de la Habana

que se ha formado en la Universidad de la Habana
por el Sr. D. Juan de los Rios y Arce

que se ha formado en la Universidad de la Habana
por el Sr. D. Juan de los Rios y Arce

que se ha formado en la Universidad de la Habana
por el Sr. D. Juan de los Rios y Arce

que se ha formado en la Universidad de la Habana
por el Sr. D. Juan de los Rios y Arce

que se ha formado en la Universidad de la Habana
por el Sr. D. Juan de los Rios y Arce

que se ha formado en la Universidad de la Habana
por el Sr. D. Juan de los Rios y Arce

Sermon

Predicado en el octavario de la
Invenzion de las reliquias de los Santos
Martires cordobeses.

por

U. P. Mtro Fr. Jose de Jesus Muñoz.

4828 — 6 — 8829.

Ossa ipsius visitata sunt et post
mortem prophetaverunt. Ecclesiast.
C. 49 - v. 18.

5. Si consideramos atentamente la conducta
del Señor con el Patriarca Abraham, hallaremos
en ella rasgos admirables de su adorable pro-
videncia y de su infinita sabiduría. Una y
otra vez, le promete que le daría a él y a su
posteridad aquella tierra fertilísima de Ca-
naan, á la que le había conducido, mandándole
que saliera de la Mesopotamia, y abandonar
la casa de sus Padres; y esta promesa se la
confirma con un juramento solemne. Mas a
pesar de esto, no le permite, ni a él ni a su
hijo Isaac, ni a su nieto Jacob, que adquirieran

en ella ni un palmo de tierra en propiedad; sino
que como dice San Pablo, aquellos tres grandes
Patriarcas viven sus dilatados años, en aquel
país peregrinos, errantes, llevando de huscabo
á otro sus aduaries y tiendas de campaña
y todo el mueble y menage de sus familias,
en busca de pastos y deesas mas fértiles para
manutencion de sus grandes rebaños. Pero en
medio de este deyrondimiento vemos que
muerta Saara, Abram compró en 400 siclos
de plata á Ephron Heteo aquella cueva
doble con el campo, y heredad y arbolado que le
pertenecian, para que sirviese de sepulcro á
su esposa difunta; y es muy notable el cuadro

do que despues tuvieron todos sus descendientes,
en conservar aquella propiedad, y el empeño que
hicieron en que fuese la misma cueva doble el
panteon comun de todos los padres y madres
de su familia. Allí fúe enterrado Abraham. Allí
llevaron Jacob y Esau el cadaver de su padre Isaac.
allí mando Jacob á sus hijos y á Joseph especial, que
condujeren tambien su cadaver, exigiendo de este
que se obligase á hacerlo así, con formal juramen-
to. Al tiempo de morir congregados sus hijos,
despues de bendecirlos les dice: Veis que voy
á reunirme á mi pueblo: Sepultadme con mis
padres en cueva-doble, en el campo de Ephron

Notas, frente de Mambré en Canaan, heredad
que compró Abraham para sepulcro suyo y
de sus descendientes. Allí está el enterrado y mi
abuela Sara: allí lo están mis padres Isaac
y Rebeca, y mi esposa Lia. Así lo hicieron y
finalmente Jose murió después, diciendo á sus
hermanos: Dios os visitara: conservad mis huesos,
y cuando salgais de este pais conduciéldos á la
tierra de Canaan. Los cuales cumplieron
exactamente el mandato de su hermano, y en-
trados que fueron los Israelitas, en la tierra de
Promisión, y habiendo tomado posesion de ella,
sepultaron los huesos de Jose en Sichem en otro
campo que Jacob años atras habia comprado

A los hijos de Hemor en cien borregos y quedó
en juro y perpetua heredad de sus descendien-
tes.

2. ¿Porque tanto desprendimiento en estos Pa-
triarcas á un país que Dios les habia dado, y
tanta solícitud en poseer en el propio sepulcro?
¿Porque emigraban tan facilmente de un país
que habia de ser la posesion de toda su descen-
dencia, unas veces trasladandose á Egipto, otras
á Gerara; y tanto esmero en que sus huesos se
conservasen en el centro mismo de la Judea, colo-
cados en un sepulcro Nacional, digamoslo así, pú-
blico y patente á los ojos de todo Israelita? To-
davia no se habian consumado en tiempo de a-

quello Patriarca, la Maldad de los Cananeos:
todavía no era llegada la época en que merecie-
ron al fin su total exterminio, pero ya desde en-
tonces prometo el Señor la posesion de aquel pais
a Abraham y sus descendientes, para que en el
cumplimiento de esta promesa viese á las cla-
ras despues el pueblo hebreo la omnipotencia
y sabiduria infinita de Dios, que así se lo habia
anunciado á sus padres, y se lo cumplia á ellos.
Y aun la época que corrió desde la promesa hasta
su cumplimiento, sirvió para ejercitar la fe de
los posteriores, y para enseñar á unos y á otros,
que ademas de lo que contenia aquella en la
corteza de la letra, encerraba otros bienes, otros pais,

otra posesion que gozaron y gozan los Patriarcas, y á
que debian aspirar toda su posteridad numerosa.
Por eso yacen sepultados sus cuerpos en la tierra
que no poseyeron en vida para significar que vivian
ellos en la presencia de aquel Señor para quien na-
da muere, gozaban de la verdadera tierra prometi-
da, y vivian bienaventurados formando el pueblo
escogido de Dios en el Reino del cielo. Y aquella bue-
va doble donde yacen sepultados Abraham, Isaac
y Jacob, es al mismo tiempo un monumento prepa-
rado por la divina providencia, en medio de Is-
rael, que recordaba y recordará á los Judios de to-
dos los siglos la tierra yacendado ~~fo~~ de sus gran-
des progenitores, un vivo y poderoso testimonio

que los anima y excita a imitar sus virtudes,
y un seguro garante del cumplimiento de las
demás promesas que se han hecho a' aquel pue-
blo, y de todas las profecías, que no han visto
realizadas hasta hoy y se realizarán algún día.

3. Tan fecunda es la Sabiduría de Dios en los
fines que se propone: unos mismos hechos pueden
considerarse bajo muchos y muy distintos respectos,
todos útiles, todos santos, y aun por el mismo cur-
so natural de las cosas conduce a' fines sobrenat-
urales a' sus escogidos. Puso aquí en el sepulcro
los huesos de los valientes varones que derramaron
su sangre por amor de Cristo en nuestra patria,
y ha querido conservarlos y manifestarlos des-

pues de tantos años como yacieron ocultos, para
que á la manera que los de los Patriarcas en la Ju-
dea sean para todos los cordobeses monumentos
indelebles de la fe de nuestros mayores, estremos
eficaces de la fe de nosotros y garantes seguros
de la fe de nuestros descendientes. Voy a explica-
ros estos tres respectos bajo los cuales debemos mi-
rar esas santas Reliquias para nuestro consuelo
y aprovechamiento. Dios nuestro Señor me dé sa-
guicia para hacerlo bien y con fruto, siquiere por
la intercesion de Maria Santísima, á quien salu-
daremos fervorosos diciéndole. Ave Maria.

4 Estas santas Reliquias son un monumento

elocuente y eterno de la fe de nuestros mayores
que silenciosos nos dicen: Alécremos, no como cree-
mos nosotros. No nos dejaron templos fundados por
su generosidad religiosa; no piegas dotadas por
su devoción; no tratados escritos para instrucción
y fomento de nuestra piedad; no nos dejaron más
sus cenizas, sus huesos teñidos en su sangre y tortados
por la violencia del fuego que casi consumió sus ca-
dáveres. Perpetuables son por cierto y dignos de to-
do aprecio aquellos otros monumentos de nues-
tros mayores que aun disfrutamos: los templos,
las fundaciones piadosas, los libros devotos; pero
ningunos más elocuentes que los que tenemos
á la vista en ese relicario. Aquellos cristianos

sacrificaron los intereses que no podían continuar
disfrutando despues de su muerte en obsequio de la
Religion levantando templos y dotando el culto
publico como lo vemos en el dia: otros consagraron
sus barcas á la edificacion de los fieles. Otros ofrecieron
sus vidas en holocausto por la fé de Cristo nuestro
Señor, sellaron con su sangre las promesas de su
bautismo, y perseveraron constantes en la profe-
sion del Evangelio en medio de las persecuciones
de los tormentos, y en el suplicio. Desde que a-
brazaron la doctrina cristiana que les anuncia-
ban los primeros varones apostolicos que habian lle-
gado hasta nuestra patria conocieron muy bien
todos los peligros á que se exponian solo por

ser cristianos. Desde que renunciaron la Seda
nas y á sus enjuños, al mundo y á sus vani-
dades, á la carne y á sus placeres, no solo des-
prendieron su corazón de todas estas cosas, como
se nos pide á nosotros al entrar en la Iglesia, sino
que efectivamente desde aquel momento se vieron
enfrentados en una lucha pública y sangrienta
con las autoridades que gobernaban esta ciudad
á nombre de los Emperadores Romanos, con la
mayor y mas esclarecida parte de sus paí-
sanos, y acaso con muchos de sus amigos y
de sus parientes. Exigían aquellos la re-
verencia y el culto de sus falsos dioses de to-
dos los cordobeses: zelaban y perseguían á

los que no asistían á sus templos, ni ofrecían sacrificios á los ídolos: para descubrirlos hacían las mas vigorosas pesquisas y premiaban á los delatores. Descubiertos y convencidos los Cristianos no habia medio entre apartarse de la Religion de Jemurito, ó ser castigados con todo género de suplicios hasta entregar sus vidas en un patibulo, y ser confiscados sus bienes y perdidas sus familias. Veianse observados por todos, despreciados por los grandes y nobles, siempre en luto como solenon decir: viviendo á sombra de azedado, escondiendose para desahogar sus almas fervorosas en los ejercicios comunes de su Religion; penados y afligidos al contemplar la diso-

lucion general, gentes angustiae afflictae. El
paso que las gentes de tous de esta Cordoba
vivian seguros, alegres y abundantes, y en los
juegos publicos, en los espectaculos, en los tem-
plos se regocijaban tributando á sus Dioses un
culto sacrilego y lascivo, que lejos de oponerse fo-
mentaba y aun autorizaba sus desordenes,
inflamaba y satisfacia sus mas violentas y mas
vergonzosas pasiones: ellos arrinconados, medrosos,
iban huyendo de las gentes, sin atreverse á dar
la cara en ningun concurso: sufriendo el despre-
cio, los insultos, las injurias de los gentiles con
paciencia y con mansedumbre invencible:
maledictum et benedictum. persecutionem

patimur et sustinemus; y está en los intervalos
de alguna tolerancia y de algún disimulo pero
aun en estos temblando se renovase el furor de las
persecuciones. Llegadas estas, ya no había hora segun-
ra. todos los días se reproducian nuevas alarmas
en el pueblo contra los cristianos. ya los amenazan
con el dedo, amenazaban delattestos á cada
momento: al fin eran arrastrados á los tribunales, y
la ciudad de Córdoba pedía á gritos descompasa-
dos, como suele un pueblo frenético el exterminio
de aquellos inpios, que si hasta aquel punto ha-
bían aparecido tímidos y cobardes, entonces de
repente se presentaban intrepidos y animosos,
vencidos á conquistar su felicidad eterna á true-

que de perder su vida precedera. Viáseles respon-
der con firmeza al tirano, padecer con resignación
los tormentos, despreciar igualmente las prome-
sas y las amenazas: superiores á cuanto el mun-
do les ofrecía o les quitaba: sus ojos, su corazón
puestos en el cielo, dejaban sus benditas almas á
sus cuerpos sobre este suelo tinto en su sangre pre-
ciosa, derramada en prueba, en testimonio
en obsequio de la fe de Cristo Jesús su Dios, su Red-
tor, su corona, su digna recompensa: sors et corona
premiun. Así creyeron Ainelos y Victoria: así
Jausto, Januario y Marcial: así las almas fe-
lices y bienaventuradas que culminaron esos sa-
grados huesos, monumentos por tanto los mas

elocuentes y duraderos de la fe de nuestros mayores.

5- Estímulos también eficaces de la fe de nosotros.

Pero ¿Acaso necesita Nuestra fe de tales estímulos?

Y caso que los hubiese de necesitar, ¿No los tiene

mas vivos mas poderosos, a la presente, esto que ve

y toca a cada paso? Templos magníficos, imágenes

devotas, funciones religiosas, celebradas con pompa

y magnitud, ministros respetables y respetados en

abundante número, protección decidida de las au-

toridades a favor de la Religión y de los Religiosos.

Por cierto, ninguno de estos estímulos tuvieron esos

santos Mártires para creer. No había en sus días

en Córdoba Agencias públicas, y solo servían las

mismas casas de los cristianos de templos en las
ocasiones en que se reunían en las mas capaces y
decentes para celebrar en ellas los santos misterios:
y estos misterios se celebraban con la mayor sen-
cillez, sin ningun aparato, y en secreto, y de no-
che y con mucho cuidado para evitar sorpresa
y con ella una profanacion. Los ministros muy
pocos y pobres y disfrazados vestían como el res-
to de la plebe, y no se acudia a ellos sin algun
peligro, porque llegado la persecucion eran
por lo regular las primeras victimas; y las
autoridades, como antes decíamos, y todas las
clases de esta gran poblacion despreciaba, abor-
recia y perseguia de muerte la Religion de

(~~los Cristianos~~) Jesucristo y a los Cristianos. En una
palabra, si comparáramos la situación en que se ha-
llaron aquellos héroes de la Religión con las circuns-
tancias en que nos hallamos en el día, echáramos de
ver que si á ellos todo los retrahía de la profesión
de la fe de Cristo, á nosotros todo nos convidaba á
abrazarla. Ellos fueron tenidos por fatuos y por
necios, porque se exponían á la persecución y á la
muerte por conservar su fe, la cual se miraba en-
tonces como un fanatismo. Nos esultati propter Chris-
tum. Nosotros seguimos á Cristo con prudencia
porque nos esponíamos á la persecución y á
la muerte, sino lo siguiésemos. Vos, autem, pru-
dentés in Christo. Aquellos siempre tenidos, ve-

conociendo humildes su debilidad propia de
la una parte y de la otra las terribles pruebas
y contradicciones á que se veia expuesta su fe á
cada paso. Nos infirmi: nosotros contamos con una
fe á toda prueba mientras no tenemos ningunas.

Vos, autem fortes. Aquellos vitipendiados y des-
preciados por las gentes de sero como unos mi-
serables fanáticos. Nos, autem, ignobiles. Nosotros hon-
rados y distinguidos con singulares privilegios
á medida de nuestra mas viva adhesion á la
fe cristiana. Vos nobiles.

S. Divinidad, señores, que os haya hecho esta
aplicacion de la amorosa ironia con que Saluio
Pablo á los de Corinto su orgullo y su vana se-

gravidad: no es mi diuino avergonzarnos, sino hacer
que abramos los ojos y apreciemos en lo que va
le nuestra fe deceso de vuestro bien. Non ut confun-
damur hoc scribo sed ut filios meos charissimos
moneo. Hablemos ya de veras: ¡ay hermanos míos!
¡Cuanto dista nuestra fe tan cacareada, tan aplau-
dida, tan premiada, de la fe perseguida, combati-
da y castigada de estos santos benditos! Estos mismos
huesos nos hablan, y de ese arca me parece que les oi-
go decimos: — Mostrados, Católicos, praisaos mues-
tro, nuestra fe en vuestras obras: la nuestra, vedla
aquí, aun vive en estos huesos aridos, únicos res-
tos de nuestro holocausto. Detende mihi fidei
tuam sine operibus, et ego ostendam tibi ex o-

peribus fidei meam. Nuestra fe es publica y ma-
nifiesta; la nuestra fue silenciosa y oculta. En
medio de tantos estímulos como ahora teneis para
creer, vuestras obras estan en oposicion con vuestra
fe. En medio de tantos estímulos como tuvimos
nosotros para renegar de la nuestra, nuestras obras
eran otros tantos testimonios irresistibles de nues-
tra creencia. Sabian que eramos cristianos por
nuestra conducta, el desinterés y justicia en todos
nuestros tratos, la buena fe y la caridad para
con todos; el desprecio del mundo, y el retiro de todas
las concurrencias criminales nos daban á conocer
por mas que ocultásemos el secreto de nuestra fe
en lo mas escondido de nuestro corazón.

Nosotros creemos en un solo Dios verdadero: vosotros
creéis en este mismo Dios y los Demonios tam-
bien creen en él. Nosotros creemos con nuestros cora-
zon, hicimos profesión de esta fe con nuestros
labios y nuestras obras, conformes en todo con
nuestra Religión la honraban y la hacían res-
pettable aun a sus enemigos mismos. Vosotros
creéis con vuestro corazón, profesáis esta fe con
los labios; pero vuestras obras en todo contra-
rias a vuestra Religión la deshonran, y la ha-
cen odiosa, si pudiera serlo, aun a los que la
aman de veras. Teneis una fe mas miserable
que la de los demonios: ellos creen y tiemblan,
vosotros creéis y os entregáis tranquilos a los

a los desordenes de vuestras pasiones. Demonies
credunt et contraveniunt.

7. Parece, Señores, ¡ojala fuese mala sospecha
mía! que he perdido cuanto tiempo yo gaste
e inútiles todos los esfuerzos que haga para extor-
rars a que creais. Ya un tal vez, se mirará este
curso un enjénio necio e insensato en esta día. Eso es
cosa me direis que debe darme por sujeta y ni
siquiera se debe hablar de ella. Pues que; ¿No
acreditamos a cada paso nuestra fe en tantos
actos publicos de Religion, en la fervorosa de-
voción a los santos, especialmente a la madre
de todos Maria Santísima, a nuestros Patronos,
a nuestra Tutelar? ¿No llamamos Venos de

celo contra los mas leves indicios de incredulidad
ó apostasia? Pero, hermanos míos, quienes mas
adictos á la fé ó á la religión de sus mayores
que los fariseos? ¿quienes mas intolerautes
que aquellos exactísimos observadores aun de las
mas minuciosas ceremonias del culto judaí-
co, á quienes tan terriblemente reprehendia
Jesucristo? Ay de vosotros, les decia, Escribas
y fariseos hipócritas, que edificais numerosos
sepulcros á los profetas, y construís preciosas
urnas para depositar en ellas los huesos de
los justos! qui edificatis Sepulchra Prophetarum
et ornatis monumenta justorum, y exclamais
llenos de devoción y de fervor: Ah! si hubiésemos vi-

vido en tiempo de nuestros padres, nunca hubie-
ramos manchado vuestras manos en la sangre
de aquellos Santos, no hubieramos sido cómplices
de sus perseguidores. Ay! les dice el Señor, que
en estas palabras mismas dais testimonio de ser
hijos de los que martirizaron a los Profetas.

Testimonio estis vobismetipsis quia filii estis eorum
qui prophetas occiderunt. Seurblemos, herrennos
mios, al oir estas palabras de Jemocristo. Aque-
llos hombres a quienes las decia estaban en la
mas segura confianza de que creian; observaban
la letra de la Ley puntualisimamente: le oponian

religiosas innovaciones; repugnaban y censuraban las que
con ambargo celo a las mas leves ~~mostru~~ ^{mostru} auncias; pro-

movian con eficacia la magestad del culto

y la propagacion de la Religion judaica: eran
respetados por el pueblo como varones piadosos
y devotos; y a pesar de todo esto, Jeuscrisito que es
la misma verdad, la misma mansedumbre, los in-
crepa y resplende tan cruda mente, y conociendo
el fondo de su corazón les asegura, que esas mismas
palabras con que hacen ostentacion de su fe, in-
dican que no la tienen viva, verdadera, inmovil,
práctica y oficiosa, que profesaban con los labios
una fe que los honraba, que ostentaban una Re-
ligion que los mantenía y los enriquecía, pero
que otro habría sido su modo de pensar, su fe,
su Religion habría sido distinta en otras circuns-
tancias; y que sin dejar de manifestarse ellos

de la observancia de la ley, habrían cooperado con sus
antepasados al exterminio de los Profetas. Testi-
monio estis vobismetipsis, quia filii civis illorum qui
prophetas ceciderunt. Temblemos, pues, hermanos
míos, por nosotros mismos, en vez de vivir tan
confiados y seguros por nuestra fe. Examinemos
conscientes á buena luz nuestro corazón para co-
nocer, sin engano, si vivimos sin fe. Vosmetipsos ten-
tate, si estis in fide. Compararemos lo que crea-
mos con lo que obramos; veremos si nuestras o-
bras son tales, que den testimonio de nuestra fe,
si están conformes á ella. Vosmetipsos tentate
si estis in fide. ¿Tememos cuando se nos habla
del juicio é infierno? ¿Deseamos mas la gloria

del ciclo que la de los hombres? i Despreciamos
los deseos de la carne, los mortificamos para vivir
en espíritu, esto es, conforme á las máximas del
Evangelio? No nos jactamos de hijos de Dios, no nos
vanagloriamos de ser cristianos, no de ser herede-
ros de la fe de estos santos, sino somos imitadores
de su conducta. Si filii Abrahæ estis, opera Abrahæ
fácite. Su ejemplo debe ser el estímulo mas enérgico
para vigorizar nuestra fe debilitada, nuestra fe
cadavérica y vacilante. Puso el Señor en este
mundo suelo, y ha querido que en él se conserven sus
huesos, para avivar la fe de sus descendientes y
compatriotas.

8. Porque á la verdad, los mismos lugares

donde Ascendidos y Victoria, y Santos, y Jaimario y Mar-
cial, y los demas Martires que regaron con su san-
gre este suelo, y lo honraron con sus virtudes nos
están Recordando su fe invicta y heroica, y su con-
ducta ejemplar y admirable. Ucondoles cristianos
que Recorre con piedad y devocion aquellos lugares,
Recuerda enternecido aquellos ejemplos, y se siente
avivado a imitarlos: compara avergonzado su
propia debilidad y flaqueza con el valor y constan-
cia de aquellos heroes de la Religion, y cobra bríos y
aliento, y concibe deseos de adquirir la gloria del
trunfo que aquellos consiguieron de los tiranos,
peleando como ellos con sus pasiones, con el mun-
do, el demonio y la carne, enemigos no menos

formidables que los perseguidores de la fe de los
Santos. Aquí, en este lugar mismo se reunían
los Cristianos cordobeses en tiempo de la perse-
cucion arábiga, para corroborar su fe, para pe-
dir á Dios se la aumentase mas y mas, para
prepararse á la lucha y salir vencedores de
ella. Aquí Gumersindo recibió en los primeros
años de su juventud la fe, y la piedad que
le inspiraban las reliquias de los sagrados
Mártires que habían padecido en las perse-
cuciones de los Emperadores Romanos, y ya se
veneraban en este templo. En el del Santo Mar-
tir Zoilo habitaba Eulogio, el padre de
los Mártires cordobeses en tiempo de los

Sarracenos, el Doctor de esta Iglesia de Cordoba
el Cronista de los Santos que el habia forma-
do para el cielo, Martir tambien gloriosísi-
mo que selló con su sangre la verdad de su
fe y su doctrina. Es rio caudaloso que baa
nuestra patria, i que memorias tan gratas
no despierta en los pechos cristianos! Sus a-
guas aun parecen se ven teñidas con la san-
gre bendita de los Martires: todavia pare-
ce ver sobre ellas á Acisclo y Victoria
entando á una con los como angelicos las
alabanzas divinas. Sus riberas, de uno y otro
lado fue la arena donde triunfaron de los
tiranos tantos campeones ilustres. Desde

El Campo Santo hasta la Basílica de nues-
tros Patronos, desde la zuda en la orilla izquierda
donde estaba el Monasterio de San Cristóbal hasta
el mismo fuente venos aquí degollado a Acisclo,
allí asatrada a Victoria, acá despedazado a Pela-
gio, allá degollado a Eulogio, y á cada paso cada-
veres sacrosantos ó tendidos en la arena ó penchien-
tes de un palo para inspirar terror y miedo
á los pobres y aflijidos cristianos. Pero la san-
gre de los primeros Mártires derramada en la
tierra era fecunda semilla que producía nuevas
generaciones de Mártires, y la sangre de esta
nuevas generaciones es con la de aquellos el ga-
rante de la fe futura de los cordobeses en los

siglos venideros. Veamos de qué manera.

Cuando yo os aseguro que ese arca sagrada que vemos es un monumento que garantizará la fe de los cordobeses, en los siglos venideros: debo advertiros que es monumento de un pacto que no vendrá cumplimiento en el caso que una de las partes entre quienes se ha celebrado falte a lo que exige la naturaleza misma de esta recíproca obligación. Estos santos, cuyas reliquias veneramos se han obligado á pedir á Dios de continuo, que conserve en su patria viva y triunfante, la fe que plantaron en ella como árbol robusto y duradero, y regaron con su preciosa sangre, y el Señor, por los méritos y ruegos

de tantos y tan esclavizados Mártires la ha
conservado pura y constante en Córdoba en
todos estos quince siglos que han transcurrido
desde su Martirio: Mas si nosotros ó nuestros
sucesores olvidan el empeño de sus Patronos,
ó vanamente confiados en su protección, por
lo que ha perdido esta en quince siglos, desprecian
del todo la ley del Señor, y se abandonan á
toda clase de crímenes y desordenes, perderán
esta sombra ó fantasma de fe puramente exterior
que aun se conserva hoy día, en castigo de la infidelidad
y apostasia práctica que demuestran
en su conducta. Ab eo autem qui non habet, et
quod habet auferetur ab eo, que fue la desgracia

cia del pueblo judaico.

So. No es arbitrario en mi aseguráros que estos santos salones nuestros, y todos los que en esta patria entregaron sus vidas por Jesucristo, cuyos huesos estan depositados en ese arca, piden a Dios muy fervorosamente por la conservacion de la fe cristiana en los cordobeses. Son los padrinos de nuestra fe; son preciosos rehenes que dió la Agñia de porcelo pa al cielo para consolidar su fe en las edades venideras. Son como aquellas memorias o sepulcros de los primeros padres del pueblo hebreo de de que os hablé al principio, á las cuales volvia el Señor los ojos cada vez que lo enojaba aquel pueblo rebelde para templan su ira, mitigar

injusticia, y alargar una vez, y muchas los plazos
del castigo de sus delitos. Porque todo esto se infie-
re muy bien de principios muy ciertos en buena
teología. Conservan los santos en la gloria la ca-
ridad, el tierno y solícito amor que tuvieron á
sus prójimos en la tierra, y no solo la conservan
sino que arden en esta caridad encendida á pre-
sencia del infinito amor de Dios á los hombres.

Guarda además en ellos esta caridad cierto orden
que la hace justa y preciosa: orden fundado en
las relaciones que hay entre los santos habitantes
de aquella patria, y fundado tambien en las rela-
ciones que contrajeron en este destierro. Allí cada uno
ama y es amado segun su mérito, y ama desde

allí á los que aquí vivimos: primero, á sus padres
y á sus deudos, luego á sus amigos y bienhecho-
res: ama sobre otros á sus paisanos, ama sobre todo
á la Iglesia, ama finalmente al mundo entero, á to-
dos los hombres. Y dado por supuesto este orden de
la caridad de los santos, ¿quién duda que nuestros
gloriosos compatriotas, vívamente interesados en el
bien de su patria, pedirán á Dios muy fervorosa-
mente por ella? Pedirán que se conserve en nosotros
aquella fe que ellos plantaron, y cultivaron á costa
de su sangre y de sus vidas. Para convencernos de
la eficacia y de la verdad de esta intercesion pode-
mos; ¿tenemos mas que volver los ojos á los tiem-
pos pasados? En ninguna ciudad de España

hubo mas empeño de parte de los Reyes moros
por destruir la Religion de Jemeros, y por aca-
bar con la fe cristiana, que en Cordoba; mas á pesar
de este impio empeño continuado y aumentado
cada vez mas por espacio de cinco siglos: ¿En
que ciudad de España hubo mas fe durante
todo aquel largo espacio de tiempo que en Cor-
doba? ¿Qual otra ciudad podrá presentar i-
qual número de victimas, sacrificadas en odio
de la fe, y sacrificadas en obsequio de esta fe mis-
ma? ¿Que otra ciudad conservó mayor número de
templos, de Monasterios, de memorias piadosas?
Y como si no fuesen bastante para defender y for-
talecer esta fe de Cordoba los testimonios que

daban de ella sus mismos hijos, acudian de todo el
reino y aun de los estranos, innumerables fervoro-
sos cristianos á acalorar la fe de los cordobeses
con sus virtudes ejemplares, y á corroborarla y
encenderla con sus martirios. Aquí vino Gimen-
do de Toledo, Rodrigo de Labra, Elias de Portugal,
Amador de Martos, Saucto de Francia, Pedro
de Haja, Fandila de Guadix, Felix de Alcala,
Pelagio de Galicia, Sisenuando de Bejar, Jorge
de Jerusalem, Feodoniro de Carmona, Rogelio
de Granada, Servo-deo de oriente, Adolfo y Juan
Flora y Maria de Sevilla. i que pruebas mas
palpables, mas convincentes se podrian ofrecer
de la proteccion de los Mártires primitivos de

de Córdoba, protección avalorada después con los mu-
chos que padecieron igualmente martirio, en esta
patria en los siglos de la dominación Sarracénica.
Todos juntos piden a Dios que no falte la fe de
Córdoba, todos son garantes de la permanencia
de este beneficio, el mayor que el Señor nos dispen-
sa a los cordobeses.

SS— Sin entrometerme á hacer el papel de
profeta ni melancólico anunciandoos que
faltará esta fe por nuestros pecados, á pesar
de la protección de estos santos: ni almagüeno tam-
poco, prometiendoos que por esta protección ha-
ya de perseverar la Religión Cristiana en Cór-
doba hasta el último día; concluiré preguntan-

door lo que Jemocristo preguntaba á los judios:
avvenir el Hijo del hombre á la tierra, ¿que
se sera la que halle en Cordoba? *Filius homi-*
nus veniens in terram, putas inveniet fidem in
Israel? ¿que importará que haya templos
en Cordoba, que haya clero, que sus habitantes
se apelliden cristianos, si no hay caridad, si esta
esterior solamente no es fecunda en obras de
justicia y de misericordia? Se encontrará con
una Iglesia semejante á aquella higuera del Evan-
gelio, de muy buena vista, muy frondosa por
cierto, muy verde y poblada de ojas, pero si
al acercarse á ella la encuentra estéril, y sin
frutos de virtudes, la mandará cortar como árbol

inútil y aun nocivo, porque esquitura a Sterren
sin servir de provecho. Vt quid terram occupat?

Val vez habremos merecido, mucho ha, esta senten-
cia terrible, y por la intercesion de estos santos
se habrán suspendido, hasta ver si á otro año lleva-
mos maduros y sazonados frutos; y no sabemos
hasta cuando alcanzara la paciencia de Dios.

Hoy que oimos su voz no endurezcamos mas nues-
tros corazones. Si nos gloriamos de ser ahijados
de Abielos, de Victoria, y de todo este esclavizado
escuadrón de Mártires, evidencios de corresponder
con honor á esta proteccion, imitando su fervorosa
fe y sus virtudes. Porque, si por con y mas reprehensi-
bles los vicios bajos y los procederes villanos en los

descendientes de altos y generosos personajes que
se distinguieron por hazañas heroicas de valor y
virtud; más criminales son los descendientes
de estos gloriosos mártires que ilustraron nuestra
patria con sus ejemplos y con su sangre, si dege-
neramos de la nobleza de su fe y de la pureza de
sus costumbres. Hagámonos semejantes a ellos
por nuestras obras, para ser sus dichosos compa-
ñeros en aquella verdadera patria de la Bien-
aventuranza. Amen.

Contenido que contiene este libro

- 1.º Breve tratado del M.^o P. D.^o Alonso de Sotomayor y de los Reyes de Guadalupe y de la Cruz.
- 2.º Breve tratado de la institución de la Cruzada y de su efecto.
- 3.º Breve tratado de San Juan Nepomuceno.
- 4.º Id. de la Encarnación.
- 5.º Id. sobre Indulgencias.
- 6.º Id. de San Vito.
- 7.º Id. sobre el cuerpo Santo.
- 8.º Id. de la Santa Medicina.
- 9.º Id. de San Agustín.
- 10.º Id. del cuerpo Santo, para su capitulo.
- 11.º Id. de los Santos Mártires y confesores.

descendientes de ellos y que por lo tanto se

debe considerar por herederos de ellos

los hijos de ellos y los nietos de ellos

los hermanos de ellos y los sobrinos de ellos

los tíos de ellos y los primos de ellos

los abuelos de ellos y los bisabuelos de ellos

los parientes de ellos y los amigos de ellos

los vecinos de ellos y los conocidos de ellos

los que son de su familia y los que son de su casa

los que son de su pueblo y los que son de su tierra

los que son de su reino y los que son de su nación

los que son de su mundo y los que son de su universo

los que son de su tiempo y los que son de su espacio

los que son de su vida y los que son de su muerte

los que son de su alma y los que son de su cuerpo

los que son de su espíritu y los que son de su materia

Sermones que contiene este tomo.

1. Oracion fúnebre del M.^o Sr. D. Fr. Marcos Cabello y Lopez, Obispo de Guadix y Baza.
2. Sermón en la instalacion de la Suprema Junta Central en 1808.
3. Idem de San Juan Nepomuceno.
4. Id. de la Encarnacion.
5. Id. sobre Institucion.
6. Id. de San Isidro.
7. Id. sobre el mismo Santo.
8. Id. de los Santos Médicos.
9. Id. de San Agustin.
10. Id. del mismo Santo, para un Capitulo.
11. Id. de los Santos Mártires cordobeses.